



UNIVERSIDAD DE QUINTANA ROO

DIVISIÓN DE CIENCIAS POLÍTICAS Y HUMANIDADES

El superhombre, una posibilidad para la
transformación y generación de una nueva tabula
de valores

Proyecto de Tesis

Para obtener el grado de
Licenciada en Humanidades

PRESENTA

Selena Poot Meneses



DIRECTOR



Mtro. en Hum. Fidel Flores Quiroz



UNIVERSIDAD DE QUINTANA ROO

DIVISIÓN DE CIENCIAS POLÍTICAS Y HUMANIDADES

El superhombre, una posibilidad para la transformación y generación de una nueva tabula de valores

Presenta

Tesis para obtener el grado de Lic. en Humanidades

COMITÉ DE SUPERVISIÓN DE TESIS

Asesor:

Mtro. Fidel Flores Quiroz

Asesor:

Lic. Estefany Velázquez Castillo

Asesor:

Mtro. Javier España Novelo

Suplente:

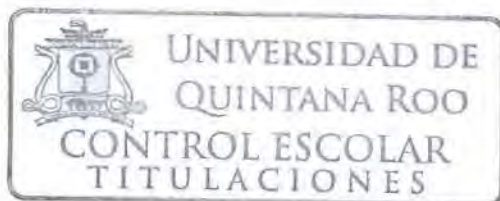
Lic. Víctor Alfonso Reyes

Suplente:

Mtro. Hilario Chi Canul



Chetumal, Quintana Roo, México, noviembre de 2019



Agradecimientos

Agradecer únicamente al hombre, no a ningún Dios cristiano que no ama, que no escucha, que no existe.

Cuando era pequeña pensaba que la felicidad estaba ocurriendo todo el tiempo, creía que el mar, el ancho mar, tenía alguna vez un fin, y pensaba que, si lograba conversar lo suficiente conmigo, no habría nada más importante que mi voz y la de los otros. Cerraba los ojos, y deseaba que nadie más pudiera verme, observaba con asiduidad el mundo en el que ahora yo me encontraba sumergida, y me preguntaba sin descanso ¿qué es vivir? ¿Por qué sufrimos o hay gentes tristes? ¿Por qué Dios a veces nos lastima? Y ¿por qué muere la gente?

Desde siempre fui un ser que se preguntaba si la vida poseía algún sentido; deambulaba por la escuela, por el mundo, sin poner atención lo suficiente a las cosas que alguna vez me rodearon; sin embargo, fue la filosofía que me dio un golpe letal que me atrajo hacía Nietzsche, quien erizó mi conciencia y me hizo comprender que no hay horas amargas, sino horas en que la dicha y el tormento se unen para ver nacer lo otro, eso que a veces no podemos explicar, y que sin embargo, nos hacen creer que la vida es maravillosa, por el simple hecho de ser única e irrepetible, y que una hora de dolor, nos traerá consigo un instante de gloria, un momento que no se avecina solo, sino que trae consigo personas que nos acompañan en esa lucha interna que muchas veces llevamos dentro.

Por ello, expreso mis agradecimientos a la memoria de mi hermana, Esmeralda Poot Meneses, quien me enseñó los verdaderos valores de la vida. Agradezco a mi madre, Adolfinia Meneses, quien me ha enseñado a reír y ser feliz pese al sufrimiento, a mi padre, Raúl Poot, de quien debo el carácter y la fuerza para sobrellevar cualquier dolor, a cada una de mis hermanas y mis hermanos, que me han enseñado la estupenda labor de la fe hacía un dios que no existe, y que, sin embargo, los ayuda a vivir y mantenerse a flote. A mis sobrinitos (Carlitos, Itzel, Monse, Manelik, Franco, y Sofía), dueños del porvenir, y de todo el amor que puedo contener en mí.

Agradezco de manera especial a Geovanna, Estefanía, Dámaris, y Selyna, quienes me han demostrado que existen personas aquí y en otras partes que pueden darnos una vida maravillosa visible y posible, quienes dejan en mi camino un manto de nostalgias, de alegría, de tristeza, pero

también me inundan el alma de satisfacciones, de euforia, de cambios, de ruido, y me convencen de que los bienes sirven, de alguna forma, para remediar todo aquello que en su momento nos hizo sufrir. Gracias Geovanna, por tu sonrisa diaria, por tu amabilidad, y tu cariño constante; Estefanía, por vivir conmigo cada momento como si fuera eterno, por conmover mis sentimientos intocables; Dámaris, por llorar conmigo cada dolor y alegría como si fueran tuyos y también por reír en cada acierto; Selyna, por ser la más cercana al superhombre, una niña que dice sí eternamente.

A mi primer maestro, Nietzsche, quien me enseñó a vivir con la certeza de que soy yo la única dueña de mi destino, un destino que puedo crear eternamente. A mis profesores que caminaron conmigo desde los seis hasta los 22 años; a mi asesor de Tesis, Fidel Flores Quiroz, y a todos aquellos que plantaron en mí la flor de la cruda verdad.

Agradezco también a la Universidad de Quintana Roo, pero, sobre todo, a la Licenciatura en Humanidades, por darme la oportunidad de reunirme con una inmensidad de personas que caminan conmigo hacia el único fin sea cual sea su religión, o creencia. También quiero dar gracias a la madre naturaleza por darme la oportunidad de existir en medio de miles de posibilidades, al destino como algo que puede ser creado y recreado, al tiempo y al espacio por haber existido siempre, a la vida por llenarme de fuerzas para poder aceptar la pérdida y la derrota, y a mí, por nutrir mi voluntad de poder, por mantenerme a flote sobre el abismo, y por hacer frente al mañana de manera estoica a sabiendas de la destrucción.

| Índice | página |
|---|---------------|
| Introducción | 2 |
| Capítulo 1. La agonía de la tragedia. Los cimientos de la decadencia | 8 |
| 1.1 Lo Apolíneo y lo Dionisiaco como visión totalizadora del mundo..... | 8 |
| 1.2 La tragedia en decadencia..... | 19 |
| 1.3 Sócrates y Platón, padres del retroceso..... | 30 |
| | |
| Capítulo 2. Moral decadente | 39 |
| 2.1 Moral platónica: el ideal de hombre en Platón..... | 39 |
| 2.2 Moral cristiana: el hombre enfermo..... | 47 |
| 2.3 El retroceso de la moral..... | 53 |
| | |
| Capítulo 3. La transmutación del espíritu | 65 |
| 3.1 Camello, león y niño..... | 65 |
| 3.2 El superhombre..... | 73 |
| | |
| Conclusión | 79 |
| | |
| Referencias | 83 |

Resumen

Para Nietzsche, el hombre es algo que debe ser superado, porque es un individuo que sigue siendo gusano gracias al alma, la compasión, la virtud, y la sabiduría, por ello, el hombre es un ente imperfecto, enfermo y moribundo que desprecia el cuerpo.

Todo defecto en el hombre es originado por la creencia en un Dios cristiano, que nos hace compadecer, perder fuerza, y evita a toda costa la evolución. Se pierde, entonces, la verdadera noción de realidad, pues en la religión cristiana todo es imaginario, tanto el alma como el espíritu, dan cabida a que lo falso y lo verdadero queden invertidos, originando que los conceptos bueno y malo, bueno y malvado tengan una interpretación y ejecución errónea dentro de la sociedad, a su vez, la voluntad de poder queda suprimida, y nace con ello, una voluntad de rebaño, en el cual el hombre tiene que negar sus instintos, que trae, necesariamente, el sentimiento de culpa ante Dios. El hombre ya no es capaz de pensar por sí mismo, ahora se deja manipular por el sacerdote, máximo representante de Dios.

No hay, nos dice Nietzsche, un retorno a lo trágico, a la época en que Dioniso y Apolo de manera conjunta se comunicaban con el hombre a través de la música, que no es más que la cosa en sí, la afirmación de la vida plena, la idea inmediata de esta vida. En su lugar, los hombres acogen a un Dios cristiano, que les hace aborrecer su ser, sus instintos, y su propia existencia, los arroja a la idea eterna de que solo es posible la vida más allá de esta. Además, la moral cristiana supone el odio a todo lo que es humano y el devenir, se hace del hombre un ser moral, cuando en realidad no lo somos por naturaleza, se crea la idea de igualdad, lo cual no es más que una forma de rebañizar, de impedir la libertad, de suprimir nuestros instintos, de debilitar y hacer del hombre alguien menos peligroso, y por ende compasivo.

Por ello, nos dice Nietzsche, el sentido del ser es ser el superhombre, quien ama la soledad, y que está dispuesto a aceptar la muerte de Dios como la única posibilidad para un nuevo comienzo. Aquel, que rompe los valores que han sido creados mediante las transformaciones del espíritu (camello, león, y niño) y crea una nueva tabula de valores.

Palabras clave: Tragedia griega, moral cristiana, moral platónica, voluntad de poder, eterno retorno, superhombre.

Introducción.

Hablar de Nietzsche hoy en día nos sitúa en un terreno polémico, porque se considera uno de los hombres con el pensamiento más influyente durante el siglo XXI. Su pensamiento se ve plagado de conceptos como voluntad de poder, superhombre, eterno retorno, instinto, fuerza, y por supuesto, lo dionisiaco. Cada uno de los conceptos mencionados anteriormente encierran dentro de sí la clave fundamental del pensamiento Nietzscheano.

Nietzsche nació en Röcken (Alemania) el 15 de octubre de 1844 en el seno de una familia de clérigos protestantes, en la cual su padre era pastor. En el año 1864 ingresa en la Universidad de Bonn para estudiar teología y también filología clásica, la cual se convierte en su verdadera pasión, de ahí que abandone por completo la teología y se dedique de lleno a la filología clásica.

Durante esa época y después de realizar sus estudios superiores ingresa en la Universidad de Basilea (Suiza) como profesor de griego en el año de 1869, ahí permaneció durante diez años, posteriormente, en 1879 deja la Universidad de Basilea debido a una enfermedad que le ocasiona de manera constante dolores de cabeza y de ojos, lo que más tarde saldría a relucir es que la enfermedad que lo hace padecer es, sin duda, la sífilis.

A partir de lo acontecido en la vida de Nietzsche es que su vida se torna, no obstante, este periodo que resulta ser ardua para él, no es más que la etapa de mayor fecundidad intelectual, es en estas fechas en que Nietzsche escribe sus obras más importantes; la primera de ellas aparece publicada en 1872 con el nombre *El nacimiento de la tragedia*, la cual sería pieza clave para entender toda la filosofía Nietzscheana, otras vendrían después, y es hasta 1882 en *La gaya ciencia* que aparece por primera vez la muerte de Dios, y tres años más tarde con *Así habló Zaratustra*, Nietzsche declara haber hecho el mejor y mayor regalo a toda la humanidad, se trata de una obra de carácter poético que rebela los grandes conceptos de la filosofía de Nietzsche, tales como el superhombre, la muerte de Dios, la voluntad de poder y el eterno retorno; en 1887 se publica *La genealogía de la moral*, y en 1889 *El anticristo*, que en realidad se publica hasta 1894 y que va a terminar por entrelazar el verdadero mensaje de Nietzsche: existe la triada de la decadencia, una filosofía, una moral y una religión decadente.

El pensamiento Nietzscheano en muchas ocasiones suele tener una interpretación errónea, se cree que todo su pensamiento es una especie de pesimismo, de egoísmo, y de una libertad que

no se pregunta ni se preocupa por el otro, pero de ninguna forma es así. La filosofía de Nietzsche es una especie de vitalismo, pues la vida la entiende como un sustrato, como la realidad primera, como todo lo que origina el mundo, como todo lo que posee fuerza, y que, de alguna forma, el sentido que pueda tener la vida adquiere valor cuando la comprendemos y actuamos.

Pero ¿qué es la vida?, ¿qué significa vivir?, ¿qué sentido puede representar para nosotros? Con frecuencia nos preguntamos qué es la vida y en el peor de los casos qué sentido puede llegar a tener; la vida, para Nietzsche, es una realidad fundamental, una realidad necesaria para todo hombre, pues es la base de todo en cuanto existe, no es posible captarla únicamente por medio de la razón, sino que es necesario hacer uso de la intuición artística: se hace arte en la medida en que el hombre vive, y vive solo para crear, sin embargo, todo aquello no surge de manera inmediata, sino que se da cuando el hombre logra aceptar su pasado, comprender su actuar, y logra aceptar todo como algo que siempre quiso, y aunque en ese descubrimiento se afirma la vida como algo que nos hace sufrir, es también la oportunidad de ver que esa vida difícil también nos llena de alegrías.

La vida, nos dice Nietzsche, es una especie de fuerza, pero no se habla de una fuerza física o metafísica, sino más bien es una expresión de desear, de querer, de anhelar algo, y ese deseo es lo que vamos a denominar voluntad de poder, la cual no busca ser juzgada, sino que ella misma juzga, valora, determina y también elige. De ahí que la intuición nos permita entender la vida como voluntad de poder, una voluntad de dominio, una voluntad de que un ser destaque por encima de otro, es una auténtica voluntad de poder que al dominar las formas no pretende hacerse o querer aquello de lo que carece, sino más bien se busca dar lo que es.

La voluntad de poder no pretende seguir los preceptos del deber, no se deja imponer ninguna obligación, sino que ahora y desde siempre busca el “yo quiero”, no obstante, el yo quiero representa la búsqueda de la alegría como un valor rector, como aquello que nos libera del dolor y del deseo y que no es más que el principio dionisiaco, es decir, la abundancia de la vida. Por ello, lo dionisiaco reivindica el deseo, la sensualidad, y también representa el principio de la vida, la construcción y la ruina, la espera de lo que vendrá, y toda aceptación de lo que se tiene y se tuvo; lo dionisiaco es un constante decir sí ante la vida, pues Dioniso representa la noche, la oscuridad, la danza, el éxtasis, la música, la embriaguez, la totalidad, y el dolor cósmico. Sin embargo, Dioniso no puede estar sin Apolo, quien representa la luz, el camino, el día, la sabiduría en palabra, la razón,

y, sobre todo, el principio de individuación. Pero no solo se trata de una alianza fraternal, más bien esa alianza que se entreteje entre ambos dioses representa a la tragedia griega, en la cual Apolo es la palabra en los personajes, mientras que Dioniso representa la música, la danza y también el coro que viene a personificar al pueblo en general.

El arte griego, y principalmente la tragedia, funde estas dos tradiciones, tanto la de Apolo como la de Dioniso, que origina que exista una contraposición entre personaje y coro, que representa el difícil equilibrio del afirmarse, lo que origina una existencia trágica, pues la tragedia antigua no es más que el arrojamiento del coro en un mundo apolíneo de imágenes, de ahí que la existencia como tragedia también sea grandiosa. Porque solo de ese modo el espectador se une con Dioniso y, al mismo tiempo, con todas las cosas.

No obstante, con el paso del tiempo la tragedia griega comienza a decantarse solamente hacia lo apolíneo, lo que origina su caída, además, con la aparición de Eurípides en escena, y sobre todo de Sócrates, se pone en juicio la vida. Se establece una dialéctica entre la razón, la virtud y la búsqueda de la felicidad. Con ayuda de Platón y de Sócrates la filosofía fija su mirada en la posibilidad de dividir el mundo y la vida en dos partes: la esencia contra la apariencia, lo verdadero contra lo falso, y lo sensible contra lo inteligible, esta última contraposición trae consigo la idea de dos mundos, uno posible de habitar y uno imposible, en el asequible encontramos a las ideas perfectas como son la justicia, la virtud y el alma, y en el otro encontramos al cuerpo, quien es capaz de corromper al alma que habitó durante mucho tiempo en el mundo de las ideas perfectas.

La aparición de Platón trae consigo la lógica pura, el mundo ideal, y la idea de que la vida no es algo que deba ser disfrutada y vivida, sino más bien debe ser juzgada, limitada y medida, en el caso de la limitación intervienen valores superiores, de ahí que se vaya introduciendo lo Divino, lo Verdadero, el Bien, y lo Bello en la filosofía platónica y más tarde en la filosofía cristiana.

Hasta aquí se puede entender la tragedia griega como un estado en el que interviene Apolo y Dioniso y que al decantarse por lo apolíneo trae su caída, más cuando intenta resurgir ya no hay una tragedia en sí misma, sino el levantamiento de la razón sobre todo lo que es sensible, se busca aniquilar, romper con los instintos, desechar todo lo del mundo terrenal y adoptar una filosofía platónica, que limita todo lo que la vida es, en este caso voluntad de poder, lo que origina que el deber se interponga sobre el querer. Nace de ese modo una ideología cristiana, el mundo no es

posible, ni la vida algo que pueda ser vivida, o disfrutada, todo dolor lo trae el cuerpo, todo cuerpo debe ser rechazado, y toda idea de placer abolida.

Gracias a la filosofía platónica, el cristianismo adopta toda una serie de ideas, que no son más que conjeturas creadas por la razón, dichas ideas hacen que el hombre sienta miedo, crea que ha pecado, y sienta culpa de no haber hecho la voluntad de Dios, también se imponen otras ideas como son la compasión, la deuda, el remordimiento, y que con ayuda del sacerdote el hombre pasa a un plano en el que no es capaz de pensar por sí mismo, ahora pertenece al rebaño, no puede realizar lo que anhela o lo que quiere, sino más bien su deber es obedecer las órdenes divinas comandadas por el pastor, este último hace que el hombre necesite y llegue a creer en la redención, la necesidad de un Dios que lo libere de la angustia, del pasado, del futuro.

El cristianismo no ha fundado un mundo mejor más bien lo ha pervertido, le ha hecho creer al hombre que puede ser feliz, y no es que la felicidad sea mala, sino que le hace creer al hombre que esa felicidad que tanto desea encontrar solo es posible alcanzarla en el más allá. Se rechaza todo lo que es terrenal, todo instinto vital, las pasiones, la alegría y, por si fuera poco, se pone fin a los valores aristocráticos de la Roma y Grecia antigua y en su lugar se posiciona una moral que trae consigo valores como la obediencia, el sacrificio, la igualdad, y la compasión, propios de los hombres débiles, y enfermos según Nietzsche.

La moral de la vida se pierde ante la moral cristiana, se empiezan a gestar valores decadentes, valores antinaturales que atentan contra la vida misma, se le impone a la sociedad dos formas de medir valor, lo bueno contra lo malo, y lo bondadoso contra lo malvado, es decir, se impone a los instintos valores primordiales a medida que se establecen leyes, normas, etc.

Por ello, Nietzsche habla de la posibilidad de crear nuevos valores, que no afirman que Friedrich esté en contra de la moral, sino más bien, hay una especie de rencor hacia la moral existente, por lo cual es necesario que se corrijan, que se eliminen y que se manifiesten nuevos hombres capaces de hacer una moral de la vida y del cuerpo.

La moral vigente de la que nos habla Nietzsche se distingue fácilmente debido a que solo hay dos tipos, la moral de los señores y la moral de los esclavos, en el primer caso se trata de una moral que ama la vida, y que es propia del superhombre, en el segundo caso se trata de una moral heredada por el judaísmo y también por el cristianismo, de ahí que sus características sean la

compasión, la humildad, el dolor, el sufrimiento, entre otros. Además, origina que exista una transvaloración: los débiles se posicionan sobre los fuertes, lo que propicia que estos hombres se burlen de la verdadera vida, de su verdadero sentido, por ello, inventan un mundo en el que no hay nada, y esa nada es Dios, no obstante, existe una buena nueva, con la muerte de Dios se abre la posibilidad de recuperar al hombre, superarlo, y encaminarnos hacia el superhombre, que traerá consigo la moral de los señores, de los hombres fuertes, que a pesar de haber perdido a Dios se colocan sobre el abismo, saben de su finitud y aun así resurgen de entre los vivos de manera estoica, y anuncian un nuevo comienzo que se repite eternamente.

En relación con lo anteriormente expuesto, este trabajo pretende mostrar la importancia de releer y analizar a Nietzsche en nuestra época, sustenta la hipótesis de que la propuesta nietzscheana del superhombre es una posibilidad para retomar una vida más plena y alejada de valores morales que nos esclavizan y niegan la existencia. De esta suerte los objetivos que persigo son: primeramente: describir al hombre como creador a partir de lo apolíneo y lo dionisiaco, cuyo fundamento es la tragedia griega; posteriormente explicar cómo se fue dando la decadencia en el hombre a causa de la moral platónica y cristiana debido a la caída de la tragedia griega en la que se vieron involucrados Platón y Sócrates. Finalmente, establecer las fases de la transformación del hombre (camello, león y niño), para poder convertirse en el superhombre, que busca la creación de valores nuevos. Es justo en esta parte final donde radica la importancia de mi investigación y de la propuesta de Nietzsche, ya que con ello se muestra su actualidad y pertenencia en esta época.

Es importante tener en cuenta que el superhombre es todo ser que intenta seguir adelante después de que se anuncia la muerte de Dios, y con ello todo valor moral. De ahí que el superhombre pueda partir de la nada para crear valores que necesariamente están ligados al permanente cambio, es decir, en el pensamiento Nietzscheano no se trata de repetir y anunciar los mismos valores que ya en su momento fueron catalogados como decadentes, sino que en su lugar se pretende entender, primeramente, la vida como trágica, en la cual nada se detiene, sino que todo está siendo para dejar de ser, y es en este estado en el que las cosas se extinguen para ver nacer lo otro, que Nietzsche vislumbra la verdad: la vida no solo es trágica por ser algo que se dirige hacia un fin (muerte), sino que ella misma es un constante devenir, un eterno retorno. Por ello, el superhombre es aquel que una vez que ha comprendido la muerte de Dios como algo positivo, que le permite entender la vida como algo efímero, es lo que lo lleva a crear valores nuevos, que no se

ven permeados por la permanencia, pues cada instante se hace nuevo, y cada valor adquiere otro sentido, otro peso. Por ello, el superhombre es la prueba eficiente de que los valores que toda una vida nos han regido pueden ser destruidos, a la par que se van creando otros, que pueden hacer de la vida algo autentico y posible de vivir, pese al sufrimiento.

CAPÍTULO 1. LA AGONÍA DE LA TRAGEDIA. LOS CIMIENTOS DE LA DECADENCIA

1.1 Lo Apolíneo y lo Dionisiaco como visión totalizadora del mundo

La vida es un constante devenir, es un constante y permanente cambio que nos permite afirmar que existe una innegable antítesis en el mundo: las cosas existen en tanto una permite la otra; la noche y el día pueden darse en la medida que uno se extingue para ver nacer lo otro, esa oposición que se manifiesta no es más que la realidad, una realidad caótica.

La vida no es algo que permanece siendo de una forma, más bien es una superación constante de sí misma, es una voluntad de vivir, un cambio que permanece, que deviene, que ocurre en el tiempo, y que es. Por ello, es necesario el estudio y análisis de lo apolíneo y lo dionisiaco, no como estados opuestos, sino como aquello que nos demuestra que la vida debe ser aceptada, y vivida, a pesar del sufrimiento.

De ahí que la primera verdad que debemos enfrentar es que la realidad es trágica, por lo tanto, es necesario vislumbrar el antagonismo que se da entre Apolo y Dioniso como figuras simbólicas y también ontológicas, sin embargo, esas dos fuerzas que parecen ser principios opuestos son en realidad fuerzas que constituyen la verdad y la vida misma.

Por un lado tenemos lo dionisiaco, que busca aniquilar lo individual para redimirlo y hacer de ello una unidad, mientras que lo apolíneo representa la medida, la limitación, las formas y el ensueño, en consecuencia, vivir en pleno sentimiento apolíneo sería un error, pues de ser así estaríamos con un velo de ilusión, que nos impediría vislumbrar la realidad, por otro lado, permanecer en lo dionisiaco es estar en total desenfreno, y la vida no puede ser uniformidad solamente ni caos, más bien la vida es una conciliación entre la razón y la sin razón.

Apolo no puede vivir sin Dioniso, y viceversa, es necesario comprender la realidad como algo trágico, lo cual depende de entender el mundo como puro devenir y fluir, y también ver en la tragedia griega la conciliación de la antítesis de estos dos dioses. Apolo y Dioniso se encuentran en el sueño y en la embriaguez, de estos dos estados surgen creaciones y productos de naturaleza distinta, el sueño, por ejemplo, la ensoñación, aún cuando se está despierto, nos abre paso a la imaginación, crea apariencias, la cual será denominada como la no realidad; Apolo, o también conocido como Febo es dios de la luz, dios del oráculo de Delfos, de las musas, de la civilización; creador de sistemas jurídicos y morales, que ocasionan que exista un equilibrio, un orden, claridad, y medida, que tuvo como función la de organizar la cultura griega.

Por su parte, Dioniso, conocido como dios del vino es también dios de la embriaguez sexual, el cual, mediante la música, la danza, el desenfreno se perdía la conciencia de la individuación, el sujeto parecía desintegrarse para alcanzar la embriaguez, este último como un estado creador, como, por ejemplo, la música, la danza, y la poesía lírica. Apolo y Dioniso no se contraponen, sino que se concilian, sus creaciones se producen por una única fuerza y potencia habitada en el hombre. Así pues, el estudio de Apolo y Dioniso remite a los dioses griegos, que no sabían lo que era el bien ni el mal, ni el ser ni el deber ser en sentido moral, lo que hoy en día, en pleno siglo XXI parecemos no identificar, es una sociedad que aparentemente no comprende lo que es el bien, el mal, el deber, o el querer.

Por consiguiente, la concepción apolínea y dionisiaca corresponden al mundo de la vida y, por lo tanto, al actuar frente al caos; esto nos permite entender que no se puede dar una separación entre ambos, porque quedarnos en el mundo de lo apolíneo significaría permanecer en el terreno de la individuación¹, lo que supondría prescindir de lo dionisiaco, el cual no resulta menos importante, porque es Dioniso un ser con el mundo, que todo lo crea y todo destruye, no obstante,

¹ Apolo como el transfigurador genio del principio de individuación, único por el cual se puede alcanzar la verdadera redención en la apariencia. El principio de Individuación equivale en Schopenhauer el espacio y el tiempo, es decir, tanto el tiempo como el espacio singularizan lo que es, por ello, lo esencial del todo se hace múltiple. El principio de individuación nos muestra con gestos sublimes como es necesario el mundo del tormento, lo que hace que el hombre se arroje a una visión redentora, y ya en la contemplación de esta visión se halla tranquilamente; solo hay una ley, y esa ley es el individuo, la conservación de los límites, y de la medida.

ambos se complementan debido a que si permanecemos únicamente en el estado dionisiaco, este destruye.

Con sus dos divinidades artísticas, Apolo y Dioniso, se enlaza nuestro conocimiento de que en el mundo griego subsiste una antítesis enorme, en cuanto a origen y metas, entre el arte del escultor, arte apolíneo, y el arte no-escultórico de la música, que es el arte de Dioniso: esos dos instintos tan diferentes marchan uno a lado del otro, casi siempre en abierta discordia entre sí y excitándose mutuamente a dar luz a frutos nuevos y cada vez más vigorosos. (Nietzsche, 2005, p. 41)

Apolo, hijo de Latona fue dado a luz en Delos; su madre fue perseguida por la celosa y vengativa Hera, sin embargo, después de nueve días de dolor, el niño creció en cuatro días y nació de siete meses. Inmediatamente fue recibido por arco y flechas, mismas que fueron fabricadas por Hefesto. Las armas fueron utilizadas por Apolo para herir a la serpiente Pitón, la cual tiempo atrás había perseguido a su madre. Pitón desde entonces había buscado refugio en Delfos, pero Apolo la persiguió y la mató. A partir de entonces Apolo fijó su residencia en ese mismo lugar, donde ejercería con ayuda de una pitonisa el arte de la profecía.

Este conjunto mítico, que lo envuelve desde su nacimiento, describe su existencia turbulenta; su nacimiento se había caracterizado por su dificultad, pues es perseguido por el mismo destino que su madre, nadie quería darle hospedaje.

Sin embargo, no solo es un dios que crea, sino también es un dios violento; según Nietzsche (2005), la cultura apolínea derrocó un reino de titanes y después mató monstruos obteniendo la victoria. Por ello, Apolo representa una concordancia musical con Dioniso, (Apolo con su arco y lira representa por una parte benevolencia y entusiasmo, y a su vez lo terrible y devastador, con su lira o cítara amansa a las bestias, a los hombres; Dioniso con su flauta desata el frenesí; Apolo mata de manera indirecta, lanza la flecha y se mantiene lejos, mientras que Dioniso mata de manera directa, lo golpea con su tirso, lo devora, lo hace uno con su Ser)

Apolo de ninguna manera es un dios sencillo ni simple, sino todo lo contrario; es creador de templos, de caminos, pero también es considerado el dios de la luz, de las formas que van dando límite a las cosas, es dios de la verdad, de las bellas artes, pues es bajo su inspiración que nacen, que se van dando las formas, y los contornos, lo cual permite la representación del mundo. Con

esto parecería que lo apolíneo es el estado más importante de la cultura griega, pero no es de ninguna manera una totalidad o su exclusividad, pues existe la contraparte, a lo que Nietzsche llamará lo Dionisiaco.

Por su parte, Dioniso representa la embriaguez, el entusiasmo, la fiesta. Pero, así como Apolo no es un dios sencillo tampoco lo es Dioniso; el mito de Dioniso relata que Cadmo tenía cuatro hijas, entre ellas se encontraba Semele de la cual Zeus se enamoró, pero como es habitual en Hera, movida por los celos decidió tenderles una trampa, en donde Semele le pidió a Zeus que le hiciera el amor con todo el ardor divino, con esto pereció Semele, y como su hijo aún no podía sobrevivir fue cosido por Hermes al muslo de Zeus, es ahí donde permanecería por nueve largos meses hasta el día de su nacimiento; otra versión relata que Dioniso efectivamente era hijo de Zeus, pero esta vez teniendo como madre a Perséfone, la reina del inframundo. Hera envuelta en celos, ordena descuartizar a Dioniso, pero es Zeus con fuertes rayos que ahuyenta a los titanes, pero estos ya han devorado Dioniso excepto su corazón, el cual fue acogido por Rea quien inmediatamente se lo cedió a Zeus para que lo recreara en el vientre de Semele.

Dioniso es conocido, según Eurípides, como el dios “extranjero” en la medida que es masculino, y también femenino, sin embargo, no adopta el papel de masculino o de femenino, pues Dioniso es un niño inocente, víctima de la violencia titánica.

En cuanto al conocimiento, Dioniso durante la orgía libera los vínculos que atan al individuo, lo que provoca locura y manía. De modo que, cuando se es poseído por Dioniso, su imagen en el ser humano no trata de una pérdida total del conocimiento, más bien se trata de un estado de locura, en el cual tampoco todo es puramente animal, es decir, la locura permite un estado de conciencia que se distingue de la normalidad cotidiana, además, nos dice Colli (1997), en Dioniso se puede vislumbrar poderes mánticos, una capacidad de adivinación que nace de la orgía. Y es ese ver el futuro lo que permite a los iniciados el conocimiento de la verdad.

Se creería entonces que Apolo no podría complementarse con Dioniso, dios de la embriaguez, de la desmesura, de la música, y del éxtasis. No obstante, es en la tragedia antigua donde se da la unificación entre lo apolíneo (finito) con lo dionisiaco (infinito), porque es en la

tragedia donde se encuentran entrelazadas tanto lo Uno primordial² que solo se revela en la música y el mundo de las figuras. Es aquí donde evidenciamos que tanto Apolo como Dioniso forman una alianza primordial y sobre todo fraternal.

Apolo nos muestra un arte escultórico, mientras que el arte de Dioniso se encuentra reflejado en la música; el artista apolíneo no solo guarda una relación con sus imágenes, sino que contempla todo lo que acontece en su mundo, todas las figuras se le presentan y se hacen comprensibles en el mismo momento en que se le revelan gracias a su ojo figurativo que ve las formas, a la par que va delineando todo lo que hay, ya que para Apolo solo existe la forma, es allí donde nada sobra y nada falta.

Por su parte, Dioniso se opone a la apariencia, este genera conocimiento por la vía del entusiasmo³, y va accediendo a lo Uno primordial, eso que le permite seguir en concordancia con la naturaleza y siendo ya un hombre entregado se olvida de sí para entregarse a la naturaleza de la embriaguez.

Bajo la magia de lo dionisiaco no solo se renueva la alianza entre los seres humanos: también la naturaleza enajenada, hostil o subyugada celebra su fiesta de reconciliación con su hijo perdido, el hombre. De manera espontánea ofrece la tierra sus dones, y pacíficamente se acercan los animales rapaces de las rocas y del desierto [...] la potencia artística se revela aquí bajo los estremecimientos de la embriaguez. (Nietzsche, 2005, p. 46)

²Nietzsche (2005) afirma que lo Uno primordial es lo eternamente sufriente y también lo contradictorio, sin embargo, nosotros que estamos envueltos en las simples apariencias lo sentimos como lo verdaderamente no existente, pues se trata del continuo devenir en el tiempo, en el espacio y en la causalidad. De ahí que lo Uno primordial represente todo aquello que está por encima de las apariencias, y se muestre como la auténtica voluntad.

³ Nietzsche (2005) sostiene que el coro de la tragedia griega habla con un simbolismo total del baile, de la música, y también de la palabra. De ahí que el coro de la tragedia griega contemple por completo al maestro y señor llamado Dioniso, por eso se trata de un coro eternamente servidor, pues mira cómo es que el Dios Dioniso sufre y al mismo tiempo se glorifica, y deja de lado su actuar. Por ello, el coro en pleno servicio al dios representa la expresión suprema, es decir, la naturaleza. Por ello el coro de la tragedia antigua pronuncia en su entusiasmo oráculos y sentencias de sabiduría, es decir, el coro al participar del sufrimiento es un coro sabio que proclama la verdad desde el corazón del mundo.

Dioniso está en la embriaguez, en el cuerpo en donde la vida se afirma a sí misma, cabe aclarar que, para Nietzsche, los instintos o el cuerpo o los impulsos⁴ inconscientes no constituyen la naturaleza humana del hombre, pues el hombre no tiene “naturaleza”, simplemente tiene historia y es puro devenir, nada perdura en él.

Con el paso del tiempo el hombre griego erradicó su miedo y el dolor poblando el mundo de dioses, seres míticos, fuertes y luminosos que fueron exaltando la existencia y valorándola; los dioses no eran más que una forma de espiritualidad, de alegría, incluso de perecimiento; es en ellos que todos los sentimientos o sufrimientos se realizan o en su defecto se divinizan y son dignos de ser vividos. Se pasa entonces de un estado titánico (La existencia como sufrimiento y conocimiento) a un estado de gozo y de alegría; el sufrimiento y el dolor siguen siendo lo mismo, solo que ahora todo recae en lo apolíneo.

Esa ingenuidad apolínea no es más que quedar atrapado en la belleza de la apariencia. Apolo alcanza el orden divino de la alegría y el bienestar para poder vivir: todo lo que existe está por demás divinizado, todo se encuentra en armonía gracias a la ilusión, al engaño, mismos que nos mantienen envueltos en una mentira, y mentir, según Nietzsche, es extramoral, es simplemente un estímulo consciente de la ilusión.

El mundo se fundamenta por la contradicción y el sufrimiento y se sirve de la apariencia, que es en realidad el sueño que provoca el arte ingenuo, dando lugar a los instintos artísticos que dan cuenta de su poder al anhelar lo Uno primordial, eso lo lleva a tomar la apariencia como la necesidad suprema de redención.

Si prescindimos por un instante de nuestra propia “realidad”, si concebimos nuestra existencia empírica, y también la del mundo en general, como una representación de lo Uno primordial engendrada en cada momento, entonces tendremos que considerar ahora el sueño como la apariencia de la apariencia y, por consiguiente, como una satisfacción aún

⁴ Los impulsos, según Nietzsche, son fuerzas que determinan la vida y que si bien yacen dentro es en su exteriorización que logran descargar su fuerza fisiológica. No se debe, pues, confundir el impulso con la voluntad de poder, pues a diferencia de los impulsos, la voluntad de poder es una tendencia de todo lo viviente, incluso es aquella que reintegra y coordina todos los impulsos, y una vez que se ha alcanzado la unidad, es que la voluntad de poder defiende lo que se ha conseguido tanto dentro como fuera de uno mismo. Así pues, Nietzsche no pretende la liberación de la voluntad como compulsividad, más bien reforzarla en tanto unifica los impulsos.

más alta del ansia primordial de apariencia. Por este mismo motivo es por lo que el núcleo más íntimo de la naturaleza siente ese placer indescriptible por el artista ingenuo y por la obra de arte ingenua, la cual es asimismo sólo «apariencia de la apariencia». (Nietzsche, 2005, p. 59)

La apariencia no es más que el reflejo del dolor primordial, a partir de ello una nueva apariencia se sobrepone a la primera, y es la apariencia de la apariencia haciéndose símbolo del mundo apolíneo de la belleza. Ese dolor empuja al hombre a la redención, lo hace volcarse sobre un estado extasiante y tranquilo hasta llegar al punto culmen de lo bello.

Lo Uno primordial cobra cuerpo en la apariencia, es decir, la vida no es entendida como devenir, pues ello implica progreso y muerte, y el hombre teme esa realidad tan evidente, por lo tanto, el devenir es comprendido como algo malo que va contra la vida; por otro lado, lo bueno es algo que el hombre entiende como eterno, como algo que permanece, lo cual trae consigo que el sujeto movido por su voluntad cree conceptos fijos, lo cual resulta erróneo, pues la realidad no es eterna, sino un constante cambio y devenir, pues el hombre es solamente lo que hace, su voluntad. Por lo tanto, lo Uno primordial cobra cuerpo en la apariencia y se redime en forma de angustia, de lamentaciones y de plegarias, lo que origina que el sufrimiento refuerce la individualidad y esta incrementa sus límites en forma de compasión. El ojo apolíneo se abre paso a la bella apariencia, sufre el olvido, el dolor se contiene en él, el ojo ya no siente ni padece el dolor, sino que lo contiene, por ello el sueño es tan característico de Apolo, ya que permite que lo Uno primordial se manifieste en los durmientes, pero como apariencia.

Apolo no es más que el principio de la individuación, nos muestra cómo es necesario el mundo, ese mundo que empuja al individuo a engendrar la visión redentora, de la cual estará inmerso, y ya inmerso en ello se hallará tranquilo, es decir, hay una divinización de la individuación, misma que al ser imperativa se convierte en una ley, esa ley no es más que el individuo, sus límites, su medida, esto se contrapone inmediatamente a lo titánico, lo bárbaro, la desmesura, que no es característico de lo apolíneo, sino de lo dionisiaco, y aunque Apolo no intenta desconocer lo titánico y lo bárbaro, crece dentro de él el germen dionisiaco, pues no debemos olvidar que toda su belleza y moderación descansaba sobre el sufrimiento y el conocimiento.

Apolo va imponiendo barreras para mantener el equilibrio, para proteger esa luminosidad y lo que redime, pero esa protección que se impone no es más que la afirmación de esa fuerza

dionisiaca que se le opone. La medida marca sus límites y de ello se vale Dioniso para abolir todo lo apolíneo, instalando de esa forma la desmesura como la más alta sabiduría.

El individuo, con todos sus límites y medidas, se sumergió aquí en el olvido de sí, propio de los estados dionisiacos, y olvidó los preceptos apolíneos. La desmesura se desveló como verdad, la contradicción, la delicia nacida de los dolores hablaron acerca de sí desde el corazón de la naturaleza. Y de este modo, en todos los lugares donde penetró lo dionisiaco quedó abolido lo apolíneo. (Nietzsche, 2005, p. 61)

Así es como el individuo es sacado de esa comodidad en la que se había sumergido durante mucho tiempo, abriéndose paso a la embriaguez dionisiaca, que no es otra cosa que el rompimiento de los límites de la individuación, hacia lo Uno que no tiene ni demanda ningún límite. Todo se desvanece, la apariencia se desgarras, ya no es más la imagen que se contempla, sino puro sentir, es entrega infinita. Dioniso domina a Apolo y este no puede hacer menos que acceder a ese dominio en forma de arte dórico que trae consigo una nueva disposición para el mundo.

Nos encontramos ahora con un nuevo proceso artístico, esta vez lo Uno primordial se identifica con ese nuevo artista lírico, que tiene como características el dolor y la contradicción del mundo. Esa identificación no es más que la entrega infinita a los lineamientos que la música impulsa. El artista se somete a una perpetua entrega, en donde la música lo arroja, penetrando así en su individualidad, la cual se desintegra.

La identificación y la entrega a la que se somete el individuo se gesta en la música y ella nos envuelve con sonidos de dolor de los que el artista se había hecho cautivo, el dolor se hace simbólico, y se va haciendo visible mediante la música que va cobrando imagen poco a poco dándole al artista una reproducción de figuras de su individualidad, dejándole ver su dolor y no solo la apariencia. Apolo, con ayuda de su laurel, toca al artista lírico dejando atrás todo el proceso y su subjetividad.

Tras ese proceso, el yo del lírico desintegra su yoidad empírica, es decir, el ser de la subjetividad se destruye, el yo se manifiesta como la unidad íntima del mundo. El artista cae en la profundidad íntima del mundo para redimirse en la oscuridad de este. Este largo proceso no es más que la fuerza dionisiaca que adquiere la forma de poesía, ditirambo y tragedia. Se da paso de un yo de la apariencia a un yo realmente existente, pues por encima del yo se encuentra de manera

profunda y arraigada algo más elevado, que tiene una relación con el cuerpo y el inconsciente, así como también, con la fuerza vital, y la voluntad que siempre busca expandirse y que remite al “sí mismo”. De ahí que se busque el camino que dirija al hombre a ese “sí mismo”, que no es más que perderse y volverse a encontrar, para hacerse dueño de sí.

Ahora el artista lírico es un creador, y ese dolor, esa furia y esa pasión se ven reflejadas en la poesía que se vuelve de carácter universal. El arte del lírico no proviene de una idea o de una imagen, sino de un ánimo que impulsa la música, no ya de algo que no ve, sino de algo que emerge desde lo más profundo de su ser. El arte de Apolo y de Dioniso se verá ejemplificado con Homero y Arquíloco.

Homero, el anciano soñador absorto en sí mismo, el tipo de artista apolíneo, ingenuo, mira estupefacto la cabeza de Arquíloco, belicoso servidor de las musas salvajemente arrastrado a través de la existencia: y la estética moderna solo ha sabido añadir, para interpretar esto, que aquí está enfrentado al artista «objetivo» el primer artista «subjetivo». (Nietzsche, 2005, p. 63)

Mientras que Arquíloco a diferencia de Homero, buscará unir su dolor con lo Uno primordial y su réplica, la música, será una representación de dolor, con ello Arquíloco introducirá la canción popular, logrando con esto la revelación de lo dionisiaco, pues la canción no solo será la melodía originaria, sino también lo primero, lo universal, el espejo musical del mundo, lo más importante y necesario que todo lo demás.

En verdad Arquíloco, el hombre que arde de pasión, que ama y odia con pasión, es tan solo una visión del genio, el cual no es ya Arquíloco, sino el genio del mundo, que expresa simbólicamente su dolor primordial en ese símbolo que es el hombre Arquíloco: mientras que ese hombre Arquíloco, cuyos deseos y apetitos son subjetivos, no puede ni podrá ser jamás poeta. Sin embargo, no es necesario en modo alguno que el lírico vea ante sí, como reflejo del ser eterno, única y precisamente el fenómeno del hombre Arquíloco; y la tragedia demuestra hasta qué punto el mundo visionario del lírico puede alejarse de ese fenómeno, que es de todos modos el que aparece en primer lugar. (Nietzsche, 2005, p. 67)

El escuchar del lírico está dispuesto a las melodías de las cosas que pone a sus oídos. Escucha esa voz que resuena en lo más profundo de las almas de los hombres. Así es como Dioniso

siendo la música y Apolo la palabra, se van tejiendo las imágenes, y ya en el poema las dos partes se complementan, aunque eso signifique de entrada que la fuerza siempre será de predominio dionisiaco.

Este arte, en donde se encuentra la fuerza, no busca formar hombres ni hacernos buenos o mejores de lo que ya somos o podremos ser, más bien nos demuestra que la vida y su fuerza se encuentra en juego, es decir, no somos creadores del arte autentico, sino alegorías de ese proceso transformador; no somos ni siquiera el objeto por el cual el arte parte o se ejerce, más bien somos observadores de lo humano, del movimiento creador, lo que nos permite por un momento pasar de ser observadores a creadores, y críticos.

Homero, el poeta ingenuo; Arquíloco como contrapuesto a la plasticidad épica, no buscan regresar a la individualidad, sino la redención al desasosiego de la voluntad inquieta, y es eso mismo lo que los complementa para darnos la canción popular como muestra de una unión entre lo apolíneo y lo dionisiaco como espejo musical del mundo, en tanto melodía originaria que tiene como fin encontrar una apariencia onírica paralela y que se expresa en la poesía; la melodía genera una y otra vez poesía, que no es más que el esfuerzo por imitar a la música.

La música incita, provoca con su simple movimiento incesante, que se multiplica para poder palparla en la canción popular en donde Dioniso deja sus huellas creando a su vez su propio lenguaje muy diferenciado del apolíneo tanto en lo sintáctico como en el color, ya que el lenguaje del lirico es un lenguaje figurado que intenta imitar la música, y aunque el lirico lo intenta no puede expresar nada que no esté ya en la música, además, es imposible alcanzar con el lenguaje el simbolismo universal de la música, en tanto reflejo de lo Uno primordial del mundo. Ahora ese lenguaje se levanta sobre el lenguaje de las apariencias para penetrar en el ser que incita a la música.

Por ello, con Arquíloco se presenta una nueva forma de poesía, la cual busca un estado tal en el que el lenguaje hace un esfuerzo supremo por ser semejante a la música. La imagen que nos da la música no es copia de la copia, sino representación simbólica. Aquí de nuevo hace su pronta aparición Apolo, quien potencia su fuerza figurativa para dar una imagen a esa melodía, pero es ya

una imagen que parte de la música misma y no de una realidad empírica⁵, con esto se vuelve a irrumpir la fuerza.

La música llena a la palabra de significado, de efecto, por su parte el lenguaje será el reflejo de lo que la música contiene, y al ser la música lo que hacer surgir la palabra del lírico que a su vez es el mundo, hace entonces que su difusión sea popular al mismo tiempo que se universaliza.

La imitación de la música en imágenes es lo que nosotros llamaremos lírica, ya que es una imitación inmediata donde no existe mediación entre el intelecto del hombre, posicionándonos entonces en el corazón del mundo, es su máxima expresión. Ya no es una unión entre Apolo y Dioniso sino el límite que los une y los separa, hay una tensión efectiva que permite la formación de la realidad en cuanto tal. El lírico se ve sometido a la música dionisiaca y al sosiego de la contemplación apolínea; son la quietud y el movimiento lo que lo mantienen en el límite que a su vez le permite crear y no caer en esa pasión arrebatada. La imagen lo aleja del arrebato, y la música lo aparta de todo aquello que es agitado y torrencial.

El lírico concibe la naturaleza entera, y así mismo dentro de ella, tan solo como lo eternamente volente, deseante, anhelante, sin embargo, en la medida en que interpreta la música con imágenes, él mismo reposa en el mar sosegado y tranquilo de la contemplación apolínea, si bien todo lo que él ve a su alrededor a través del médium de la música se encuentra sometido a un movimiento impetuoso y agitado. (Nietzsche, 2005, p. 73)

No se puede interpretar la música directamente, sino a través de la imagen, que da la voluntad⁶ que no es más que Dioniso. La música se concibe como expresión del mundo, expresa

⁵ El estar presos en una realidad aparente nos vemos obligados a sentirla como devenir en el tiempo, espacio y causalidad, es a eso lo que llamamos realidad empírica. Por lo tanto, si prescindimos de nuestra propia realidad y concebimos la realidad empírica como representación de lo Uno primordial, el sueño sería considerado como apariencia de la apariencia. Lo que sería delicado, pues se sentiría un ansia terrible de apariencia.

⁶ El término voluntad es utilizado por Nietzsche en términos Schopenhaurianos, es decir, la voluntad no como individual o colectiva, más bien como el centro y núcleo del mundo. No obstante, la voluntad a la que hace alusión Nietzsche es una voluntad de poder como dominación del ser, es decir, todo lo que es en tanto que es, es voluntad de poder, esa voluntad es un afecto, un querer, sin embargo, no es cualquier afecto, es un afecto originario, individual y vital, es, en resumidas cuentas, afirmativo. La determinación del ser también refiere al devenir, un devenir pensado desde la temporalidad, en la que Nietzsche logra conciliar a Heráclito y Parménides, y es en esa reconciliación que llega a la conclusión que los valores son históricos, y que hay un solo mundo,

los movimientos de la voluntad como algo inmediato, sin forma ni materia, mostrando la cosa en sí y ya no su mera apariencia, se abre paso a la esencia verdadera de las cosas. Esa fuerza musical vendría a representarse en el nacimiento del mito trágico, que hablará en símbolos acerca de lo dionisiaco.

Lo trágico solo puede aparecer con el espíritu de la música, lo que origina que comprendamos esa alegría que es dada gracias a la aniquilación del individuo. Toda esa vida eterna está más allá de cualquier apariencia y de todo estado de aniquilación; lo trágico es la máxima representación de lo dionisiaco, porque crea, existe, y se apacigua con el cambio de las apariencias, es en esa mutabilidad cuando se comprende la vida eterna, de no ser así nunca se comprendería que la vida es un constante nacer y perecer.

1.2 La tragedia en decadencia

¿Qué es la tragedia griega? ¿Cómo se fueron sentando las bases de su origen? Según Nietzsche, no se ha planteado siquiera el origen de la tragedia griega ni mucho menos se han resuelto esas dudas, sin embargo, nos propone al coro trágico como iniciador de la tragedia, ya que este no establece diferencias entre lo que es la ficción y lo que es la realidad, sino que instala una identificación plena, porque el coro no busca representar lo que ocurre en la realidad, ni satisfacer al espectador haciéndole sentir que lo que está observando es muestra de su quehacer cotidiano.

por lo tanto, lo que tiene valor en una sociedad no lo tiene en otra. La voluntad está enfocada a los seres humanos que piensan y que son vivientes, sin embargo, nos preguntamos ¿Qué es la voluntad de poder en sí misma? La voluntad de poder no es otra cosa que querer ser, pero ese ser no es abstracción inmóvil ni un querer auto afirmativo, más bien son las cosas reales, que a la vez son cambiantes, y que pueden ser tanto afirmativas como negativas, lo que origina una tensión: lo real se afirma, existe, pero también se desmiente, se desmorona, se destruye; la voluntad es por tanto, lo real, no se planea de manera voluntaria, sino involuntaria, y simplemente siendo es que ya se ejerce la voluntad de poder. Pero ¿qué papel juega la voluntad de poder en el arte? El arte es la estructura más transparente de la voluntad de poder, es lo real, la expresión del mundo, es lo creativo, lo que destruye, el ser, el devenir, y todo eso debe ser comprendido por el artista, quien puede poner algo en el ser, y por quien conocemos al ser, pues el artista es creativo y también destructivo, no solo es arte, es la vida, se va creando en la medida en que se vive. *Cfr.* Christian Niemeyer (Ed.) *Diccionario de Nietzsche, conceptos, obras, influencias y lugares*, Siglo Veintiuno, España, 2012, pp. 535-540.

La tragedia surgió del coro trágico y que en su origen era únicamente coro y nada más que coro: de lo cual sacamos nosotros la obligación de penetrar con la mirada hasta el corazón de ese coro trágico, que es el auténtico drama primordial, si dejarnos contentar de alguna manera con las frases retóricas corrientes-que dicen que el coro es el espectador ideal, o que está destinado a representar al pueblo frente a la región principesca de la escena. (Nietzsche, 2005, p. 75)

El coro se verá fomentada por el sátiro, quien personifica la sabiduría dionisiaca, debido a que es un producto que se encamina hacia lo original y, imagen primordial del ser humano, aquel que comparte el sufrimiento, el vocero de una sabiduría que habla desde lo más hondo de la naturaleza, es también lo sublime, lo divino, y a su vez manifiesta esa extrañeza y fascinación que le da saberse el punto en que se establece una alianza con el mundo, en donde se rompen las leyes de la necesidad y causalidad para dar paso a la Unidad⁷, que serán cubiertas por un coro de sátiros que tendrá como fin ese consuelo metafísico que le permita, a pesar de las apariencias, acentuar el carácter de la creación y el perecer, pues las apariencias como ya se había dicho anteriormente, no son más que la mera intensificación de la indestructibilidad. Así pues, el coro de sátiros refleja la existencia de manera veraz, más real, y desecha las apariencias, porque el hombre griego quiere la verdad, por ello, se transforma en sátiro.

Lo dionisiaco presenta un elemento letárgico (se sumergen todas las vivencias personales del pasado) mediante el entusiasmo, lo que crea un abismo que va dejando detrás esa realidad cotidiana en la que nos encontramos inmersos, sin embargo, una vez que esa realidad cotidiana regresa, se nos va a presentar como náusea, y no será otra cosa que el precio por haber sido participes de la verdad, pues Dioniso al ser la Unidad, y también la totalidad que se nos da al nacer en tanto nos desapegamos de la misma totalidad, nos va a permitir acceder al mundo apolíneo de la multiplicidad y la apariencia, por lo tanto, esa náusea se presenta como resultado de haber conocido lo dionisiaco (la totalidad), pues solo así nos percatamos que la realidad no es suficiente, dejando tras de sí un estado de incertidumbre, en donde solo se puede ver el horror, el espanto e

⁷ La vida produce individuaciones, y es en ese producir que se desgarran a sí misma, por ello, la vida es dolor y sufrimiento, pero ese dolor y sufrimiento ocurre al saber que lo Uno primordial queda despedazado, sin embargo, la vida vuelve a reintegrarse, sale de su dolor, y se reencuentra con su Unidad primera, y esa reunificación se produce con la muerte, con el aniquilar la individualidad.

incluso el absurdo del ser, este último como consecuencia de haber penetrado en la horrenda verdad, a saber, un mundo salido de quicio⁸, en el cual no pueden ser modificadas las cosas. Esa náusea originada por lo dionisiaco hace que la acción del cuerpo quede de cierta forma inmovilizada, debido a que el cuerpo sucumbe con los ojos y los brazos cansados, nada debe ser intentado, todo es pesadez.

En este sentido el hombre dionisiaco se parece a Hamlet: ambos han visto una vez verdaderamente la esencia de las cosas, ambos han conocido, y sienten náuseas de obrar; puesto que su acción no puede modificar en nada la esencia eterna de las cosas, sienten que es ridículo o afrentoso el que se les exija volver a ajustar el mundo que se ha salido de quicio. (Nietzsche, 2005, p. 80)

El conocimiento de la verdad origina en nosotros la sensación de que nada tiene algún sentido, que todo lo que deseamos, queremos, o anhelamos no puede salvarnos del devenir, ya no existe el velo de la ilusión, todas esas apariencias que en un primer momento nos ayudaron a vivir, a aceptar la vida como algo posible y bello, no es más que pura apariencia, pero esa apariencia ya no existe, la realidad se hace evidente, ninguno de nuestros actos pueden modificar las cosas, sin embargo, solo el hombre y lo que él hace en su momento es válido, solo eso importa, por ello, conocer mata la acción y el obrar, y para realizar acciones es necesario encontrarse envuelto con el velo de la ilusión, porque es la apariencia lo que permite que el hombre pueda ver la vida como algo que se puede sobrellevar, sin embargo, existe una escapatoria, un nuevo estímulo y ese es el

⁸ En este sentido, Nietzsche hace alusión a Hamlet, quien ha vislumbrado la verdad, y ha entrado en otro mundo, pero en él todo se ha roto, incluso el tiempo. El velo cae, y se anuncia el mundo del abismo, y es ahí donde Hamlet descubre su grandeza, no por el hecho de matar a su madre y al hermano de su padre, sino en sentir dudas, miedo, y su espiritualidad, por eso, el mundo en el que ahora se encuentra choca con otro mundo y el tiempo queda desquiciado, y por eso ha nacido él para poner todo en orden, y aquí reside la tragedia. Es decir, se aparta de ese mundo terrenal, y vaga entre tinieblas y una inmensa soledad que lo hace hablar constantemente consigo mismo, y lo hace ver que el día se ha adentrado a la noche, que confluyen, y solo él puede enmendarlo. Cfr. William Shakespeare, Hamlet, 2014, pp. 7-36

arte⁹ como aquello que salva y que cura, y que se representa en el ditirambo¹⁰ como acto salvador del arte griego. Por lo tanto, la tragedia es entendida como una fuerza intensa dionisiaca que se imprime en el coro, pues es en el coro que se contempla a Dioniso como aquel dios que sufre y al mismo tiempo se glorifica. Al estar el coro al servicio de Dioniso se da una expresión suprema de la naturaleza, por ello, ésta da sentencias de sabiduría: el coro al ser partícipe del sufrimiento es un coro sabio, que proclama nada más que la verdad del mundo al mismo tiempo que contempla lo horroroso como algo bello.

El hombre común se contagia de lo que el coro trágico le ofrece, se va identificando a su vez con el sátiro, haciéndose uno con él y ve de manera súbita el rostro cambiante de Dioniso, acceder a él implica romper con el velo de Maya que se obstina en no reconciliarse con la muerte, sin embargo, al asomarse a lo dionisiaco implica reconciliarse con la muerte, y también con la Unidad; por ello, el coro trágico es un fenómeno primordial, ya que permite que el hombre se vea transformado delante de sí, a la par que actúa como si hubiera penetrado en otro cuerpo que se ve trasmutado por la intensidad; en el coro dionisiaco se descarga una y otra vez el mundo apolíneo de las imágenes haciendo que el público se extasie dionisiacamente hasta que el héroe trágico aparece, viendo así que no solo se trata de un hombre con su máscara, sino de un ser nacido de su propio éxtasis, ya que el arte dionisiaco, nos dice Nietzsche (2005) busca convencernos del eterno placer de la existencia; un placer que no debe buscarse en las apariencias, sino detrás de ellas, pues solo de ese modo podremos ver los horrores de la existencia individual, que aunque nos origine

⁹ El arte en la filosofía de Nietzsche hace referencia a la creación artística, que no es más que obras bellas que hacen que la existencia sea digna de ser vivida, sin embargo, cuando Nietzsche habla del arte, también hace referencia a ese arte que cubre a la realidad con un velo de ilusión, es decir, el arte va a ser considerado mentira cuando las cosas no correspondan con la realidad, en este caso ese arte va a estar ordenado y dispuesto como una bella forma. No obstante, ese arte de cierta forma mengua el inmenso horror del devenir que afirma que las cosas perecen, y hacen de la existencia algo absurdo y espantoso, lo que origina que las creaciones artísticas transformen esas ideas en representaciones que le permiten al hombre vivir, y poder sobrellevar su existencia. *Cfr.* Christian Niemeyer (Ed.) *Diccionario de Nietzsche, conceptos, obras, influencias y lugares*, Siglo Veintiuno, España, 2012, pp. 60.

¹⁰ El ditirambo es una canción cultural en honor a Dioniso, así como también de otras divinidades. En esta canción se solían alternar tanto el solista como el coro. El ditirambo es un coro de transformados que han olvidado su pasado civil, por lo tanto, se han convertido en servidores de su dios, este dios vive fuera de toda escala social. El transformado se ve como sátiro y al mismo tiempo mira al dios, es decir, ve fuera de sí una nueva transformación. El puto al que quiere llegar el coro es extasiar dionisiacamente al público hasta que el héroe trágico aparezca, pero ese hombre no mostrará a un ser con máscara sino una figura nacida del éxtasis.

espanto no debemos sentirnos asustados, porque en ese momento somos el ser primordial que nos hace sentir el placer de existir después del ocaso, por lo tanto, no hay más que el instante de verse convertido en otro que se arroja al eterno placer, y al en sí que se encuentra ahora fuera, logrando una identificación con lo Uno primordial, a la par que lo dionisiaco rompe con el estado de los acontecimientos, leyes, jerarquías y dioses que ya en un primer momento se habían establecido.

La única realidad que se presenta en la escena es el coro, este alcanza el drama, la palabra, el baile y la música que se van potenciando en una visión que más adelante se hace colectiva.

Este coro contempla ahora en su visión a su señor y maestro Dioniso, y por ello es eternamente el coro servidor: él ve cómo aquél actúa. En esta situación de completo servicio al dios el coro es, sin embargo, la expresión suprema, es decir, dionisiaca de la naturaleza, y por ello al igual que ésta, pronuncia en su entusiasmo oráculos y sentencias de sabiduría: por ser el coro que participa del sufrimiento es a la vez el coro sabio, que proclama la verdad desde el corazón del mundo. (Nietzsche, 2005, p. 88)

Por su parte, Apolo se manifestará en el drama, en donde el coro provocará la excitación en los oyentes dionisiacos, no todo será participación dionisiaca, sino que a su vez la atmosfera será de claridad y solidez, lo que permitirá que Dioniso hable ahora el lenguaje de Apolo, quien expresa un lenguaje transparente, bello, con precisión y claridad, lo que permite que el mito sea una constante proyección. No obstante, esa luz de la que se sirve Apolo para mostrar su parte visible de héroe le permite a Dioniso propiciar horror al ojo sin perturbación.

Recordemos a Edipo, aquel personaje doliente de la escena griega como el único de los mortales capaz de derrotar a la peste, se levanta sin miedo a su destino y comienza la andanza, porque es dentro de sí donde se encuentra la peste y la agonía. Pero es fuera de él que no puede ver la verdad que le provee el oráculo, gracias al velo de la apariencia que colma su certeza. Edipo con su verdad vencida, con los ojos desgarrados, y con una certeza inválida recae en desgracia, sin embargo, ese dolor y saber le aclaran la mirada haciendo que el resplandor de la verdad se le presente como angustia suprema de sus errores continuos. Edipo no es más que la ejemplificación de reconciliación de la vida con la muerte, el dejar de ver con ojo mortal lo arrastra a la verdad de saber necesario la reconciliación con la muerte y la vida para ser feliz, se debe, pues, aceptar que no se puede nada contra el destino de sufrimiento y de muerte, lo cual permite arrojarse a la reconciliación, y no renegar de ella.

La tragedia tuvo como objeto único el sufrimiento de Dioniso como consecuencia de la transgresión a lo apolíneo, pues es Dionisos que experimenta en sí el sufrimiento de la individuación a partir de ese despedazamiento desde que es niño. Dioniso fue el único héroe presente en la tragedia griega, y nunca dejó de serlo, incluso Prometeo, Edipo, etc., son solo máscaras del dios originario, sin embargo, con la racionalización de la tragedia esta pereció, dicha muerte originó un vacío enorme, pero cuando floreció de nueva cuenta el sentimiento era muy parecido a la agonía, es decir, una vez que la tragedia había sucumbido, poseía una nueva forma de arte, la cual veneraba a la tragedia como maestra suya, pero no era más que un florecimiento a partir de su agonía. Ese impulso y agonía fue dado por Eurípides quien dio no solo algo distinto, sino que a su vez posicionó ese nuevo arte con el nombre de comedia ática nueva. El drama Eurípideo se había fundado sobre lo apolíneo (una tendencia no-dionisiaca), y sus líneas afirmaban que para que algo fuera bello tenía que ser inteligible, por lo tanto, se buscaba una estética socrática que se fundamentara en lo racional, debido a que el drama Eurípideo era crítico; en la escena se presentaba un sujeto que decía lo que es y explicaba la acción, lo que ha ocurrido, y por supuesto, lo que ocurrirá, impidiendo que el público pueda sumergirse en el sufrimiento del personaje debido a que no hay tensión y todo es sabido.

Con la aparición de Eurípides se creía que lo que se estaba alabando era de nuevo a la tragedia, pero no era de esa forma, Eurípides no era ni Apolo ni mucho menos realizaba una personificación de Dioniso, sino de Sócrates, lo que hacía de su drama algo frío, sobrio, ígneo y sobre todo juzgaba al hombre ebrio. En resumidas cuentas, el drama se había racionalizado, debido a que la representación emocional no era ya necesaria, sino que se requería la conceptualización racional que implicaba de entrada todo alejamiento de la embriaguez dionisiaca, es decir, era necesario que todo fuera consciente para ser bello, y esa fue una de las líneas de las que siempre se vio envuelto Sócrates, para quien el arte trágico nunca había dicho la verdad, y era preciso establecer los lazos entre virtud, saber, y moral. Ya no hay estado ni apolíneo ni dionisiaco como instintos de la naturaleza, sino más bien existe una verdad lógica y no vital, una moral racional y no existencial.

Sócrates es el prototipo del optimismo teórico, que, con la señalada creencia en la posibilidad de escrutar la naturaleza con las cosas, concede al saber y al conocimiento la fuerza de una medicina universal, y ve en el error el mal en sí. Penetrar en esas razones de

las cosas y establecer una separación entre el conocimiento verdadero y la apariencia y el error, eso parecióle al hombre socrático la ocupación más noble de todas, incluso la única verdaderamente humana: de igual manera que aquel mecanismo de los conceptos, juicios y raciocinios fue estimado por Sócrates como actividad suprema y como admirabilísimo don de la naturaleza, superior a todas las demás capacidades. Incluso los actos morales más sublimes, las emociones de la compasión, del sacrificio, del heroísmo y aquel sosiego del alma, difícil de alcanzar... fueron derivados, por Sócrates y por sus seguidores simpatizantes hasta el presente, de la dialéctica del saber y, por tanto, calificados de aprendibles. (Nietzsche, 2005, p. 135)

La tragedia pereció totalmente gracias a Sócrates, quien había olvidado que el espíritu de la música era una forma en la que la tragedia podía aparecer, pues la música no es más que lo metafísico, devenir rítmico que contagia, aquello que reconcilia lo dionisiaco con lo apolíneo en notas ordenadas (Apolo) que nos extasían en bailes (Dioniso). Con ello se abrió paso a un nuevo arte, la ópera. La ópera fue un modo de arte, pero idealizado, era puro dogma creado por el hombre crítico y no artístico, haciendo de ella una caricatura artificial puesto que carece de lo dionisiaco, ese brote que se da a partir de lo natural.

Este nuevo arte solo iba dirigido a aquellos seres que ostentaban el saber, ya no era un tipo de arte que implicaba el arte natural de la comunidad, ni mucho menos tenía ese aire festivo carnavalesco y de inconsciencia que era característico de Dioniso. La música de este nuevo arte era una música figurativa y literaria, su potencia se había perdido en el ojo y ya no se dirigía al oído, es decir, el nuevo arte solo estaba plasmado en lo escrito, dirigido a uno o dos sentidos y no a un hombre por entero.

El drama antiguo se había caracterizado por tres aspectos, el primero era el acto que estaba elevado hacia la condición de ser hombre, luego el actor como medio para transformarse en el personaje, y, por último, el oyente o espectador a quien iba dirigido ese arte como estimulante, ese público que conserva el entusiasmo de las fiestas que mostraban a hombres con máscaras que iban danzando, saltando, cantando con ropas hechas para esa ocasión especial a plena luz del día. El instinto dionisiaco se desarrollaba gracias a que el actor, el acto y por supuesto, el oyente se mezclaban en dicha atmosfera.

Esa sincronía permitía en el espectador una mayor complicidad gracias al instinto dionisiaco que le facultaba no ser solo un hombre sino un hombre por entero, el proceso era una especie de cadena evolutiva que le hacía pasar de un ciudadano común a encontrarse con su ser más íntimo por medio del padecimiento transfigurado, sin embargo, el arte dramático había perecido para dar paso a la ópera propia de la cultura socrática.

La ópera intentará resolver la relación que existe entre imagen, música y palabra para hacer resurgir la tragedia griega; el rasgo que caracteriza a la ópera será la palabra en forma de recitado en la música, donde más que melodías se trata de hablar; la palabra sirve para demostrar las virtudes de la voz que se debate entre la lírica y la prosa. La voz se va estirando en la partitura textual hasta llegar a su efecto, es decir, la música se va a presentar en dos direcciones gracias a la palabra y su efecto, y por otro lado originará que el oyente acentúe su pasión, porque la música tiene como finalidad la presentación de la imagen.

La necesidad de esa nueva música solo puede venir de una carencia no artística: una necesidad no estética que crea a la fuerza un nuevo arte moderno, que anhela un mundo ideal que se desarrolla entre el bien y lo que es puramente bello, de ahí que la ópera sea una creación del hombre teórico y no propiamente del artista, si bien es una música volcada hacia la sensualidad y la distracción, se desarrolla mediante la palabra cantada que contagia al oyente, que disfruta esa música desde lo ilustre e intelectual, lo que no significa en ningún momento una potencia musical que desarrolle la potencia creadora. Esa unión entre palabra en tanto acto y la música no dan una combinación equilibrada que nos demuestre que lo que se está dando sea la tragedia, puesto que la ópera ocasiona que las imágenes se encuentren dispersas y, por lo tanto, no existe un reconocimiento entre ellas, tanto la música como la palabra al hacerse independientes de sus efectos no nos remiten a un origen, sino solo a lo exterior, no existe, por lo tanto, ni movilidad, ni juego, el cual debería existir debido a que la música como esencia de la naturaleza debe expresarse simbólicamente. Asimismo, lo trágico enuncia una alegría que trae consigo el juego en los niños, lo cual afirma el devenir, porque jugar es admitir el devenir y lo múltiple. Por ello, la ópera no puede ser considerada como el renacimiento de la música antigua, pues su fundamento es una necesidad-no estética.

El hombre artísticamente impotente crea para sí una especie de arte, cabalmente porque es el hombre no-artístico de suyo. Como ese hombre no presiente la profundidad dionisiaca

de la música, transforma el goce musical en una retórica intelectual de palabras y sonidos de la pasión en stilo rappresentativo y en una voluptuosidad de las artes del acto; como no es capaz de contemplar ninguna visión, obliga al maquinista y al decorado a servirle; como no sabe captar la verdadera esencia del artista, hace que aparezca mágicamente delante de él, a su gusto, el «hombre artístico primitivo» es decir, el hombre que, cuando se apasiona, canta y dice versos. Se traslada en sueños a una época en la que la pasión basta para producir cantos y poemas: como si alguna vez el efecto hubiera sido capaz de crear algo artístico. El presupuesto de la ópera es una creencia falsa acerca del proceso artístico, a saber, la creencia idílica de que propiamente todo hombre sensible es un artista. (Nietzsche, 2005, p. 164)

La ópera no es capaz de entregarse por completo a la música, ya que sus palabras son idilio, *pathos*¹¹ y nostalgia, lo que origina que el hombre artístico no sea más que un hombre teórico que hace resurgir al arte y, por ende, la ópera como una exigencia no musical; origina con ello que las imágenes se vayan presentando con un simple decorado. La ópera no se conjunta en ningún momento con lo Uno primordial, debido a que el ojo no puede percibir el proceso que envuelve al artista griego, ni mucho menos capta lo complejo que resulta ser la tragedia, es la ópera una mera imitación que la posiciona en un terreno idílico y a su vez al terreno del entendimiento característico de Sócrates, es decir, se persigue una dialéctica que se debate entre la lógica y la explicación. Por ello, la ópera desecha la realidad en tanto afirma un mero ideal.

La escena socrática se presenta como un cúmulo de razón que va ilustrando la verdad, la cual dice cómo debe el hombre regir, dirigir y manejar su vida cotidiana, todo esto bajo los parámetros de una vida regida por la ilusión, lo que supondría el entierro de la tragedia. ¿Cómo podría resurgir de nueva cuenta el estado dionisiaco característico de la tragedia?

El pueblo griego apunta hacia dos direcciones, en el primer caso se dirige al Estado, la organización de la *polis* que permite la plenitud de la política y, por otro lado, esos ritos orgiásticos

¹¹ En el drama, según Nietzsche, lo que importa es el *pathos* (sufrimiento) más que lo lógico y causal de las acciones, por ello, en el drama el verdadero protagonista es Dioniso, aquel que sufre. El *pathos* de la distancia busca acentuar la separación entre el individuo y la generalidad, pues el *pathos* es la pasión, lo dionisiaco que se desborda, y la distancia. Todo lo contrario, con el *ethos* que es lo apolíneo, lo reflexivo, todo lo que se contiene. *Cfr.* Christian Niemeyer (Ed.) *Diccionario de Nietzsche, conceptos, obras, influencias y lugares*, Siglo Veintiuno, España, 2012, pp. 409-4

y fiestas de transfiguración, sin embargo, el instinto político se ve mediado por una tercera vía, la oratoria y la ausencia de la música.

La tragedia supondría ese estado intermedio que permite mediante sus efectos purificar, excitar, curar y mantener el equilibrio. Por ello, la música alcanza su perfección en la tragedia, pues junto a ella también se encuentra el mito y el héroe trágico en los que recae toda la fuerza dionisiaca. El mito trágico envuelto en otro movimiento impide que el oyente pueda unificarse con el héroe, pues lo que va a mediar al oyente dionisiaco de la música será el mito.

La tragedia le hace ver al mito que la música es un medio en donde puede desarrollarse y presentarse, por tal engaño es que la música puede manifestarse con su poder de excitación y de contagio. Ese engaño es el apolíneo que permite que la música le brinde al mito un gran significado metafísico. Por su parte, Dioniso hace su aparición en la máscara de Apolo, se presenta como aquel dios y llega a los oídos del oyente dionisiaco quien descubre tras de sí ese sufrimiento gracias a la forma. Lo cual es significativo, ya que sin la presencia de Apolo el mito no supondría ningún significado.

El dolor y la contradicción del mundo son guardados en el héroe trágico y no la compasión y el temor propios de Aristóteles y que más que unificarnos con el mundo como lo hace el mito, solo origina la unificación con la batalla del héroe. Si bien la compasión nos ayuda a no perecer en comunidad, no nos libra del camino de la desgracia, he aquí que lo que se esté haciendo ya no sea arte, pues la tragedia solo puede desarrollarse en un pueblo que confía en el devenir y en la fuerza de la vida.

Dioniso hace uso de la máscara de Apolo para poder llevar la mirada del espectador al centro de sí mismo, ya que en la mirada se concentra todo ese influjo que aprecia los detalles y que incitan la pasión del héroe trágico. La relación coexistente entre Apolo y Dioniso origina una armonía tal que la música alcanza la potencia de visión gracias a la claridad de la imagen que se presenta. La música permite ver más allá, la escena llega como una línea melódica y la imagen se hace música.

La música es la idea total del mundo y el drama solo un reflejo de esa idea, la figura nunca dejará de ser mera apariencia, mientras que la música será la donadora máxima e infinita. Apolo se dirige con particularidades dentro de la escena y Dioniso arrasa no solo con aquellas

particularidades, sino que a su vez va más allá de lo apolíneo, aquí yace el origen de la tragedia como lo pleno, la totalidad desbordante de Dioniso, que va de lo terrible y funesto a la hermosa figura apolínea, que no es más que convertir el dolor en arte. Dioniso es el dueño de la escena, baila, se transforma, nos envuelve con su poder y nos imprime lo estético¹² al penetrar en la figura del héroe de quien transgrede su alegría y soluciona su dolor de una manera bella al aparecerse en su máscara, pero ese dolor que se ha curado es externo, porque el carácter está fuera de él y no dentro, todo resulta de carácter corporal.

El espectador apolíneo agita su ojo ante la escena, mientras que el oyente sufre un doble mecanismo: mira el mundo de la escena y la niega, observa al héroe trágico y se siente dichoso por su perfección y también por la aniquilación del héroe; comprende todo lo que se presenta en la escena, pero busca refugiarse en lo incomprensible; se estremece solo de pensar el fin del héroe, pero siente un placer superior al adentrarse en ello; ve claramente, pero prefiere estar ciego; esto prueba la intensificación de Dioniso quien desarrolla su fin en el desbordamiento apolíneo mediante la proyección del mito, que con ayuda de la música la imagen vibra en el ojo apolíneo hasta que la luz lo ciega por exceso de excitación.

Por su parte, en la tragedia las excitaciones apolíneas no enajenan por la contemplación, sino todo lo contrario, la contemplación permite que al anteponerse el ojo ante la imagen exista la negación y el deseo de regresar al punto de partida, lo que nos lleva al proceso de individuación de quien dispondrá Dioniso, no obstante, el proceso de individuación implica salir de lo Uno y hacerse de la parte, se va de lo dionisiaco a lo apolíneo. Solo así es posible el resurgimiento de la tragedia, de no ser así se recaería en un tipo de arte en envuelto en lineamientos éticos y morales, y el arte

¹² El artista es un creador, y también un destructor, organiza lo que está en caos en arte, y al tener algo organizado es que destruye los valores y estructuras. Sin embargo, no se trata solo de producir obras de arte, más bien se trata de la vida, es decir, experimentamos el Ser en la medida que vivimos, que somos, que estamos en pleno devenir. El arte crea, y destruye, propone una visión, refleja el mundo, deja que lo real se filtre a través de sí; solo en el arte es que se crean los valores y es en este crear valores que el arte se contrapone al nihilismo y a la historia, esta última como lo inmóvil, lo permanente y lo absoluto, mientras que el arte es siempre hablar de abismo, y por lo tanto, de productividad, construcción, y creatividad. El arte no es más que la verdad, la única verdad que anuncia que el arte está situado en el cuerpo en donde aparece la noción de ebriedad. La ebriedad como un estado condiciona la creatividad.

en sí no está ligado ni a esas leyes ni a la comodidad de las normas civiles, ya que estos niegan la festividad y lo carnavalesco pasando a afirmar la pura reflexión.

El ocaso de la tragedia representó la aniquilación del mito, cediendo su lugar a la consciencia histórica, la cual solo busca remitirse y resguardar el pasado y no ya del presente que se hace presa de manera inmediata del pasado, mismo que entierra la progresión de un estado metafísico. Los dioses no existen, y si acaso existieran, no son más que pura negación y pobreza, es decir, son seres que apelan a favor de la razón y las buenas conductas, niegan la vida y el cuerpo, y no permiten al hombre reconciliarse con la muerte.

La tragedia no es la elocuencia de la justicia, ni la moral, ni lo civil, no es imitación natural ni literal, ni mucho menos la lucha del héroe contra el destino es por el contrario fundamento desde dentro, suplemento metafísico, superación de la vida y del dolor en un terreno estético y aunque presenta puntos relacionados con la moral no se queda ahí, es necesario entender que la tragedia exclama que la vida es eterna, mientras que la música es la idea inmediata de esa vida, por lo tanto, el arte dionisiaco nos muestra también el verdadero placer de la vida, a decir verdad, la vida no como apariencia, sino la búsqueda de la verdad detrás de las apariencias, pues en la medida en que nos alejamos de la ilusión, se comprende que todo aquello que nace, se encuentra sumergido en el dolor, y que por eso mismo no debemos asustarnos o temer, pues existe un consuelo metafísico que nos aleja momentáneamente de las figuras mudables y nos aproxima al ser primordial. Somos uno con todo lo existente y superamos la vida en tanto nos reconciamos con la muerte.

La relación de la vida con el arte es de trasfiguración y no de imitación, volcada al desdoblamiento de la vida, que incita sus propios límites para no quedarse en la plena quietud, nos hace remitirnos hacia nosotros mismos, porque solo el arte que se hace desde dentro es un arte que se pregunta constantemente por el Ser, pues el Ser es permanencia y también devenir, por lo tanto, hay una tensionalidad, la cual se encuentra en nosotros y en el arte, además, ese Ser no pertenece al mundo trascendente de Platón, sino más bien hace referencia a la manera tensional de la realidad, una realidad que será vislumbrada gracias a que el arte nos muestra la verdad. Lamentablemente el arte de nuestros tiempos no alcanza dichas condiciones que le posibilitan hacer un verdadero arte; no existen mitos, ni música, y todo se ve regido por la forma y la figura. La música y el mito están envueltas por la razón, mientras que la tragedia queda reducida a un mero relato representado, lo que muestra su claro sinsentido, pues la tragedia no es meramente texto o palabra, sino más bien

música que se encuentra cerca de lo dionisiaco, y que tiene como fin representar los dolores del mundo.

El optimismo socrático entierra todo lo dionisiaco y a todo un pueblo que deja tras de sí el olvido de la tragedia para dar cuentas a la ilusión que nos cubre con su manto y nos arroja a los dogmas que pretenden retomar una tragedia que no es más que un sinsentido, ya que no podemos quedarnos en el terreno puramente apolíneo, se necesita esa fuerza, esa vitalidad, esa danza, y esa música propia de lo dionisiaco.

1.3 Sócrates y Platón padres del retroceso

La tragedia griega fue pereciendo debido a la racionalización, más cuando floreció gracias a Eurípides traía consigo un carácter no-griego, un concepto socrático que evidenciaba que el nuevo arte que renacía era puramente racional, lo que originó que Sócrates materializara lo apolíneo, lo que ocasionó que el nuevo arte se fundamentara bajo las bases de la lógica.

Sócrates fue un ciudadano ateniense nacido en el siglo 470 a.C. y muerto en el 399 a. C, fue coetáneo de los sofistas, a los cuales se creía que pertenecía. Los sofistas y Sócrates tenían en común la preocupación por el hombre, la felicidad, la justicia y la virtud, sin embargo, discernían en sus respuestas. Los sofistas abogaban que la única respuesta admitida, era aquella que nacía de lo subjetivo, mientras que Sócrates abogaba constantemente que no sabía nada, pero estaba seguro de que mediante el diálogo se podía llegar a la raíz de todas las cosas.

Sócrates no cobraba por sus enseñanzas, sin embargo, Aristipo afirmaba que recibía regalos por sus lecciones, lo cual es semejante a cobrar; mediante el diálogo y el método mayéutico¹³

¹³ El método mayéutico es una enseñanza socrática basada en el dialogo que se establecía entre maestro y discípulo; la mayéutica como un método filosófico permite la investigación y enseñanza propuesta por Sócrates, quien decía que a diferencia del arte de las comadronas en el que se paría a las mujeres, él haría parir a los hombres, en este caso su alma y no el cuerpo. Este método consiste principalmente en emplear el dialogo para llegar al conocimiento verdadero. En un primer momento se plantea alguna cuestión, ya sea sobre la virtud, la belleza etc., por lo que el interlocutor da alguna respuesta, del que se sigue una especie de discusión, la cual nos permite llegar al conocimiento, pero no un conocimiento simple, sino universal y también preciso. El método mayéutico daba mucha importancia a la definición, es decir, a la respuesta que se recibía,

inducía a sus discípulos a un arduo cuestionamiento, pues Según Sócrates lo único importante y válido es el dialogo (dialéctica), la respuesta y la pregunta constante, que le permitía a él y a su alumno llegar a la verdad por sí mismo.

Sócrates creía que dentro de cada ser existía una verdad innata que era necesaria alcanzar mediante la inducción de la mayéutica, su método. La mayéutica veía nacer el conocimiento mediante una verdad que nacía del interior del hombre, cuyo método consistía en hacer una pregunta que abonara una respuesta que iba a ser refutada por Sócrates hasta que el interlocutor cayera en una contradicción. Una vez que su alumno era capaz de aceptar su ignorancia podía acceder a las más profundas verdades.

En el caso de Sócrates, la virtud resultaba importante debido a que no era algo que se pudiera heredar ni mucho menos enseñar, el hombre que era virtuoso había visto aparecer a la virtud como el resultado de una búsqueda racional infatigable, y una vez que se alcanzaba un estado de virtud tal, el hombre podía gozar de una moral totalmente Platónica e intelectualista, es decir, el hombre es moral a partir de que por medio de la virtud ha alcanzado una verdad que desde siempre se encontraba en el interior de sí mismo.

Aunado a ello, una vez que somos partícipes de la verdad, no podemos dejar de buscarla, ni mucho menos desistir de ser virtuosos, pues la virtud, el obrar bien, no es más que la respuesta al bien, a la justicia, a las leyes, a las normas y a la libertad. En definitiva, para Platón el ser “bueno” es equivalente a “saber”, ya que el hombre que sabe lo que es el bien lo lleva a la práctica y quien no, se dedica de antemano a realizar el mal a todas luces, pues, se peca, nos dice Sócrates, porque

pues Sócrates estaba seguro de que, para tener una recta vida o, mejor dicho, para la recta vida era necesario tener ideas verdaderas, nada de especulación como fin, sino algo práctico. Por ello, debe aceptarse a un Sócrates que daba importancia a las definiciones universales y las definiciones del objetivo, por lo tanto, la mayéutica no es un método sencillo que tiene como objetivo final algo simple, más bien la mayéutica tenía como fin el construir un conocimiento puro y verdadero en el hombre, alcanzar una verdad universal que demuestre que no se busca el conocimiento para dar teorías, sino más bien hacer del conocimiento un modo ético de vida. El admitir constantemente que no sabe nada, Sócrates acepta no conocer el saber impuesto, más bien busca crear un nuevo saber que va del interrogado al interrogador, es decir, pretende que se examinen a sí mismos, que se den cuenta de lo ignorantes que son, de lo que verdaderamente no saben, y a dudar del conocimiento aparente y tener más cuidado de sí mismos. *Cfr.* Hernández, R. C. La mayéutica de Sócrates en la formación humana, *planeación y evaluación educativa*, 2008, pp. 3-11.

somos ignorantes. Ignoramos lo que es el mal y por eso obramos en nombre del mal. Solo mediante el conocimiento de la virtud es que el hombre profesa el bien y es feliz.

Lo que Sócrates aporta no es un estricto saber político, sino las condiciones para hacer de la política algo justo a lo que deba someterse el hombre, el ciudadano y *la polis*, con esta dedicación es que él y sus discípulos inician un “verdadero quehacer filosófico” que permite a las personas y a los políticos buscar un estricto saber, a partir del reconocimiento de nombrarse seres ignorantes, el admitir que no saben nada, y así emprender una búsqueda que los acerque a lo justo.

Sócrates busca despertar al pueblo griego de la ignorancia, para poder iniciar el camino que lo lleve a forjar una vida auténtica, libre de injusticias y poblada de virtudes. Tiene que existir un olvido de sí y de sus pertenencias para que se pueda dedicar a los otros y a la ciudad. Sócrates nos habla de la virtud como aquello que no hace a la fortuna, sino como una forma de ser justos, y no cometer actos que hieran a los ciudadanos, pues el ser que es virtuoso no puede cometer penalidades ni mucho menos ejercer el mal como un comportamiento que permita traer beneficios, más bien el mal no puede traer consigo bienes materiales ni mucho menos la felicidad. Pues el mayor bien del ser humano no consiste en tener la mayor cantidad de bienes materiales posibles, ni dedicarse por completo a sus posesiones, el hombre debe solamente procurarse una atención a sí mismo, pues el más grande sabio es aquel que se dedica al estudio de sí mismo para poder alcanzar lo que es, ya que el ser perfecto es algo que se es desde dentro, y no debe preocuparse por el vivir o el morir, pues solo la divinidad tiene participación sobre ello. En ese sentido, la muerte representa para Platón el mayor bien, pues nos permite liberar al alma que se encuentra encarcelada en el cuerpo y nos acerca a un tránsito en el que el alma podrá alcanzar un trato más justo, mismo que no está aquí en la vida, sino en la muerte.

La ética de Sócrates será perpetuada por Platón, la cual se presentó como ejemplo del verdadero saber, así como también la única puerta de acceso al conocimiento del bien. A partir del conocimiento del Bien se desvela la estructura de la realidad, de cada ser y de su conjunto, como unidad de lo múltiple, determinación de lo indeterminado y limitación de lo ilimitado, por ello, el filósofo debe ser un dialectico, ya que solo así puede acceder al bien, conocer la realidad como idéntica a sí y diferente de las demás, lo que lo lleva a ser un verdadero filósofo.

Las ideas resultan ser un tanto complejas por las múltiples interpretaciones que se pueden obtener de ellas, son una realidad verdadera que existe en un mundo aparte, cada idea representa

un ente real que las hacen eternas e inmutables y existen independientemente a si son o no pensadas, su realidad no depende de las cosas y son, según Platón, más reales que todas las cosas que existen en el mundo sensible. Así es el mundo de las ideas, y ahí habita lo más divino entre lo divino, lo más natural entre lo natural, lo puro y lo indivisible, el alma.

Sobre la inmortalidad, baste ya con lo dicho. Pero sobre su idea hay que añadir lo siguiente: Cómo es el alma, requeriría toda una larga y divina explicación; pero decir a qué se parece, es ya asunto humano y, por supuesto, más breve. Podríamos entonces decir que se parece a una fuerza que, como si hubieran nacido juntos, lleva una yunta alada y a su auriga. Pues bien, los caballos y los aurigas de los dioses son todos ellos buenos, y buena su casta, la de los otros es mezclada. Por lo que a nosotros se refiere, hay, en primer lugar, un conductor que guía un tronco de caballos y, después, estos caballos de los cuales uno es bueno y hermoso, y está hecho de esos mismos elementos, y el otro de todo lo contrario como también su origen. Necesariamente, pues, nos resultará difícil y duro su manejo. Y ahora, precisamente, hay que intentar decir de dónde le viene al viviente la denominación de mortal e inmortal. Todo lo que es alma tiene a su cargo lo inanimado, y recorre el cielo entero, tomando unas veces una forma y otra. Si es perfecta y alada, surca las alturas, y gobierna todo el Cosmos. Pero la que ha perdido sus alas va a la deriva, hasta que se agarra a algo sólido, donde se asienta y se hace con cuerpo terrestre que parece moverse a sí mismo en virtud de la fuerza de aquélla. Este compuesto, cristalización de alma y cuerpo, se llama ser vivo y recibe el sobrenombre de mortal. (Fedro 246b)

El alma por naturaleza es divina, y ha nacido en el mundo de las ideas, en donde conoció las esencias de todas las cosas, por su parte, el cuerpo significaba para Platón una cárcel del alma, de ahí que naciera el dualismo platónico, es decir, se presenta una clara separación entre conocimiento sensorial y racional, que ocasionó que el mundo apartara lo sensible (mutable, cambiante, sometido al devenir) de lo inteligible (mundo de las ideas, al cual se accede por medio de la razón y al ser intemporal es inmutable).

El mundo inteligible o mundo de las ideas representa la auténtica realidad; solo es posible acceder a él gracias a la parte más excelente del alma, es decir, la razón. No se puede pertenecer ni acceder a él mediante el uso de los sentidos. El mundo de las ideas es la auténtica realidad, contiene un carácter religioso, y una fuerte relación con el campo epistemológico, lo ético, y la política. En

el mundo de las ideas existe una jerarquización entre las entidades que habitan en él, pues no todas las ideas poseen el mismo valor:

1. Idea del bien (Dios)
2. Idea de belleza y de verdad
3. Ideas de valores morales fundamentales (unidad, multiplicidad, ser y no ser, prudencia y valentía)
4. Ideas matemáticas (igualdad, unidad, pluralidad)
5. Resto de las ideas (ideas de seres naturales, tales como agua, fuego, hombre, perro, gato)

El mundo sensible, en el que se incluye nuestro cuerpo, tiene como características todo aquello que es temporal, corruptible, y cambiante. Las cosas que habitan en el mundo sensible limitan las cosas del mundo inteligible, pues el mundo visible ha sido “fabricado” (no creado) por el *Demiurgo*, quien produce todas las cosas naturales a base de la contemplación de las ideas, es decir, hace uso de ellas para crear modelos y plasmarlos en la materia. El *Demiurgo* al igual que el dios cristiano produce las cosas naturales introduciendo en ellas una finalidad que las lleva a querer encontrar el perfecto bien.

Podría pensarse que entre el mundo inteligible y el mundo sensible existe una línea divisoria, sin embargo, entre ambos mundos coexiste un paralelismo, ya que el mundo sensible no es más que la imitación del mundo de las ideas, y el mundo de las ideas participa del mundo sensible. En el caso de la participación se sirve para explicar las cosas del mundo sensible, pero teniendo un problema, compromete la unidad y la trascendencia de las ideas. Si las ideas permanecen siendo las mismas en el mundo sensible crean un número indefinido de participaciones. La imitación, por ejemplo, deja a salvo a las ideas, pero compromete a los individuos y su realidad, es decir, sus esencias no serían más que imágenes, copias e imitaciones de la verdadera realidad debido a que no tendrían más realidad que la de no-ser modelado por el mundo de las ideas.

Platón intenta hacer de las ideas el fruto del realismo y del absoluto, pero resulta de carácter extremo al no saberse mantener dentro de los límites de la realidad, incurre en una paradoja en el idealismo, y en el rechazamiento de los sentidos que según Platón nos dejan en la opinión y en la sombra.

De ese modo, Sócrates y Platón asentaron las bases del pensamiento racional, lo que aniquila de entrada el pensamiento de la antigua Grecia, abriéndose paso a los primeros gérmenes de la decadencia universal. Se deja de un lado el estado dionisiaco para dar paso a lo teórico y racional que rechaza la vida instintiva, el arrebató inconsciente, el erotismo, la unidad de todos los seres y la naturaleza, así como del dolor, la alegría, el bien y el mal, pues en un mundo en donde todo se complementa y se encuentra configurado no puede existir una visión moral, que divida y ejemplifique los actos como buenos o malos, ya que todo forma parte de lo Uno, incluso lo cruel y el sufrimiento.

Según Nietzsche, Sócrates erradica de su filosofía todo lo que es instintivo, característico de lo dionisiaco. El instinto y la intuición son elementos centrales de lo trágico, pues permite acceder a la vida en la que se encuentra el hombre con toda esa unidad primordial. Lamentablemente con la decadencia de la tragedia, todo ese sentimiento de alegría, desenfreno y pasión sucumbieron a la descomposición que permitió el florecimiento de lo teórico y puso en marcha la interpretación de la realidad desde la razón platónica.

Cuando Sócrates afirma que no sabe nada proclama por completo su sabiduría, sabiduría que se erige como rectora y que elimina esa relación tradicional que tiene el hombre con la naturaleza. Sócrates ahuyenta las pasiones de los hombres para posicionar en él la medida y lo racional, lo que significa la total negación de los instintos.

-Por consiguiente, es forzoso - dijo- que de todo eso se les produzca a los auténticamente filósofos una opinión tal, que se digan entre sí unas palabras de este estilo. poco más O menos: «Puede ser que alguna senda nos conduzca hasta el fin, junto con el razonamiento, en nuestra Investigación, en cuanto a que, en tanto tengamos el cuerpo y nuestra alma esté contaminada por la ruindad de éste, jamás conseguiremos suficientemente aquello que deseamos. Afirmamos desear lo que es verdad. Pues el cuerpo nos procura mil preocupaciones por la alimentación necesaria; y, además, si nos afligen algunas enfermedades nos impide la caza de la verdad. Nos colma de amores y deseos, de miedos y de fantasmas de todo tipo, y de una enorme trivialidad de modo que ¡cuán verdadero es el dicho de que en realidad con él no nos es posible meditar nunca nada! (Fedón, 66b)

El saber y el conocimiento se definen como la virtud por excelencia, mientras que la ignorancia representa un mal del que todos los hombres deben alejarse para no cometer actos que

lastimen a individuos que han regido su vida por lo justo y lo bueno. Por su parte, Platón afirmaba que el hombre del saber pensaba que mediante su conocimiento y su razón podía alcanzar verdades que le permitieran superar el dolor que le propiciaba su existencia, eso lo llevó a inventar un mundo ideal, en el que se encontraban de antemano la justicia, la felicidad, lo bueno, la perfección, y la eternidad. En cuanto a la moral, Platón afirma que es una consecuencia directa entre su idealismo racional y dualismo. La virtud alcanza el conocimiento de las esencias y actúa conforme a la naturaleza divina. Lo justo será lo que se deje guiar por la razón, mientras que el hombre injusto se dejará conducir por los placeres sensibles.

Sócrates hizo de la vida algo que no valía la pena y, por lo tanto, no debía ser vivida, él mismo estaba harto de vivir y prueba de ello fue su tranquila marcha hacia la muerte. Además, usaba la dialéctica como un método que le permitía acceder a la verdad, sin embargo, era un recurso forzado, que ejercía la tiranía, y reducía el intelecto a la impotencia.

En el caso de Platón, el mundo terminó siendo una fábula, es decir, “el mundo verdadero” si bien no era asequible, ni demostrable más que para el sabio virtuoso, se podía pensar como consuelo, ¿no es acaso esto una burla? si el mundo no es asequible y además es desconocido ¿cómo puede ser consuelo? Se ha eliminado el mundo verdadero gracias a las ideas impuestas por Sócrates y Platón, y nos hemos quedado en un mundo donde se ha tenido que negar antes que reafirmar los instintos, que competen a cada uno de los individuos. ¿Qué mundo queda entonces? ¿El aparente? no, al eliminarse el mundo verdadero se está eliminando a su vez el mundo de lo aparente.

El mundo se encargó, pues, de eliminar los sentidos, y rebajar las pasiones a la nada, lo cual fue retomado por el cristianismo. La iglesia buscó una forma de castrar los instintos, la intuición y las pasiones e incluso hizo del amor algo que espiritualmente estaba enemistado con ella, pues de entrada a lo único que debía amarse era a Dios. Con ello la moral se va contra la naturaleza del hombre y sus instintos, al decir, que “Dios va dentro de nuestro corazón”, pues a partir de aquí la moral niega los deseos más bajos y elevados de la vida. Dios no puede decirnos cómo debemos ser, ni él ni sus moralistas o predicadores.

La moral en vez de afirmar la vida con un constante decir sí, y mejorar a los hombres, buscaba en su lugar domarlos debilitándolos, haciéndoles daño, convirtiéndolos en animales enfermos que se deprimían a causa del miedo, del dolor, de las heridas y el hambre. Lamentablemente, el auge de la religión significó para el hombre una decadencia en su totalidad,

el hombre afirmó la idea de Dios y con ello pasó a adorarlo, dejando de un lado sus instintos que le eran necesarios para poder proclamarse como hombre. Se dio paso a la religión y se situó a Dios como un ser bondadoso, virtuoso por excelencia, omnipotente, omnisciente, etc.

Surgió así la máxima triada del fenecer: la moral en vez de crear hombres justos suscitó una transvaloración de los conceptos establecidos, lo “bueno” iba ser la máxima expresión de virtud y bondad, mientras que lo “malo” iba a ser característico de hombres injustos y no virtuosos. En el caso de la filosofía, Platón además de ser uno de sus máximos representantes debido a que su estudio se había dirigido a las grandes preocupaciones del hombre, como fueron el alma, el amor, y la espiritualidad, sentó las bases de las que haría uso la religión, es decir, la filosofía que se expresaba en tiempos de Platón era una ejemplificación más de decadencia, ya que se demostraba que el hombre alcanzaba la verdad absoluta a través de la muerte, se negaba la vida y todo lo que ella conllevaba, por último, se estableció una religión decadente, el dios no era más que un impedimento para el hombre y todo su quehacer en la vida. Una vez que la tragedia pereció, nació en su momento la moral, la cual debió ser una forma en que el hombre podía realizarse plenamente, sin embargo, fue todo lo contrario. La moral que iba a regir desde ese momento iba a ser una moral cristiana, de rebaño, la cual no es más que el conjunto de los comunes, en donde la masa, el pueblo, y la plebe comparten la mediocridad, pues no tienen voluntad propia, se conforman con lo que tienen, y se saben iguales a los de su grupo, lo que los hace pensar que si los demás se encuentran bien, entonces él lo está. Pero el hombre de rebaño no está solo, necesita del pastor, que en lugar de ayudarlo a ser lo que es, le quita su voluntad de poder, y todo instinto vital en él.

CAPITULO II. MORAL DECADENTE

2.1 Moral platónica: el ideal de hombre en Platón

El cristianismo se adueñó de la idea de un mundo ideal propuesta por Platón, en el cual el hombre podía vivir no solo eternamente, sino también purificar su alma y liberarla de la cárcel que le propiciaba el cuerpo, para acceder a un mundo ideal perfecto. Ante la idea de un mundo ideal, es posible decir que Platón reniega el mundo real, ya que toda su filosofía se escudó en lo no existente, lo que no se encontraba en la vida, es decir, un mundo ideal en el que se halla lo perfecto, lo inmutable, y el alma, la cual habita en ese mundo junto a todas las ideas perfectas como pueden ser la justicia, la virtud, o el amor.

Cuando el alma nace cae accidentalmente al mundo e inmediatamente es encarcelada por el cuerpo, y es en esa caída, que el alma deja de lado todo lo aprendido en el mundo ideal, sin embargo, en la medida en que vamos accediendo a las cosas del mundo real, el alma puede recordar todo lo vivido con anterioridad, no obstante, no basta con reconocer las cosas, sino saber cuál es la idea perfecta, para ello es necesario la práctica de la mayéutica socrática. Solo de ese modo encontraremos lo perfecto, sabríamos de antemano la idea de bien, y de justicia, lo que originaría comportarse de manera justa y hacer el bien.

La *psyché* (alma), nos dice Platón, está unida accidentalmente al cuerpo, y la unión de alma y cuerpo tiene como resultado al hombre; el alma vive de cierta forma inhibida en el cuerpo, y se activa cuando esta muere, además, el alma animal es considerada un anima, es decir, hay un estado visceral que se relaciona con el viento, aliento, y hálito (*pneuma*), no obstante, ocurrirá un alejamiento de lo visceral para que el alma se convierta en lo abstracto, en este caso lo llamaremos consciencia, esa consciencia es el fin último del alma que se encuentra en tránsito y busca lo más

elevado. Las almas, nos dice Platón, transmigran como una oportunidad de buscar la perfección, en ese estado es que el alma podía separarse del cuerpo con una pequeña “muerte” realizada en vida denominada Apoteosis (*Epopteia*), quien lograba ese estado podía contemplar a Dionisos.

Por otro lado, el Demiurgo había construido el universo, el cual era una copia fiel del mundo de las ideas eternas, de ahí que el mundo objetivo se vea afectado por el devenir, por lo tanto, el Demiurgo construyó ese universo a partir de dos sustancias, la indivisible o variable y la sustancia divisible, como resultado obtuvo el movimiento y el reposo, lo cual lo llevo a mezclar esas tres sustancias para obtener el alma, esa alma ahora gira sobre sí misma, y en ese movimiento puede entrar en contacto con otros objetos, y al hacerlo establece la identidad y la diferencia.

El alma encarna primeramente como hombre que puede ser de nueve tipos, ya sea amante de la sabiduría, monarca, político, atleta, profeta, poeta, artesano, sofista o tirano, y es al término de su primera vida como hombre que las almas encarnadas son llamadas a juicio y juzgadas. Los injustos van a parar en prisiones bajo tierra, y los justos van al cielo, y después de mil años eligen libremente su segunda vida, ya sea la de ser animal u hombre, no obstante, no es sencillo, pues el alma que nunca vio la verdad no puede adquirir forma humana. A todo esto es posible afirmar que Platón no solo idealizó lo que la vida debía ser, sino cómo debía comportarse el hombre, todo ello fundamentado en el cuerpo, pues este estaba expuesto a todo lo cambiante, lo transitorio, a lo pasional, a lo más bajo, a desear las cosas más viles, a dejarse llevar por los instintos, se deja pervertir, y se corrompe por todo cuanto existe en el mundo, por ello, el alma debía ser lo que iba a dirigir y orientar al cuerpo.

Hay pues una realidad antropológica: en el hombre habitan dos principios opuestos, en el primer caso está el cuerpo, que necesariamente se vincula de manera directa con la realidad material, y el alma que es el principio inmaterial, lo divino, lo inmutable, lo imperecedero, y que está vinculada con el mundo de las ideas, es decir, lo perfecto. Platón estaba seguro de que la caída del alma al cuerpo, su adhesión a él era un error, una equivocación de su verdadero destino, pues el alma como idea perfecta no podía vivir dentro de lo malo, de la ignorancia. También existe un dualismo ontológico: el mundo sensible (lo mutable, lo percedero) y el mundo inteligible (lo eterno, lo inmutable). Si bien ambos mundos existen, es el mundo inteligible el fundamental, ya que el mundo sensible solo imita al mundo de las ideas.

El alma, entonces, iba a permanecer muy a pesar del cuerpo, el cual iba a morir, desintegrarse, perecer, y hacerse polvo cuando el hombre muriese, mientras que el alma iba a poder liberarse de la cárcel que la había oprimido durante mucho tiempo, pero ¿qué sucede mientras el alma está presa en el cuerpo? ¿no se regocija acaso cuando el cuerpo siente placer? ¿cómo sentir la protesta del alma si ella misma baila con los más encantadores placeres?; Platón sostenía que el hombre bueno contribuía al bien del Estado, y al mismo tiempo era el Estado que producía hombres buenos, por consiguiente, el hombre bueno necesariamente era justo, y la justicia hacía de él un ser virtuoso, así y todo, la virtud no era algo que se pudiera enseñar como lo hacían los sofistas¹⁴, sino que más bien era algo que se podía recordar (reminiscencia¹⁵), esa justicia también hacía del Estado algo perfecto, sin embargo, al afirmar que el hombre injusto es el más infeliz debido a que logra más placer y riqueza, ocasiona que la moral sea represora de lo que el hombre desea. No obstante, el hombre no es puramente deseo, de ahí que se reflejen tres partes del alma: el alma racional (ubicada en la cabeza, encargada del conocimiento, del pensamiento, y tendría como virtud la sabiduría), el alma irascible (situada en el tórax, por lo tanto, domina las pasiones) y el alma concupiscible (situada en el abdomen, lo cual originaria el dominio de los impulsos, y practicar así solo la moderación). Entre esas partes debe coexistir la moderación, la armonía, y por supuesto, la justicia, es decir, si el alma racional guía al alma irascible, y esta al alma concupiscible, entonces el hombre será de antemano justo. El alma pasa a ser guía del cuerpo, que lo conduce por el camino

¹⁴Los sofistas han sido considerados por la historia como charlatanes intelectuales, si bien tenían conocimientos sobre filosofía, y retórica se dedicaban a cobrar por sus honorarios. Los sofistas hicieron demostraciones de sus conocimientos en Delfos y Olimpia, por lo que formaron parte de la expansión del conocimiento griego. Además, de filosofía y retórica se dedicaron al estudio de la ética, por las leyes, las costumbres, y por la naturaleza. En cuanto a la virtud que profesaba Sócrates, los sofistas, y en especial Gorgias (ca. 483-376) negó que el enseñara la virtud, pues creía que cada persona tiene distintas aptitudes, y que la virtud de la mujer difiere a la del hombre. En cuanto a la verdad, estaba seguro de que no existía, y por lo mismo uno se debía conformar con las opiniones. Audi R. (Ed). *Diccionario Akal de filosofía*, Akal, Madrid, 2004, pp. 903

¹⁵ La reminiscencia, según Platón, refiere a que conocer es recordar, pero el conocimiento no iba a ser entendido a partir de lo empírico, en este caso ver una mesa o tocar un árbol, más bien el conocimiento hace alusión a lo que puede ser creado a partir de la razón. Dichos conocimientos tan excelentes no se explican por la experiencia, pues no se está aprendiendo algo nuevo, sino que nuestra alma recuerda una verdad de la cual fue participe antes de encarnar en un cuerpo, es decir, recuerda todo lo aprendido en el mundo de las ideas.

de lo justo, y de lo virtuoso, pues el alma posee una capacidad racional que le permite saber qué cosas son justas y dirigirse a ello y sobre todo ayudar al cuerpo a no cometer injusticias.

¿Y alguna vez, Trasímaco, el alma cumplirá bien sus funciones si está privada de su propia excelencia, o le será imposible? -Le será imposible. -Forzoso es, por consiguiente, gobernar y prestar atención mal con un alma mala, y, con un alma buena, hacer bien todas esas cosas. -Forzoso. - ¿Y no habíamos convenido que la justicia es excelencia, y la injusticia malogro de ella? -En efecto. -El alma justa, por ende, el hombre justo, vivirá bien; el injusto en cambio mal. (República 353e)

Asimismo, el hombre que realiza actos justos es porque su alma lo ha orientado a cometerlos, y el hombre que es injusto no ha escuchado lo que su alma tenía que decirle. Es claro que el pensamiento de Platón busca que el hombre de alguna forma entienda lo que es la pureza y lo bueno, y no la materialidad o lo palpable, pues lo ideal supone lo que es justo, lo que es bello, y por lo tanto, lo que es bueno, mientras que lo material es todo lo contrario, lo injusto, lo malo, y lo feo, en tanto que no permanecen, es decir, los valores morales deben perdurar, no se deben cambiar, de ahí que deban permanecer en el mundo ideal.

El alma que se guió de la manera más sabia, que supo o que al menos intentó no sucumbir a las pasiones del cuerpo, vera su recompensa cuando este muera, pues además de haber tenido la ardua labor de dirigir algo que se corrompe fácilmente, tuvo que soportar inclemencias e injusticias por parte del cuerpo. De ahí que Platón suponga una vida después de la muerte en tanto el alma permanece, pues la muerte es una especie de prueba que le permite al alma salir de la trampa que es el cuerpo, mostrando de antemano una postura que afirma la inmortalidad, lo que significa la necesidad del alma de reencarnar para continuar su proceso de purificación, pues solo de ese modo podrá alcanzar el estado primordial y divino. Es necesario, nos dice Platón, entender que todas las cosas se descomponen, menos las simples, como lo es el alma, que es pura y por lo tanto, inmortal, por ello, es necesario creer que el alma permanece, que es inmortal, pues toda ella alberga los males y bienes del mundo, así pues, seguiremos el camino que asciende, es decir, seremos justos y virtuosos, y en tanto lo somos, seremos felices en esta vida, y en la otra que supone un viaje de mil años.

Con todo, Platón hace una división del alma en el mito del carro alado, en el cual vemos en primer instante al auriga como esclavo que conduce dos caballos, de los cuales uno de ellos es

blanco y lleno de bondad (representa el alma y lo racional), y el otro como lo opuesto, negro, feo, y representa las pasiones del alma, de ese modo se tiene la difícil tarea de equilibrar entre lo bondadoso y lo opuesto. Para Platón, dos caballos blancos eran los encargados del carro del alma de los dioses, por lo tanto, el auriga podía dirigirlo sin dificultad, y cuanto más cerca estaba del mundo de las ideas, el alma fortalecía sus alas, pero el carro alado conducido por el auriga veía difícil equilibrar entre el caballo blanco que desea acercarse al mundo de las ideas, y el caballo negro que insiste en retornar al mundo sensible; si en esa lucha el carro se ladeaba más por el caballo negro, las alas del alma se debilitaban, y el auriga debía descender hacia la tierra, lo que originaba que el alma encarnara en un hombre, lo cual era un error gravísimo, pues estar en la tierra, encarnada en un cuerpo es ya derrotar el alma en su esfuerzo por el conocimiento, pues al caer en la cárcel que es el cuerpo, olvidaba todo lo aprendido en el mundo de las ideas.

En consecuencia, se vislumbra en Platón un conocimiento asociado a lo bello, que necesariamente nos acerca al mundo de las ideas, mientras que lo feo nos ata a lo terrenal, que es necesariamente, lo innoble, y la negación de las ideas y el conocimiento.

Del mismo modo piensa así lo que corresponde al alma: cuando fija su mirada en objetos sobre los cuales brilla la verdad y lo que es, entiende, conoce, y parece tener inteligencia; pero cuando se vuelve hacia lo sumergido en la oscuridad, que nace y perece, entonces opina y percibe débilmente con opiniones que la hacen ir de aquí para allá, y da la impresión de no tener inteligencia. (República 508d)

Ahora bien, lo grave no es dejar de un lado al cuerpo, ni colocar el alma como la máxima verdad, lo verdaderamente peligroso es tener a las ideas como lo único que es asumido por la razón como principio de toda realidad, lo que conlleva a que si el mundo no concuerda con esa realidad inmediatamente es tomado como algo irracional, y lo que es más grave, como irreal. Por consiguiente, la razón lógica pasa a descalificar al mundo y a su vez busca la huida de él. El hombre tiene como función principal cultivar su inteligencia, para así poder rescatar su alma y arrancarla de lo terrenal, pues es en lo terrenal que el hombre se ve tentado a las pasiones, y a los deseos, así como también el querer amoldar el mundo a imagen y semejanza de la idea que se tiene, se pretende que la razón a través de la voluntad transforme al mundo, lo corrija, modifique el devenir y lo adecue a lo ideal. Todo lo que no es racional, lo que no encaja con las ideas pasa a ser irracional, a

verse como maldad que tiene que ser superada. Platón consigue así postular a lo racional como único bien universal, y posible.

Este pensamiento como guía de la voluntad, niega los instintos, toma como negativo todo aquello que provenga del cuerpo, lo que requiere ser satisfecho se debe oprimir, negar, no realizar, lo que no es más que un signo de la decadencia, ya que se pretende luchar contra nosotros mismos, olvidando que la vida es voluntad de poder, en tanto visión del mundo y del hombre, si el mundo es voluntad de poder necesariamente se afirma como una fuerza desigual, distinta entre sí, y no una naturaleza acabada y determinada, por su parte, el hombre como voluntad de poder nombra lo humano como un conjunto de fuerzas (pasiones) que tienen como fin crecer a medida que va creando valores, de esta forma entendemos la voluntad de poder como aquello que le da sentido y valor a todas las cosas. Sin embargo, la vida no es aceptada como voluntad de poder, sino como aquello que provoca sufrimiento en el hombre debido a las pasiones a las que sucumbe el cuerpo, las cuales demuestran que es malo atender las necesidades de algo material, perecedero, y mutable, afirmando de ese modo que el mal existe en el mundo, y debe ser eliminado a toda costa; pero, el hombre olvida con frecuencia, que así como la vida es voluntad de poder, es también una perfecta antítesis que proclama que a medida que existe el bien, existe la maldad, y nada permanece, sino que todo deviene, fluye y retorna.

Concluamos. Los dos valores *contrapuestos* «bueno y malo», «bueno y malvado», han sostenido en la tierra una lucha terrible, que ha durado milenios; y aunque es cierto que el segundo valor hace mucho tiempo que ha prevalecido, no faltan, sin embargo, tampoco ahora lugares en los que continúa librando esa lucha, no decidida aún. Incluso podría decirse que entre tanto la lucha ha sido llevada cada vez más profunda, cada vez más espiritual: de modo que hoy quizá no exista indicio más decisivo de la «*naturaleza superior*», de una naturaleza más espiritual, que estar escindido en aquel sentido y que ser realmente todavía un lugar de batalla de aquella antítesis. (Nietzsche, 2008, pág. 67)

Ese miedo que se tenía por los instintos ocasionaba que se pensara que lo único que se debía cultivar era la virtud, la cual significaba para los griegos vivir a partir de lo que se profesaba, pero es con Platón que la virtud se hace inalcanzable en tanto ideal; sin embargo, Nietzsche va a afirmar a la virtud siempre y cuando se deje guiar por las pasiones, pero la virtud Nietzscheana será terrenal, nacida de la pasión. Por ello, es necesario tener una sola virtud, de lo contrario el tener muchas

originaría una disputa entre ellas, que traería consigo algún mal, además, nos dice Nietzsche, la virtud debe ser un deseo de superación, y no un límite. De ahí que la virtud sea algo desbordante, y no deba apegarse al deber sino a un constante querer, pues la virtud es algo que nace de un pecho hirviendo de deseos, que todo lo quiere, y que está más allá de lo glorioso y la censura, es decir, la virtud se encuentra más allá del bien y del mal, en tanto se deja regir por la necesidad del bien y del mal como algo que es deseado por los impulsos, y también por la voluntad de poder, no se habla, pues de una virtud de obediencia o castidad, sino más bien de una virtud de aceptación de la vida como trágica que contiene en sí misma la dialéctica que nos sitúa entre la alegría y la tristeza, la luz y la oscuridad, y sobre todo entre lo apolíneo y lo dionisiaco. Así pues, lo virtuoso nace, gracias al desprecio que se tiene por el cuerpo; se busca asegurar una felicidad defensiva, anuladora de instintos, de situarse por encima de la vida y dirigirse al más allá, en resumidas cuentas, se estaba partiendo de la decadencia misma, y quien hacia esto era considerado “sabio”, pero ¿no acaso estos mismos sabios son los que habían condenado a la vida como algo que no valía nada? Los que se consideraban sabios, nos dice Nietzsche, habían hecho de la existencia algo que no valía la pena vivir, porque en vida el alma se encontraba en una cárcel, esa prisión que le daba el cuerpo le impedía dirigirse y encaminarse al bien, mientras que el cuerpo solamente pensaba en recibir placeres, sin embargo, aquellos que eran llamados “sabios” no buscaban otra cosa que ser venerados y no precisamente la verdad.

Por lo tanto, el mundo creado por Platón tuvo una gran aceptación por las religiones de occidente, principalmente por el cristianismo, que demandaba en el hombre el sufrimiento. Platón creó un mundo ideal en el que se podía dar guarida al alma y a su vez se le podía recompensar por todo lo que había tenido que sufrir mientras se encontraba adherida al cuerpo, por eso, el cristianismo buscaba que el hombre entendiera la vida como algo sufrible y era ese mismo sufrimiento que uno debía aguantar para poder obtener una recompensa en la siguiente vida.

El hombre al desechar los sentidos y tomar a la razón como verdad, crea simples conjeturas, ilusiones, ficciones, por consiguiente, “Dios” y “paraíso” son simples productos de los juicios de razón, que perduran en la conciencia de los sujetos, mismos que dedican su vida en encontrar a un Dios y adherirse a él sin necesidad de cuestionamientos. Se vivirá con miedo, haciendo actos buenos y justos para recibir una recompensa que no se hallará en un mundo corrompible, sino en otra vida, en donde necesariamente el alma ya no será sometida a un cuerpo.

El mundo de Platón pretendía que el hombre buscara un orden, que ya no dependiera del Olimpo, ese orden debía buscarse dentro de las profundidades de sí mismo, es decir, en el alma o en la razón, pues solo de ese modo el hombre iba a ser capaz de construir una nueva cultura, una nueva civilización que le permitiera asegurar la mejor vida posible, de no ser así el hombre nunca iba poder librarse de la barbarie y del caos, según Platón. Por ello, el hombre debía alejarse de todo lo mítico, y poner en práctica una sociedad en donde existieran filósofos que gobernarán y otros que fueran gobernados, pues solo de esa forma el hombre podía conocer e identificar lo que en realidad era lo justo y lo que debía ser en sí misma la justicia. Para Platón existían hombres que de cierta forma eran más adecuados para gobernar y dar órdenes, mientras que otros habían nacido solo para obedecer. Sin embargo, aquellos que estaban aptos para gobernar debían también ser educados y tener a la filosofía como algo que les iba a permitir conocer lo que naturalmente había sido producido para gobernar y así poder estar más cerca del mundo de las ideas.

El problema era que esos mismos gobernantes debían ser educados para alejarse de todo lo que fuera material y dejarse guiar solo por la mente, debían vivir, y gobernar de acuerdo con las cosas que eran percibidas por el intelecto, en este caso las ideas, y las formas, las cuales son permanentes y eternas, mientras que la materia y la realidad física están sujetas a cambio constantemente.

En el mundo, para Platón, todo lo que debía ser tomado en cuenta no era lo visible, sino lo invisible, que necesariamente iba a ser encontrado en la forma de las cosas materiales, pues solo ahí residía la verdad, la cual era accesible al hombre, pero solamente a los seres más privilegiados. Ese ser privilegiado, según Platón, no era más que el filósofo, quien debía estar bien instruido y con su alma nutrida, por lo tanto, la ciudad debía estar poblada de gente rigurosamente controlada por la virtud racional o del intelecto, pues solo de esa forma podía existir la moral como el conocimiento más importante por parte de los gobernantes-filósofos, ya que ellos veían su naturaleza permanente e invariable.

Por lo tanto, la razón volvería a ser una fuente de confianza que moldearía los procesos que suscitara la cultura más adelante, después de todo es el intelecto del hombre quien asume e interpreta la realidad por medio de las ideas abstractas, mismas que desencadenarían conflictos en la civilización occidental como lo fue el cristianismo, y su moral que hacían del hombre un ser enfermo, decadente, sumiso, idealista, con esperanza y sobre todo compasivo.

2.2 Moral cristiana: el hombre enfermo

El cristianismo representó desde un principio hastío por la vida y fe en otra mucho mejor que la anterior, esto no solo atacaba a la moral de la vida, la cual, para Nietzsche, no es más que crearse a sí mismo, superar la nada, vivir libremente sin las cadenas que impone la moral platónica y el cristianismo; la moral cristiana apoyaba fuertemente al hombre débil que debía defenderse del hombre fuerte ahogando todo impulso vital en ello. Por ello, el hombre cristiano tenía la creencia en un mundo superior a este, en el cual él debía desenvolverse con cordura y sensatez, ya que cuando muriese su alma se encaminaría hacia ese mundo imperecedero en donde sería condenada, según sus actos, por Dios.

En términos más populares: lo importante en esta vida es la otra, es decir, llegar al cielo, a la unión con Dios, en cuyo reino, y sólo en él, las cosas tienen su verdadera realidad. Y si esto es así, parece lógico concluir que la vida religiosa supone una devaluación de la vida histórica. Esta devaluación tiene el nombre de ascesis. La vida real, la verdadera, es la que se da en unión con Dios más allá del tiempo. Respecto de ella esta vida presente es relativa, camino de paso que sólo adquiere sentido al ser dejado atrás, es decir, al ser superado, negado. (Hernández, 1990, pág. 83)

El hombre cristiano debía guiarse por una ley divina que le permitiera cometer actos justos y de esa forma poder tener una vida bonificada por el reino de Dios, lo que supondría vivir una vida pueril, enferma, triste, y débil, pues se ha dejado manipular por una idea divina para su construcción, dicha debilidad se va a fundamentar gracias a la posibilidad de que el hombre deba aceptar su vida como un ideal construido en un mundo suprasensible.

El hombre que ha dejado de ser fuerte, pasa a ser sumiso, lo que lo lleva a aceptar y adorar a un Dios que le infunde la creencia en un mundo “mejor”, no obstante, todo hombre que se deja llevar por una moral cristiana decadente pasa a ser un hombre enfermo, esto porque se deja convencer de que su vida está relacionada con el pecado y debe purificarse si es que desea obtener

un lugar en el “paraíso”. Por medio de esa mentira que es el pecado, se busca que el hombre pueda controlarse y ser controlado, pasando de esta forma a una moral de rebaño.

El rebaño (metáfora utilizada por Nietzsche) ejemplifica orden (pastor) y obediencia (hombres), es decir, no se piensa por sí mismo, sino que es necesario que el pastor piense por ellos, por lo tanto, el cristianismo es una religión de los débiles, que se hacen fuertes en tanto se juntan para vencer al más enérgico, en ese grupo se van a encontrar todos los hombres que son devorados por la mentalidad enferma del sacerdote, quien además de ser el máximo representante de Dios es también un negador, calumniador, y envenenador de la vida¹⁶, pues mientras exista él no habrá ninguna verdad para los hombres, ya que todo él y Dios son pura falsedad y mentira, así como también la representación de odio contra todo lo que es humano, material, carnal, apariencia, cambio y devenir.

El pastor había postulado la igualdad para poder hacer de nosotros un rebaño, olvidándose de antemano que no somos iguales, por ello se ha inventado la culpa, y ha hecho del hombre un ser enfermo que no puede decidir por sí solo lo que es bueno y lo que es malo, así como lo que debe hacer o lo que no debe realizar, ya que no debe actuar conforme a su propia voluntad, porque en él habita el sentimiento de culpa; se inventó la culpa como una especie de deuda, quien había causado un daño merecía un castigo, esa pena imputada debía tener el grado de severidad causada al otro, de ahí que la medida no fuera el daño, sino la colera que sentía el otro por haber sido herido, por lo cual la culpa también equivaldría a venganza, la cual tendría como retribución no algo material, sino el dolor proveniente del agresor, dolor que más adelante sería privación total de la libertad, una libertad que más tarde sería nombrada como justicia, ya que ésta busca una especie de intercambio entre el deudor y acreedor, quienes firman una especie de pacto, de regalo, lo que supondría aceptar daño del otro.

¹⁶ El sacerdote como mediador entre el hombre y Dios, viene a representar a aquel hombre que tiene el poder de interpretar la realidad y postular su interpretación como algo universal, lo cual media lo que se ha comprendido entre los individuos y la realidad que se puede llegar a experimentar. No obstante, esa realidad que el sacerdote universaliza como única posible se halla envuelta en la mentira, pues recurre a una especie de “mentira sagrada”, que no es más que la “revelación”, de la cual se vale para implementar en su rebaño la fe, y por supuesto, el pecado. De ahí que sea considerado calumniador, envenenador, y negador de la vida, ya que admite una realidad que no existe, inventa una vida mejor, e implanta en el hombre el sentimiento de culpa, de deuda y de resentimiento por vivir, por sentir, por querer.

Pena como neutralización de la peligrosidad, como impedimento de un daño ulterior. Pena como pago del daño al damnificado en alguna forma (también en la forma de una compensación afectiva). Pena como aislamiento de una perturbación del equilibrio, para prevenir la propagación de la perturbación. Pena como inspiración de temor respecto a quienes determinan y ejecutan la pena. Pena como una especie de compensación por las ventajas disfrutadas hasta aquel momento por infractor (por ejemplo, utilizándolo como como esclavos para las minas). Pena como fiesta, es decir, como violentación y burla de un enemigo finalmente abatido. (Nietzsche 2008, p. 103-104)

Es decir, la naturaleza se había propuesto hacer del hombre un animal que puede hacer promesas, esas promesas lo llevarían a conjuntarse con otros hombres que tengan la misma facultad, y sentirse repelidos por aquellos que no las cumplen, por ello, es necesario que el hombre tenga la capacidad de no olvido, memoria, y voluntad, pues el hombre que es capaz de pagar sus deudas, que no olvida, que hace promesas, es ya un ser libre, un ser con una conciencia orgullosa, y una voluntad duradera e inquebrantable que le permite infundir algún valor, mira a los demás a partir de sí mismo, los honra o los desprecia; ese hombre introduce otro concepto, la responsabilidad como un instinto dominante, como su pura conciencia.

Pero ¿Cómo es posible que el animal tenga una conciencia que permanezca presente? El dolor es la respuesta, solo aquello que es grabado con fuego permanece en la memoria, pues de ese modo las ideas que fueron marcadas con martirios quedan fijas e inolvidables en la mente del hombre. Pero ¿y la mala conciencia? La mala conciencia surgió como una dolencia a la que tuvo que sucumbir el hombre debido al encierro que representa la sociedad y la paz, es decir, los hombres que en su momento fueron libres cuando existía el salvajismo, tuvieron que dejar de lado sus instintos, se fueron adaptando a leyes, normas, al pensamiento y a la razón, originando que sus instintos no se exteriorizaran, sino que se quedaran dentro, lo que hoy llamamos alma, y eso, nos dice Nietzsche, fue lo que ocasionó que todo lo que sintiera el hombre se fuera contra él mismo. La crueldad, el placer, la enemistad, entre otros, originaron la mala conciencia en el hombre en tanto un animal que se encuentra enjaulado, golpeándose contra las paredes de su cárcel, lamentándose, sintiendo que le falta algo y se queda ahí temeroso, aullando muy dentro de sí, porque sabe que el sufrimiento del hombre por el hombre por sí mismo es lo único que puede

existir, olvidando que él es más que un puente o un camino¹⁷. Como si esto no fuera poco, existe en el hombre una especie de culpa o de temor hacia sus antepasados, quienes subsistieron gracias a los sacrificios, por ello, los hombres sienten que le deben a su estirpe, lo que les hace pensar que deben pagarle de la misma forma, con obras, sacrificios, fiestas y sobre todo con obediencia. De ahí que probablemente, nos dice Nietzsche, hayan nacido los dioses, tanto por temor como por piedad, se tiene, pues, una deuda no solo con el antepasado, sino también con Dios.

Ya se habrá adivinado qué es lo que propiamente aconteció con todo esto y por *debajo* de todo esto: aquella voluntad de autotortura, aquella pospuesta crueldad del animal-hombre interiorizado, replegado por miedo dentro de sí mismo, encarcelado en el «Estado» con la finalidad de ser domesticado, que ha inventado la mala conciencia para hacerse daño a sí mismo, después de que la *vía más natural* de salida de ese hacer-daño ha quedado cerrada, -este hombre de la mala conciencia se ha apoderado del presupuesto religioso para llevar su propio automartirio hasta su más horrible dureza y acritud. (Nietzsche, 2008, p. 118-119)

Este tipo de hombre vivirá lamentándose todo el tiempo, preguntándose qué debe hacer, cómo actuar, cómo dirigirse hacia la vida, qué evitar para no caer más en el pecado y por supuesto, negando siempre lo que es vitalidad, fuerza e instinto. No podrá vivir según su propia voluntad, sino que vivirá según los impulsos del rebaño, de su comunidad. Ese hombre será débil, alienado, sacrificador de su propia voluntad, apegado a una moral y a unos valores que le permitirán desenvolverse de manera plena en su comunidad de rebaño; ya no existirá un *yo* personal, sino un *yo* que represente a su grupo, ya no habrá individualidad, se sobrevivirá solo en conjunto, será censurado todo el tiempo, no actuará de manera individual pues tendrá que operar por medio del sacerdote, del gobernante y del sabio.

¹⁷ Cuando Nietzsche nos dice que el hombre es un puente hace referencia a Zaratustra, en el primer caso ser un puente primero implica caminar, bajar, descender, y es eso mismo que hace Zaratustra cuando desciende de la montaña. Pero también ser un puente requiere ser la puesta de sol, o también un ocaso, es decir, Zaratustra busca ponerse como sol al atardecer, hundirse en el ocaso, sin embargo, Nietzsche juega con esa palabra, y en su lugar viene a decirnos que el hombre es un puente en la medida que pasa al otro lado, por encima de algo, y que no es más que su transición, de ahí que se mencione al hombre como un tránsito y un ocaso, pues pasar del otro lado no solo implica hundirse, sino que también trae consigo el superarse a sí mismo, y poder de alguna forma llegar al superhombre.

El cristianismo y más específicamente el hombre cristiano somete y oprime, rechaza al cuerpo, enferma, y prohíbe el camino de la verdad, a la par que *las escrituras* hablan del hombre como aquel que ha caído en el pecado y como el único responsable y, por lo tanto, como el único capaz de purificarse mediante la redención. El hombre débil (cristiano) no es capaz de aceptar la vida que representa puro dolor y sufrimiento, por ello, en vez de afirmarla la niegan, renuncian a su presente, y aceptan el porvenir, es decir, Dios, quien está más allá del tiempo y les proveerá de lo más grande y perfecto, el cielo.

La esperanza de un cielo, de una vida mejor, o de un paraíso descalifican la verdadera vida, ya que existe un descontento con la vida presente, con el mundo que según los cristianos es vicioso y desgraciado, por ello, la idea de Dios es necesaria para el que sufre, pero este sufrimiento, nos dice Nietzsche, es necesario y natural, sin embargo, con el cristianismo se persigue lo transmundano. El hombre no solo tiene una vida llena de sufrimientos, sino que a su vez no es capaz de alcanzar una felicidad, pues esta tiene una justificación: soy infeliz por el simple hecho de nacer culpable, de haber pecado y, por lo tanto, no puedo hacer más que esperar la redención en la muerte, solo así podré alcanzar una felicidad que no tiene ningún límite y que es posible más allá de la vida.

Por consiguiente, el hombre se ve envuelto en un mundo ideal, un mundo que necesariamente no es el sensible, de modo que no es movable, sino todo lo contrario, es inamovible, eterno, infinito, inmaterial, invisible e imperecedero, este y no otro, es el reino de Dios. En ese mundo perfecto el hombre podrá encontrar la verdad en sí, la bondad, y la belleza que necesariamente no se puede hallar en el mundo sensible, pues en este último habita lo feo, lo perecedero, lo material, y la mentira, de la que ya nos había hablado Platón en la gran mayoría de sus diálogos.

En este sentido, el platonismo representa la relatividad del mundo sensible respecto de su verdadera realidad, que le es trascendente. Por eso, sólo alcanzamos la verdad de las cosas mediante su negativa superación. En la ascética cristiana, verdadera concreción práctica de esta ontología platónica, el intento de afirmar absolutamente el mundo constituye la esencia del pecado. En la medida en que intentemos afirmar como absoluta una realidad, es decir, en la medida en que nos neguemos a reconocer su relatividad, la falsificamos, pues la

desvinculamos de su verdad, que está sólo en Dios, que es su principio. (Hernández, 1990, pág. 103)

El cristiano sabe que la única verdad se encuentra en Dios, en su mundo y en las cosas que tiene planeadas para nosotros. Dios es para el hombre la verdad de este mundo, pero eso no significa que al serlo tenga que identificarse con él, pues este mundo es malvado y provisto de un sinnúmero de debilidades, por ello, el hombre entiende a Dios como algo que, si bien se encuentra en el mundo sensible, está más allá del mismo. Resulta lamentable que el hombre tome a Dios como la máxima bondad, ya que este resulta ser un señor de esclavos, lo que marca claramente que el hombre también debe negar su libertad como prueba de liberación humana.

Dios se convierte para el hombre el ser que es capaz de solventar todos sus problemas, así como también el único que da como garantía al sufrimiento una felicidad futura, pues quien no se adhiere a Dios como único camino a la salvación se verá condenado el día del juicio final y no podrá saborear lo que la otra vida le tenía preparado. En ese sentido, el hombre sustituye la vida real por la vida eterna, que le evita un sufrimiento histórico, es decir, le evita convivir con su memoria y al mismo tiempo lo salva de lidiar con su pasado, ese sufrimiento busca ser eliminado de la vida del hombre enfermo, que ha necesitado desde siempre alguna imagen o un ser supremo que le ayude a soportar la carga pesada que resulta ser la vida.

Los enfermos no son más que despreciadores del cuerpo y de la tierra. Son los seres más piadosos, los únicos benditos de Dios, y para quienes solo existe la bienaventuranza como origen de una trascendencia moral, que no es más que un egoísmo del hombre enfermo que pretende que Dios y la moral hagan de nosotros su voluntad.

En este sentido, como ya se dijo, hay que tener mucho cuidado con la idea conformista de una «voluntad de Dios» que sancionase el mal en el mundo como algo que tengamos que aceptar. Aquí se hace necesario insistir una y otra vez en el carácter esencialmente escatológico de esa voluntad, que tiene por objeto la perfección final del mundo, como algo que, en este mundo, todavía nos, está aún por realizar. Dicho de otra forma: el querer de Dios es un fin, no un hecho histórico. De modo que podemos deducir en qué medida el mundo no se ajusta aún a lo que Dios quiere, a partir de la inmensa cantidad de frustración que contiene todavía. Dios en modo alguno se responsabiliza del daño que hace ese mundo al ir rodando. (Hernández, 1990, pág. 383)

La voluntad quiere todo, y ese sentimiento reclama algo para sí mismo, porque la voluntad no es más que pura insatisfacción, no se conforma con las cosas que va adquiriendo, ya que siempre quiere más y más. Por ello, todo bien que aparece será ambicionado por la voluntad, pues esta es como el infinito, que aunque busca su pronta satisfacción nunca se satisface del todo y es en su afán de conseguir todas las cosas que se hace esclava del mundo y de la codicia, pero la voluntad no se deja vencer ni convencer fácilmente, su carácter de infinitud es lo que le permite ambicionar su misma esencia, la cual no la alcanza debido a que el mal hace que la voluntad rompa su deseo infinito, por ello, el hombre débil se encuentra como en una especie de cárcel, debido a que la voluntad no puede superar su insatisfacción, es decir, la voluntad incapaz de alcanzar el límite infinito de su deseo, y al no renunciar a ella, así como el caer en desesperación es la que la lleva a adoptar la fe.

La trascendencia, la fe en el más allá, surge allí donde la voluntad, incapaz de alcanzar en el devenir temporal el límite infinito de su deseo, tampoco es capaz de renunciar a él. Desesperada de alcanzar su plenitud, tampoco puede aceptar esta desesperación, que adopta entonces la forma de fe. Yo no puedo cambiar el mundo a mi favor de forma que pueda ser feliz en él —razona—, pero tampoco puedo aceptarlo como es; luego tiene que existir una instancia que supere esta contradicción de mi voluntad. Dios se convierte así en la existente solución de los problemas que no son solubles y tienen que serlo. Y el idealismo religioso resulta ser entonces la otra cara del sufrimiento, en aquellos que son incapaces de superarlo por sus propios medios. (Hernández, 1990, pág. 75-76)

La fe no será otra cosa que la negación de la voluntad de vivir y la afirmación de la moral como negación de la existencia. Esa moral cristiana va a negar la vida, falsear el dolor, toda desgracia será tomada como culpa, todos los sentimientos como lo son el placer, la lujuria, el triunfo, el deseo y la pasión serán tachadas de pecaminosas y de sospechosas, a su vez la vida será un castigo, la felicidad algo inalcanzable en esta vida y la moral como negación de esta, debido a que toma a Dios como la única perfección habitable en el mundo sensible y en el otro.

2.3 El retroceso de la moral

Los fenómenos morales fueron una forma de demostrar que en los hombres cohabitaban dos impulsos, el egoísta y el altruista, mismos que sentarían las bases para poder delimitar lo bueno de lo malo. En el primer caso, el egoísmo buscaba el bienestar mediante la autoconservación, la complacencia de la vanidad y por supuesto, la satisfacción sexual. Estos puntos deben ser puestos en práctica con otras personas, por ello, nace el impulso altruista, que persigue el bien como algo que deba regir nuestro actuar frente a otro. De ambos impulsos, es el altruista el más débil, esto porque no es más que el impulso egoísta vestido de altruismo, que busca esconder el poder, y el placer de sentir la gratitud de los demás. El altruismo¹⁸ entonces pasa a ser entendido como mera compasión en cuanto busca una identificación del sujeto con la cosa.

Con el tiempo se empezó a sentir gran estima hacia la persona que se desvivía por el prójimo y peor a quien actuaba sin pensar en los demás, por eso cuando una persona causaba daño a otra no se le juzgaba nunca por las consecuencias, sino por el motivo, y si este había sido movido por la envidia era más severamente juzgado por ello a haber actuado por un beneficio propio. De ahí que se considerara a las acciones como buenas o malas a partir de sus consecuencias sociales y nunca por las intenciones subjetivas que las motivaron.

Con la asimilación de los conceptos bueno y malo se va configurando la conciencia, se van observando situaciones y acciones desde que uno es niño, y dentro de esas acciones que son motivadas por ciertos impulsos encontramos el altruismo como máximo bien, por lo tanto, el egoísmo pierde terreno en la mente del niño, pues es tomado como aquello que es malo, eso origina que se vayan formando patrones morales, lo que permite que se vayan emitiendo juicios de valor desde que se es pequeño.

Juzgar entonces, se convierte en un hábito que puede enjuiciar las conductas y acciones ajenas que ocasiona que las personas creen que tienen una noción innata de lo que es bueno y de lo que es malo como altruismo o egoísmo, en donde sabemos que ambos son totalmente distintos, además de que olvidamos que estos impulsos son heredados de nuestros antiguos primates y el

¹⁸ El altruismo no es un impulso de hace dos o tres atrás, sino que ha estado presente en el ser humano desde hace mucho tiempo, las tesis darwinianas sostienen que la naturaleza favorece a las especies sociales frente a las que no lo son, a su vez el instinto social de los primates es una ampliación del instinto parental, es decir, el impulso altruista se ha consolidado dentro de la naturaleza humana como una forma de ejercerla a partir de querer vencer al egoísmo como algo casi siempre dominante.

hecho de juzgar a partir de estos impulsos es consecuencia del desarrollo de una cultura posterior. Eso no significa que la gravedad se mantenga ahí, sino que el error reside en que ya no solo tenemos como base para juzgar la palabra altruismo, sino que la vamos equilibrando con palabras como simpatía, mientras que el egoísmo se va nivelando con antipatía; esas asociaciones de entrada no son necesarias, porque son fenómenos puramente empíricos, resultado de una costumbre que en su práctica desemboca en una cultura muy frecuente, extendida, desarrollada.

Las acciones entonces siempre van a verse limitadas o dirigidas a partir de lo que entendemos como bueno y malo, por ello, cuando se realiza una buena acción se siente una satisfacción muy grande, mientras que si realizamos una mala acción no se siente uno satisfecho, sino culpable, o lo que es peor se siente ese malestar de culpa que también va a ser llamado remordimiento. Esto supone que el hombre de cierta forma se limita a actuar de manera libre, ya que entiende que, si realiza una buena acción, que al menos esta denominada como buena según la sociedad, tendrá como recompensa una satisfacción que va a ser ovacionada por el otro, pero si, por lo contrario, realiza una mala acción será juzgado. Por ello el hombre se limita a realizar con frecuencia acciones buenas, y se reprime todo lo que según la sociedad es malo. Al guardarse sus deseos no solo está reprimiendo sus instintos, sino también está dejando de lado la satisfacción de su cuerpo, de la vida misma.

Entonces, si el hombre siempre tiene que elegir entre lo que es bueno y malo ¿qué sucede con la libertad? ¿A caso el hombre no goza del libre albedrío? ¿es la libertad propia y exclusiva de los humanos? Es incongruente creer que la libertad es exclusiva de los humanos, pues esta no es una cualidad característica, sino que se encuentra en otras especies. Todos pueden vacilar ante una situación concreta, ya sea por la razón o de manera instintiva, por un impulso original o por miedo a las consecuencias, en este caso el ser humano se va a guiar por sus instintos naturales y las circunstancias que han influenciado sobre ellos hasta el presente, mientras que los animales van a actuar por disposición mental que han adquirido por la pura experiencia.

El libre albedrío es pues, la capacidad imaginaria que se tiene a la hora de elegir, de la cual creemos disponer cuando pensamos en nuestro pasado y notamos de súbito que pudimos actuar de otra forma. Pero resulta que todo es una mera ilusión, pues creer que se pudo haber actuado de otra manera se hubieran obtenido circunstancias diferentes. El ejercer mi libertad puede traer sanciones, y el sentido de ellas, según la justicia, es implementar una estrategia de disuasión, que busca y tiene

como única finalidad que los ciudadanos controlen sus instintos, de no ser así cualquier acto nocivo por más ventajoso que pueda resultar para su autor, puede llegar a dañar a terceros, lo que supondrá consecuencias legales perjudiciales para sí mismo, es decir, al realizar un acto, este puede que resulte bueno y beneficioso para nosotros, pero malo e hiriente para el otro, lo que supondría un castigo en caso de que la acción realizada sea catalogada como mala. Ese castigo legal no será el único que se le impute al autor, sino que a su vez se le autoinfligirá otro castigo, el remordimiento, que se basa en creer que debió de haber actuado de otro modo.

Y aunque el hombre tiene la capacidad para elegir que actos desea realizar, ya sean buenos o malos, desde el momento que los lleva a la práctica nos vemos obligados a aceptar que su realización fue dada bajo ciertas circunstancias, al mismo tiempo que la sociedad implanta un castigo con la finalidad de que no se vuelvan a repetir los mismos errores, sin embargo, con el tiempo lo único que se consigue es que en los representantes de la ley se vaya formando el sentimiento de justicia, que considera el castigo como una retribución por el daño que se causó a cierta persona. Este sentimiento de justicia va cayendo en el olvido con el paso del tiempo, en su lugar solo quedan los restos de un espíritu justo como aquel que siente que todo acto ilegal deba ser condenado, incluso cuando no dañe a terceras personas. Por ejemplo, si dos niños se encuentran jugando, y uno de ellos por accidente golpea al otro, este comenzará a llorar, lo que inmediatamente alarmaría a la madre, esta le propiciará un castigo al niño que hirió al otro, sin importar qué sucedió, en este caso dejará de lado si fue un accidente o no, aquí el punto es dejar en claro que ningún tipo de acción debe herir o hacer daño, y no por la consecuencia, sino por la mera costumbre de hacer lo justo.

Este sentimiento de castigo, de justicia, es aprendido desde que se es niño a través de nuestros padres o de los educadores, que nos infunden la idea de libre albedrío, lo que desencadena la idea de que somos libres de elegir y de decidir; sin embargo, cada acto que se comete trae consecuencias y debemos hacernos cargo. Si bien tenemos la facultad para decidir libremente nuestras acciones dentro de una sociedad, no ocurre de ese modo, es decir, ser libres implica pensar en la libertad del otro que necesariamente debe y desea ejercer su libertad, por lo tanto, se es libre en la medida que podemos decidir sobre ciertas cuestiones, pero esas decisiones tienen como condición no transgredir la libertad del otro, en caso de dañar la persona de alguien es que uno debe hacerse responsable del acto ejercido. Entonces, el hombre se acostumbra a la idea

Acción=consecuencia=castigo, lo que origina que el sentimiento de castigo se extienda a todas las acciones sin detenerse a averiguar si estas son malas, dañinas o perjudican a otras personas. Por ello, la invención de una vida mejor, vida eterna o “paraíso” no es más que implantar la idea del mal y del castigo como infinito, que al realizarlos se estaría ya en un final que no es nada menos que el infierno.

Como consecuencia del derecho al castigo es que este no se sustenta en el sentimiento de justicia, sino que se ve guiado por el bien común, de ahí que debamos entender a la moral como aquella que no califica las acciones por sus resultados, sino por su intención. Otra consecuencia es que la moral atribuye los términos bueno y malo a las cosas y a los sucesos como si estos fueran inherentes a ellos, por lo que cuando decimos “esto es bueno” en realidad estamos diciendo “esto es bueno para mí”, lo mismo sucede cuando hablamos de lo malo, de lo que necesariamente es dañino para mí, y también para los otros.

Es decir, nunca han importado los actos, sino sus consecuencias, todo se ha basado en lo que es bueno y malo, olvidando que nuestros valores de cierta forma representan nuestras condiciones de vida, donde necesariamente debe tener una mayor importancia el cuerpo, pues él es el que valora las condiciones que favorecen la existencia, pero en su lugar negamos lo que es, todo aquello que desea, y todo lo que lo complace, por eso existen valores negativos, y no afirmativos, de ahí la importancia de una nueva generación de hombres cuyos valores constituyan una actitud distinta y afirmativa ante la vida, que es necesariamente un cuerpo sano.

Detrás de tus pensamientos y sentimientos, hermano mío, se encuentra un poderoso soberano, un sabio desconocido -se llama «sí mismo». Mora en tu cuerpo, es tu cuerpo. Hay más razón en tu cuerpo que en tu mejor sabiduría. ¿y quién sabe para qué necesita tu cuerpo precisamente tu mejor sabiduría? Tu «sí mismo» se ríe de tu yo y de sus orgullosos brincos. «¿Qué significan para mí esos brincos y vuelos del pensamiento? -se dice-. Un rodeo hacia mi meta. Yo soy el andador del yo y el apuntador de sus conceptos.» (Nietzsche, 2010, pág. 45-46)

El cuerpo ha sido visto por el pensamiento filosófico occidental como algo que causa vergüenza, que es mudable, degenerativo, y que es afectado por el devenir, no obstante, para Nietzsche, el cuerpo es algo que constantemente está sintiendo, pensando, y queriendo solo por el hecho de estar vivo, pero, estas características no solo pertenecen al cuerpo o a la vida, sino a algo

mucho más grande, es decir, a la voluntad de poder. Por ello, un cuerpo sano es aquel que está más cerca de ejercer su voluntad de poder, pues solo así afirma su voluntad. Por su parte, un cuerpo enfermo se asocia al cristianismo que se ha encargado de despreciarlo, y aborrecerlo, y hacer de él algo enfermo, algo decadente.

Por otro lado, el hombre malo siempre ha sido descalificado por ser un individuo libre, impredecible, cuando en su lugar la sociedad y, por lo tanto, la moral, prefieren hombres sumisos, que proclamen la igualdad entre ellos, y que a su vez esa igualdad los vaya adiestrando, por eso el hombre moralizado es débil, y compasivo. Es verdad, existe una moral, pero no es más que una moral de esclavos, y de señores, en donde el “bueno” es aquel que actúa como estúpido, y que a su vez se deja engañar fácilmente, el que es un buen hombre, mientras que el hombre “malo” siempre es lo contrario.

Pero ¿qué es en sí lo bueno y lo malo? ¿Qué valor tienen? ¿Existe plenitud en ambos conceptos? ¿Por qué se instalaron de esa forma? ¿Por qué se interiorizaron así? Todo lo que es bueno y malo está totalmente moralizado, se educó al hombre para actuar siempre limitándose, alguien que camina a tientas, con temor de no herir, se le educó para hacer promesas, para sentir culpa, remordimiento, pena, y también se le educó para callarse cuando se le impone un castigo, para no olvidar, pues aquel hombre que olvida es más fácil que rompa una promesa, de ser así nace en él el sentimiento de deuda, y esa deuda hace que acepte como intercambio el daño del otro, quien se sentiría con toda la libertad de hacer sufrir. No obstante, no somos por naturaleza morales, pues la moral sirve para el grupo porque da supervivencia, y no debe ser así, ya que el objetivo de la moral debe ser la felicidad individual, pero en su lugar solo la afirmamos, lo que es un grave error, pues afirmar la moral es negar la voluntad de vivir, porque se hace no lo que se quiere, sino lo que se debe, es puro servilismo.

Así, desde este planteamiento, hacer las cosas «a gusto» es cuando menos sospechoso; y hacer algo «porque me gusta», sería el colmo de lo moralmente reprobable. Por el contrario —diría Nietzsche—, la vida que tiene sentido en sí misma, hace las cosas «porque sí», por el mero gozo de ejercitar su acción; tal y como se expresa en la olímpica fórmula: «porque me da la gana». Pero la mísera vida relativa, que carece de sentido, tiene que actuar siempre por fines que den razón de su conducta. Esta es la vida moral. Ella no hace las cosas porque quiere, sino porque se lo impone el deber. Su único sentido está en la utilidad, en «servir

para algo», es decir, en negarse a sí misma en el esfuerzo por realizar ese fin que se le impone como distinto. La vida moral es sacrificio de sí, servilismo. (Hernández, 1990, pág. 91-92)

El servilismo como hipocresía social, hace del hombre un ser que reprime sus instintos, para evitar el rechazo, y en su lugar ser aceptados, en consecuencia, se va reprimiendo lo que se siente, porque lo identificamos como bueno o malo, lo que nos ayuda a irnos apegando lo más que se puede a los modelos o principios morales. Esta hipocresía social es inevitable, fingimos virtudes y ocultamos vicios. Esto no está mal, pensarían muchos, el que el hombre pueda reprimir sus instintos a la larga trae buenos resultados, origina un control progresivo de generación en generación, haciendo de la civilización la máxima controladora de pasiones.

No existe sociedad más infeliz que la nuestra, no solo por estar constantemente sumidos en la culpa, en el remordimiento, la pena, o la compasión, sino por la noción del tiempo que nos hace pensar en el pasado, y necesariamente en el eterno retorno¹⁹, por lo tanto, hay que estar atentos al remordimiento y la culpa, pues al realizar algún acto, estar seguros de que ese acto se repetirá eternamente. No obstante, el hombre no debe sentirse angustiado o temeroso de la repetición de las cosas, más bien debe aceptar el devenir como aquello que le permite entender que el pasado es algo solido que se ha querido desde siempre, y que es el presente algo que constantemente cambia, se transforma, pues solo de ese modo es que el hombre podrá abrirse paso a nuevos valores que se dan no a la larga, sino que se construyen en cada momento.

Y así como no somos personas morales por naturaleza tampoco somos negadores, ante todo debemos dejar atrás todo lo que es decadente, desde la filosofía impuesta por Platón hasta la moral cristiana. El hombre debe afirmar la vida, hablar de la salud que refiera primeramente al cuerpo, pero no el cuerpo cristiano, ya que este es decadente, enfermo, que se desprecia a sí mismo, por eso es necesario el resurgimiento del cuerpo, aunque eso signifique la muerte de Dios. “Dios ha

¹⁹ El eterno retorno, según Nietzsche, había jugado un papel importante para los griegos, en especial para Heráclito, quien afirmaba que las cosas no ocurrían dos veces del mismo modo y que nada permanecía siendo lo mismo, un ejemplo de ello era el mundo en sí mismo. El eterno retorno representaba el hoy como aquello que solo ocurre una vez, por lo tanto, no volvería a repetirse de nuevo, pero esto no debería tener un significado negativo para el hombre, más bien debía hacer de él un ser dispuesto a transformarse mediante el arte. Es decir, Nietzsche no pretendía solo advertir al hombre de su responsabilidad que trae consigo cada instante, sino también que tomara conciencia del ciclo de la eternidad a partir de que vive ese instante.

muerto” no se refiere a la muerte de Dios como tal, pues este no ha sido necesariamente muerto en manos de los hombres, sino que él mismo ha muerto por compasión, porque la moral cristiana concedía al hombre un valor absoluto que repercutía también a la moral, pero con el ocaso de las religiones ese valor absoluto fue destruido, pues la idea de Dios como dogma absoluto desaparece.

La moral se destruye, el velo de la mentira cae y se aproxima poco a poco la veracidad de la vida, que permite que contemplemos al mundo tal y como es, no hay mentiras, no más compasión, no más valores decadentes. Se descubre la nada, pues muerto Dios queda la nada, pero lo que muere no es la persona sino la fe. Se va poniendo en duda todo, la moral ni la religión y mucho menos Dios son ya la máxima ley y si bien se nos presenta una realidad fea y enfermiza, se alcanza la vida sin encubrimientos; se revela la muerte, el dolor, la vida en su máximo esplendor y sobre todo se cae en la cuenta de que siempre se vivió en una perpetua decadencia, pero todo esto no hay que rechazarlo, sino aceptarlo.

«La muerte de Dios» —tal y como Nietzsche la entiende— señala dos cosas: por un lado, un acontecimiento cultural, y es así el último capítulo en la historia del «nihilismo europeo»; pero por otro lado es algo que le pasa a Dios mismo. Es claro que en este segundo sentido no se trata de un acontecimiento, por más que la expresividad poética de Nietzsche lo presente a veces como tal. La «muerte de Dios» designa, más bien, algo ocurrido desde el origen de su misma idea. En este sentido, cuando quiere ser profeta del porvenir que nos aguarda, Nietzsche dice estar contando algo que ya ha sucedido. El nihilismo futuro —en el que nosotros ciertamente ya vivimos— no es otra cosa que el último resultado de ese proceso, en el que surge primero la idea de Dios, pero en el que termina poniéndose de manifiesto la propia vaciedad de esta idea; de modo que el proceso en que ella misma surge se consuma —por sí sólo— en la afirmación de lo que esa idea de Dios contiene, que es —dice Nietzsche— la nada. (Hernández, 1990, pág. 126)

En esa nada en la que el hombre se encuentra le permite ver que el mundo que se le presentaba y que era tomado como verdad, en realidad era mentira. La vida pierde su máscara de gravedad, y el hombre se enfrenta con la única verdad que había fundamentado su vida, el “más allá” no existe, es la pura nada. La verdad destroza la mentira, y hace que todo lo que hay de bueno en los instintos, que hace bien y que garantiza de entrada el futuro, despierte la sospecha.

La sospecha de que Dios no ha muerto por nuestra mano, sino que ha perecido por sí mismo no debe infundir pena o tristeza, sino que se debe dar a entender que Dios muere para que el cuerpo pueda ser reafirmado como algo que se desea para la eternidad, así sea un cuerpo deforme o no, se espera su eterno retorno, pero esa resurrección no precisamente es cristiana o mística, pues se alega que el cuerpo cristiano ante los ojos de Cristo es igual entre sus miembros, lo que supondría que el cuerpo que resucita es un organismo, es decir, se habla de un cuerpo ideal, glorioso que ve unificadas sus partes gracias a unos miembros que no sucumbieron a las pasiones, a lo carnal. Sin embargo, el cuerpo que Nietzsche espera resurja, es primeramente un cuerpo despedazado, unificado en partes que no deben pagar sus culpas, tal como el mito de Dioniso.

Dicho mito relata a un Dioniso despedazado por los Titanes y la reunificación de ese cuerpo en las fiestas dionisiacas lograba una integración de los participantes, lo cual les proporcionaba alegría de saberse en unión con los otros y con el dios Dioniso, lo que resulta muy diferente en comparación con la resurrección del cuerpo cristiano, pues este cuerpo surge como un ideal, fosilizado, transparente, que viene a simular lo que Apolo es, la individuación. Por su parte, en Dioniso la resurrección del cuerpo es la afirmación de este en todos los sentidos. Ahora bien, eso no implica que el eterno retorno traiga consigo alguna castración, más bien representa la pura afirmación de la vida, en tanto es vivida sin resentimiento ni arrepentimiento, es sin lugar a duda el amor por el destino, amor por todo lo que acontece.

Frente a Apolo, el martirio de Dioniso permite celebrar, en el momento de alta tonalidad vital que Nietzsche califica de embriaguez dionisiaca, la participación de todos los exaltados en una unidad primordial, superadora de la angustia anterior ante el despedazamiento, de la separación entre todos los miembros, entre todos los individuos. Esta asimilación del fantasma del despedazamiento del cuerpo, del aislamiento de cada uno de sus miembros, de su incomunicación, se logra en la experiencia dionisiaca, en la orgía, en un momento de plena superación del sí mismo y de integración en un ser primordial al que Nietzsche alude con frecuencia en *El origen de la tragedia*. Mientras Apolo sólo expresa la separación entre los miembros y mientras el Crucificado remite su reunificación a un lejano Apocalipsis, Dioniso expresa la posibilidad de asumir, en un momento vitalmente intenso, este despedazamiento y, afrontando la angustia que la experiencia de la

individuación lleva consigo, llegar a la reunificación del cuerpo, a la plena afirmación del mismo, que se produce en la fiesta dionisiaca. (Trias et al., 1972, p. 183)

En Apolo se vislumbra una resurrección del cuerpo como un ideal que permite la identificación de un cuerpo propio, mientras que en Dioniso a través de la danza dionisiaca se reafirma por completo el cuerpo, asumiéndolo como incompleto y castrado, pero en su llamado a reunificarse encontramos el lenguaje, por esa razón tanto Apolo como Dioniso no pueden ir separados, a partir de esa unidad es que se puede hablar de tragedia.

De este modo, Nietzsche no solo proclama la muerte de Dios y toda moral fundamentada en él, sino que también habla del eterno retorno de los cuerpos, cuerpos que no son por entero, sino que se encuentran castrados, y que deben resurgir como idénticos. No basta con aceptar el cuerpo como castrado²⁰, pues es necesario también aceptar el pasado, y darnos cuenta de que no hay nada que pagar, no le debemos nada a nadie, actuamos porque así lo decidimos, no debemos sentirnos con remordimiento o culpa, solo los débiles se sienten de esa forma, y nosotros los hombres del porvenir no sentimos pena por nuestros actos, son acciones ya realizadas.

Todo ese sentimiento de culpa por haber actuado de una forma y no de otra, origina que exista una crisis moral, porque el hombre siempre ha necesitado una doctrina que le proporcione un marco de referencia, y dicha doctrina no fue más que el cristianismo, que hizo del hombre fuerte un hombre débil, enfermo, rebañizado, dejado en manos de los sacerdotes como representantes de Dios, por ello no existe una verdadera moral, solo un cristianismo que debilita. Muerto Dios la vida se muestra, la veracidad es presentada, y el hombre tiene que hacer una lucha enérgica, pues el mundo se le presenta ahora tal y como es. No hay velo que cubra con mentiras, no hay ideal que perseguir: Dios muere por compasión, y también la moral, que queda descubierta en plena acción de nivelar y adjuntar los términos bueno y malo a las cosas como si fueran innatas en ellas. Ya no hay más falsedad, la verdad se muestra, la nada se hace presente.

²⁰ El cristianismo creó un cuerpo ideal con el que puede identificarse y a su vez afirmar al cuerpo como completo y no castrado, pero ese cuerpo ideal no es más que pura apariencia; mientras que en la danza dionisiaca existe la afirmación plena del cuerpo, asumiéndolo como castrado y también como unificado se puede superar la individualidad y llegar a la identificación con la naturaleza. *Cfr.* Trias E. et al. *En favor de Nietzsche*. Madrid, España: Taurus, pp. 183-184.

Destruída ya la moral y el cristianismo, el hombre se tiene que afrontar a la nada que se encuentra dentro y fuera de su alma; hay un conflicto en el que el individuo se ve inmerso, se da cuenta que hay una religi3n tradicional, este antagonismo trae una desintegraci3n, que reafirma la muerte del dogma, lo que desemboca que la moral se encuentre en crisis, hay por as3 decir un mundo sin sentido.

Sin la moral la decadencia ya no tiene como encubrirse, hay una realidad fea, enfermiza; la vida se nos muestra con una total claridad y eso nos permite vislumbrar la muerte, y el porvenir, a los cuales no se les debe temer, sino que se deben aceptar como parte fundamental de la vida.

Tambi3n, se debe aceptar el eterno retorno como el constante devenir, ese devenir que nos permite entender la vida como sufrible y tambi3n llevadera, no basta con aceptar la castraci3n como propia, se tiene que desear eternamente, no tener miedo a aceptar el pasado sino reconocerlo como algo que se ha dado y que no tiene deudas con nosotros ni nosotros con 3l, pues no existe culpa, no hay nada que pagar, solo de ese modo se podr3 aceptar tambi3n el presente deseando 3nicamente su repetic3n eterna, dejando de un lado el futuro, ya que este no tiene tampoco nada que ofrecer, el presente y solo este tiene sentido, de no tenerlo se caer3 en el nihilismo.

Solo superado el nihilismo, aceptando el cuerpo como castrado es que se puede hablar de un verdadero retorno de los cuerpos, pues el eterno retorno es sin lugar a dudas la identidad de lo contradictorio, inmanencia, y trascendencia que garantiza la plenitud de la vida como algo real, se da en el tiempo, es por as3 decirlo, el presente como 3nico absoluto, el pasado y el futuro ya han sucedido, lo que ha ocurrido est3 por venir, solo el presente es lo 3nico que importa, cada instante se hace absoluto, solo de esa forma no hay perdidas que lamentar, todo instante es el fin e inicio de un mundo nuevo que nada teme, que nada le debe al pasado ni al futuro, pues uno necesariamente ya ha sido y el otro a3n no es.

Comprendido el eterno retorno la moral es superada, pues cada momento que el hombre vive es una oportunidad de crear eternamente lo que 3l desea, cada instante se hace nuevo, cada momento es una forma de anunciar el devenir, de entender que nada est3 determinado ni terminado y que la vida es lo m3s puro y real que puede existir, y que la existencia a pesar de ser tr3gica, de anunciar la muerte como 3nica verdad, se puede hacer frente al ahora de manera estoica, porque el hombre no solo es hombre en la medida que vive sino en la forma en que puede llegar a crear y recrearse, por ello, cada momento adquiere un valor en s3 mismo; no se tema pues de caer en el

nihilismo, pues la única alternativa ya se ha elegido, no es más que el eterno retorno como el instante convertido en absoluto.

El devenir se anula y reposa en cada una de sus repeticiones que nos dicen que no hay nada de que lamentarse, cada día es nuevo, todavía mejor, cada instante es diferente, la historia comienza una y otra vez, solo existe una eterna renovación, una posibilidad abierta a rehacer el pasado y recuperar lo que queramos de él. El eterno retorno afirma que toda moral está justificada, pero debe ser una moral nueva, que no atribuye leyes ni mucho menos admite la costumbre, porque cada instante se hace único, nuevo. Es por ello por lo que la filosofía de Nietzsche no solo es una filosofía del cuerpo, sino también de la inmanencia.

No obstante, el eterno retorno no debe interpretarse como el querer o tener la posibilidad de modificar el pasado, pero si acceder a este que se pone como el alcance del querer. La voluntad no tiene la posibilidad de cambiar al mundo tal y como se encuentra, pero si tiene la oportunidad de afirmarlo: el pasado “así fue”, no es más algo que el hombre deba pronunciar, en su lugar proclama el pasado “así lo quise yo”.

Ese es el sentido del eterno retorno, un instante de felicidad a cambio de todo el dolor y sufrimiento ocurrido a lo largo de la historia, por lo tanto, la felicidad y el sufrimiento no van separados, se unen, pues solo así se hace presente la tragedia que quiere ser afirmada eternamente. El eterno retorno debe interpretarse no como doctrina moral, sino como lo trágico ante la vida, esta moral que viene a representar el eterno retorno supone una interpretación del tiempo de manera metafórica, y no la trascendencia del tiempo de manera lineal como ya se veía con lo judeo-cristiano, que afirmaba al tiempo como algo orientado hacia un fin que trasciende en cada uno de sus momentos, se hablaba de una línea que dice que el pasado va a trascender hacia el futuro, ahí la crítica de Nietzsche, el instante no puede ser un simple tránsito entre el pasado y el futuro, pues es en el instante que se muestra el tiempo eterno.

Sin embargo, esto no quiere decir que se hable de un tiempo cíclico, pues el mismo Zarathustra advierte que el eterno retorno es el fin de toda finalidad trascendente, solo en la repetición de lo mismo, si es que se trata realmente de lo mismo, se afirma que nada se repite, nada es ni sería lo mismo. Cada instante es único, pero eterno, pues en ese instante se encuentra todo el sentido de la existencia.

Quien no tiene la capacidad de asumir que la vida es plenitud, solo puede sentir resentimiento contra la misma, en cambio quien acepta su plenitud, acepta todo lo que fue, que necesariamente es querer el eterno retorno como el generador de un principio y un fin, en el que el fin se vuelve un principio, pues el eterno retorno nos enseña que el ser humano logrará transformarse cuando logra vivir sin miedo, cuando entiende que es libre, que no hay cadenas, ni moral que lo limite.

Hay que soportar la idea del eterno retorno del cuerpo castrado; hay que ser un camello, tener grandes hombros para soportar dicha idea. Pero, además, hay que afirmar esa castración del cuerpo como propia y como deseada. El camello debe transformarse en león. Por último, hay que superar el asco que produce la idea del eterno retorno, la angustia del cuerpo propio despedazado eternamente, y verla en su absoluta inocencia: para ello el león debe transformarse en niño. Sólo el niño puede afirmar esa inocencia, pues no está atado a un cuerpo suyo, a una identificación con su cuerpo. (Trias et al., 1972, p. 186)

Transformado el hombre da paso al superhombre quien acepta el eterno retorno como algo positivo, que es capaz de crear una vida intensa, la cual tiene la posibilidad de repetirse eternamente, lo que origina en el superhombre las ganas de volver a sumergirse en el deseo de volver a vivir esa vida perfecta e inmejorable, que es estar libre de Dios, del cristianismo y de una moral decadente. Con la muerte de dios, con el final de una moral cristiana, se aproximan los nuevos hombres del porvenir quienes son idóneos de transformarse en el tiempo, y ser la posibilidad que nos anuncie la venida del superhombre, este ser capaz de crear una nueva tábula de valores.

CAPITULO III. LA TRANSMUTACIÓN DEL ESPÍRITU

3.1 Camello, león y niño

El cristianismo, nos dice Nietzsche, como idea de progreso había originado una idea falsa de modernidad, por ello, es necesario no engalanarla, pues el cristianismo había matado al superhombre, además, engendró en el corazón la compasión como símbolo de no fuerza, de la no evolución, por lo tanto, el hombre moderno había invertido la realidad y lo falso, se vivía en una ilusión ante la espera de una vida mejor, y también se ordenaba el mundo a los mandamientos del sacerdote, no como guía, y máximo representante de dios, sino también como calumniador y envenenador de la vida, la única posible.

La religión cristiana no es más que una religión de compasivos, por eso se pierde fuerza cuando se compadece, y al mismo tiempo no se vive, pues de esa forma se olvida que la vida representa fuerza, que a su vez manifiesta nuestros instintos y hace de nosotros seres capaces de crear. Se había hecho de la compasión una virtud, pero esa virtud nos había persuadido a arrojarnos a la nada, esa nada que hoy conocemos como Dios o vida eterna. Es imposible pensar que la compasión haya sido nombrada una virtud, pues la virtud no conserva la vida, sino que la obstaculiza, además, la virtud había quitado en el ser del hombre su voluntad, haciendo de él un ser que no actúa ni mueve, esa es la decadencia, la caída de la voluntad de poder. Se vivía, y se vive en el mero ideal, ya que los idealistas tienen en sus manos todos los conceptos, sin embargo,

al igual que el sacerdote, los contrapone, y concluye que la vida misma, la ciencia, y los sentidos están por debajo de todo, nos dañan e impiden el desarrollo de la vida.

Nos hemos ido equivocando durante muchos años, hemos acogido una religión de débiles, de hombres que le temen a la verdad, a lo que es real, a la vida, y hemos caído en el deber, originando que el querer se extravíe para siempre. Por eso los pueblos han perecido en la medida en que fueron confundiendo el deber con el querer, y más aún cuando se acogió a un Dios que repite sin descanso “tú debes”, que necesariamente nos daña a nosotros, nos hiere, nos quita fuerza, reprime nuestra voluntad para decir sin culpa “Es la voluntad de Dios”, olvidando de antemano que la única condición de un Dios es o ser voluntad de poder o involuntad de poder. Por eso no hay evolución, somos los animales menos logrados, pues ahí donde la voluntad de poder decae, ahí precisamente el hombre inaugura el retroceso.

Allí donde, de alguna forma, la voluntad de poder decae, también hay un retroceso fisiológico, una *decadence*, castrada de sus virtudes e instintos más viriles, se convierte necesariamente, a partir de ese momento, en Dios de los fisiológicamente retrasados, de los débiles. Ellos no se llaman a sí mismos los débiles, ellos se llaman «los buenos»...se entiende, sin que sea necesario siquiera señalarlo, en qué instantes de la historia resulta posible la ficción dualista de un Dios bueno y de un Dios malvado. (Nietzsche, 2007, p. 47)

En el cristianismo se infunde la idea de pecado como forma de transmitir un temor al hombre, así como también el desprecio del cuerpo, al valor, a la libertad, a los sentidos, y a todo que origine en el hombre alegrías, por consiguiente, todo lo que profesa el cristianismo, todo lo que transmite, e infunde es pura falsedad, él mismo es falsedad y también lo es la moral, pues la moral ya no expresa condiciones de vida, sino que es su antítesis, es una forma de expresarla como una buena nueva, por ello, hay que romper con esa antítesis.

Todo ese odio, desprecio y miedo hacia el cuerpo que nos había infundido el cristianismo sentó las bases de la enfermedad, la cual nos condujo hacia el nihilismo extremo, de ahí que los conceptos de culpa, remordimiento, pecado, mala conciencia, y los ideales ascéticos hayan fortalecido día con día la enfermedad. Éramos y quizá seamos ahora seres enfermos, nos hemos dejado engañar por ideales falsos, nos involucramos con un dios que no existe, volcamos todo lo que sentíamos contra nosotros mismos, por ello, nace el alma, gracias a la interiorización. Estamos marcados por la nada, nuestro cuerpo enfermo poco a poco se va debilitando debido a la

conformidad, somos seres inferiores. No obstante, hay un tipo de hombre superior, aquel que es capaz de dejar morir su negatividad para transformarse, dice sí a lo dionisiaco, lo que abre paso al eterno retorno, que le permite al hombre ir más allá de su yo, de la voluntad individual, y de la mediocridad de los actos, lo que origina que cada acto que realiza sea una singularidad que necesita de la repetición una y otra vez hasta la eternidad.

El eterno retorno rechaza todo aquello que ya no puede volver, elimina lo que es débil, y no es capaz de soportar las cosas como son, es decir, todo lo que es en cuanto es. Se necesita retornar desde la diferencia, y esa diferencia bien marcada se hace notar en Dioniso, en la tragedia que se ve nacer. Sin embargo, afirmar es necesariamente sufrir, es querer extinguirse para alcanzar la plenitud de la vida, solo de esa forma se puede construir una morada al superhombre.²¹

Habéis recorrido el camino que dista entre el gusano y el hombre, y aún hay mucho en vosotros que sigue siendo gusano. En otro tiempo fuisteis monos y todavía hoy el hombre es más mono que cualquier mono. Y el más sabio entre vosotros, no es más que un ser escindido o un híbrido de planta y espectro. Mas ¿acaso os pido que convirtáis en espectros o plantas? ¡Mirad, yo os enseño al superhombre! El superhombre es el sentido de la tierra. Que vuestra voluntad diga: ¡el superhombre es el sentido de la tierra! ¡Yo os conjuro, hermanos míos, *permaneced fieles a la tierra* y no creáis a quienes os hablan de esperanzas ultramundanas! Son emponzoñadores, lo sepan o no. Son despreciadores de la vida,

²¹ Nietzsche (2010) sostiene que el superhombre es aquel que nace después de la muerte de Dios. En un principio se tenía la idea de un ser supremo que podía aliviar las pesadas cargas y todo el sufrimiento que se encontraba en la vida, este ser nos abriría paso a una vida mucho mejor que esta, en donde nuestra alma podía purificarse al mismo tiempo que se liberaba del cuerpo como cárcel, sin embargo, este Dios no era más que puro vacío, una nada que hacía del hombre un ser sumiso, compasivo, incapaz de pensar por sí mismo, aquel que desecha la vida como fuerza, y que estaba dispuesto a aceptar el daño del otro para ser perdonado por Dios, y también por el sacerdote, máximo representante de este ser divino. Pero una vez que se anuncia la muerte de Dios todos los valores decadentes como son la virtud y la justicia en los que se funda la cultura occidental pierden validez, son enterrados en el preciso momento en que el hombre destierra a Dios de su vida. En consecuencia, el hombre al no tener un ser al que aferrarse cae en cuenta de su finitud, mira la verdad de cerca, se sabe mortal, y asume la vida como la única realidad, y se aleja de la mentira que es creer que después de la muerte se avecina el paraíso eterno. Así pues, el superhombre renace de entre las cenizas y representa un inmenso amor por la vida, por la tierra y por todos los instintos ascendentes. Es decir, el superhombre afirma la vida como algo sufrible y también como aquello que es posible soportar, pues este nuevo hombre camina sobre sus propios pies, no se deje engañar ni convencer, hace su voluntad a pesar de saberse tendido sobre un abismo.

moribundos, envenenados por su propia mano, de quienes la tierra está cansada: ¡ojalá desaparezcan! En otro tiempo la ofensa a Dios era el mayor ultraje, pero Dios ha muerto y con él también ha muerto esos impíos. (Nietzsche, 2010, pág. 21)

La verdad ya no debe ser buscada en Dios, pues él es padre de la culpa, del remordimiento, de la compasión, de la creación de valores, es el dios del cristianismo, y del platonismo, no obstante, ha muerto, y con él una forma de pensar e interpretar el mundo y ha nacido con ello las transformaciones del hombre muy a pesar del nihilismo, que origina que no existan más leyes morales ni éticas. Por lo tanto, es necesario apartarnos de esta sociedad nihilista, refugiarnos en nosotros, penetrar profundamente en nuestro ser, y anunciar un hombre nuevo, que es necesariamente indeterminado, capaz de comprender lo que significa la muerte de Dios, es decir, no se trata de la falta de existencia de Dios, más bien de que aquello que el hombre tenía como eterno e incapaz de perecer, muere, lo que cambia el rumbo y el significado tradicional de Dios. Además, el hombre después de la muerte de Dios sabe que todo habrá de derrumbarse incluyendo su fe, su creencia y todo lo que había fundado a partir de ello: toda moral europea. No se trata de algo que pueda ser aceptado de manera inmediata, más bien, se torna de carácter peligroso, en tanto el hombre se balancea sobre un abismo, sin embargo, también representa una forma de liberación, y por supuesto, la anunciación de la venida del superhombre, esa es la buena nueva, el acercamiento a la verdad mediante las transformaciones del espíritu.

Tengamos en cuenta, que al principio del tiempo el hombre es un ser puro e inocente y no es manipulado por ninguna idea o concepto. Cuando se embarca a descubrir la vida va atrapando ideas y se va amoldando a las acciones de los demás, lo cual origina una obediencia ciega, de ahí que el hombre llegue a tener un parecido al camello en cuanto a su espíritu, pues este es sumiso y determinado por una imposición exterior, que lo hace adentrarse en el desierto, y esa es la forma en que se adentra en un mundo determinado, y es la permanencia en dicho mundo lo que le va a permitir liberar su espíritu; Por lo tanto, el camello es aquel que representa la nobleza del espíritu religioso, la adoración, la fe, y el culto a la divinidad, por ello, vive arrodillado, soportando las cargas más pesadas. No le importa lo que desea, pues se conforma siendo feliz con su deber. Marcha hacia el desierto y no desea salir jamás de él.

¿Qué es pesado?, así se pregunta el espíritu de la pesadez, y se arrodilla como el camello, y quiere que lo carguen bien. ¿Qué es lo más pesado para vosotros, héroes?, así pregunta el

espíritu de la pesadez, para que yo lo cargue sobre mí y me alegre de mi fortaleza. ¿A caso no es: humillarse para hacer daño a su propia arrogancia? ¿Hacer brillar su estulticia para burlarse de la propia sabiduría? ¿O acaso es: ¿apartarnos de nuestra causa, cuando ésta celebra a su victoria? ¿Subir altas montañas para tentar al tentador? ¿O acaso es: alimentarse de las bellotas y de la hierba del conocimiento y padecer hambre anímica por amor a la verdad? (Nietzsche, 2010, p. 35- 36)

No obstante, existen personas que aun estando en el desierto de sí mismos desean apresar la libertad y ser amo y señor, no soportan la idea de que alguien se incline para ser cargado, no quiere ser presa de nadie, y anhela liberarse de las cargas morales y sociales, es, por tanto, un rebelde que rechaza todo valor moral, y busca romper con las normas, y es en esa búsqueda descubre una fuerza interna que hasta entonces le había sido desconocida, se sabe ahora capaz de crear un nuevo reino, un reino que lucha contra toda tiranía religiosa denominada dragón (cristianismo) que le impide no pensar y valorar, y le infunde la idea de fiel obediencia que lo aleja de su libertad. Pero, es precisamente esa lucha por querer obtener su libertad que hace que nazca así el león que se rebela contra el deber, hace una guerra contra los fundamentos de la religión y vence así al gran dragón, pero aún no es capaz de crear sus propios valores, por lo tanto, todavía no es libre, solo es capaz de enfrentarse a los antiguos. Si bien el León representa una parábola de la segunda transformación y del intermedio entre el camello (representación de la moral del “tú debes”) y el niño, es también aquel espíritu valiente del “yo quiero”, que, aunque ha conquistado su libertad aún no es libre en su totalidad.

Pero en el más solitario de los desiertos se produce la segunda transformación: el espíritu se convierte aquí en león, quiere apresar la libertad y ser soberano en su propio desierto. Busca aquí a su último señor: quiere convertirse en su enemigo y en el de su último dios, quiere luchar con el dragón para obtener la victoria. ¿Quién es el gran dragón a quien el espíritu ya no quiere llamar señor ni Dios? «Tú debes», así se llama el gran dragón. Más el espíritu del león dice «Yo quiero». «Tú debes» le cierra el paso, brillando como el oro, es un animal escamoso, y en cada una de sus escamas reluce áureo el «Tú debes»... Hermanos míos, ¿para qué se necesita al león en el espíritu? ¿no basta el animal de carga, que renuncia y es obediente? Crear valores nuevos-eso aun no lo logra el león, pero crearse la libertad para nuevos actos creadores- de eso sí es capaz el poder del león. (Nietzsche, 2010, p. 36)

Por ello, es necesario que el espíritu siga transformándose, sin embargo, la última transformación a la que hace alusión Nietzsche habla de una posible transformación a futuro, es decir, si bien la transformación final del espíritu, la del niño, es la más importante e interesante, ésta aún no ha llegado. El espíritu transformado en niño tiende a representar una posibilidad para la creación de nuevos valores, pues encontrarnos con el niño es ya anunciar el juego, la creación, el constante decir sí, conquistar el mundo mediante la voluntad, y también anunciar la venida del superhombre.

Antes el espíritu necesitaba del león para poder romper con las cadenas y límites que le imponía el cristianismo para terminar de manera definitiva con el deber, pero ahora ya no es más camello y león, sino que necesita del niño para poder de sí a la vida, una vida nueva, un mundo nuevo que ha nacido a partir de la muerte de Dios. El niño valora la vida que se le presenta, mira el mundo de otra forma y está dispuesto a crear nuevas cosas, pues su espíritu no tiene miedo de ninguna amenaza, sabe que no hay nada a que aferrarse, ni nada por lo cual esperar, por ello, no hay en él preocupaciones, es feliz en este nuevo mundo, y mientras crea, juega, pues el niño es juego, inocencia, y olvido, y también la plenitud alcanzada por el espíritu, pues el niño mientras juega contrapone el devenir y el perecer, el destruir y el construir, sin sentir ninguna carga moral, porque en él solo habita la inocencia de lo idéntico. De ahí que el juego no sea algo simple, más bien se trata de algo superior en el que se incluye todo conocimiento, toda teoría creada, todos los errores y los males, todo impulso, todo lo que pueda haber, pues eso no es más que el juego de la vida y del mundo, un juego inocente que a la vez es fuerza.

En otro tiempo el espíritu amó el «Tú debes» como la cosa más sagrada: ahora tiene que encontrar delirio y capricho incluso en lo más sagrado, con el fin de poder robar la libertad de su amor: para ese robo se necesita el león. Pero decidme, hermanos míos, ¿qué puede hacer el niño de lo que el león fue incapaz? ¿Por qué el rapaz león aún tiene que convertirse en niño? El niño es inocencia y olvido, un nuevo comienzo, un juego, una rueda que gira sobre sí misma, un primer movimiento, un sagrado decir sí. Sí, hermanos míos, para el juego de la creación se necesita un sagrado «decir sí»: el espíritu quiere ahora su voluntad, el apartado del mundo gana su mundo. (Nietzsche, 2010, p.37)

Nietzsche desea entrar en la conciencia del hombre, hacerle ver todo el cúmulo de miserias, pero también un mundo de posibilidades entre las que se encuentra el poder transformar su espíritu.

De no ser así queda abierto ese otro camino que es el último hombre que ha quedado sobre el mundo después de la muerte de dios, ese hombre débil, alejado de todo impulso vital que en los primeros días le llenó de energía, un ser vacío, lleno de indiferencia, pasivo, que no desea nada, no ama a nadie, ni así mismo, ni al mundo, ni a la vida.

No obstante, la muerte de Dios no anuncia el término del tiempo, pues el mundo no posee alguna finalidad intrínseca, de ser así hace mucho que dichas finalidades, cualesquiera que sean, ya debieron de ser alcanzadas, ni mucho menos se habla de una posible ruptura entre libertad y determinación. Si bien, el eterno retorno es una forma de concebir el tiempo como algo que ha sido pensado como un fin o límite último, en realidad resulta infinito, posee el fin en sí mismo, no tiene límite alguno, dicho sea, el tiempo parece impedir una reunificación de la vida en tanto temporal, lo cual supondría una verdad terrible, pues se pensaría que no tiene algún caso realizar actos a futuro, pues el eterno retorno como un tiempo terminado que se repite indefinidamente no supone algún cambio, sino una infinita repetición de acciones, sin embargo, la idea del eterno retorno debe ser acogida como la liberación misma, pues a medida que los actos se repiten tenemos en nuestro poder volver a cometerlos, porque es precisamente el estar dispuesto a repetirlos que se demuestra que el niño se ha liberado de aquello que le proporcionó el cristianismo: la culpa, el resentimiento, y el arrepentimiento. Con todo, el niño no debe ser tomado como ingenuo, más bien se trata de un espíritu visionario capaz de crear algo nuevo que puede mantenerse firme en sí mismo.

¡Fíjate -seguí diciendo- en este instante! Desde este portón llamado instante corre *hacia atrás* una calle larga y eterna: detrás de nosotros queda una eternidad. Cada una de las cosas que *pueden* correr, ¿no habrá recorrido ya alguna vez esa calle? Cada una de las cosas que *pueden* ocurrir, ¿no tendrá que haber sucedido y transcurrido, no tendrá que ya haber sido hecha ya una vez? Y si todo ha existido ya. ¿qué piensas tú, enano, de este instante? ¿A caso este portón -no debería de haber existido ya? ¿Y acaso no están todas las cosas anudadas con fijeza, de manera que este instante arrastra tras sí todas las cosas venideras? ¿Por consiguiente -incluso a sí mismo? Pues cada una de las cosas que *pueden* correr: ¡también *deberá* correr una vez más -por esa larga calle hacia *delante!* – (Nietzsche, 2010, p. 194)

El eterno retorno es introducir la cabeza de la serpiente²², ahogarse, morderla y mordernos, es aceptar la castración del cuerpo mismo como algo que ha sido mutilado, acoger un cuerpo despedazado eternamente, pues solo de ese modo se desea lo dionisiaco, y también, el pasado como algo que se quiso y no como un error que no se quiere repetir o ser pagado, el presente como algo que hoy se quiere, que se anhela, que se desea, y no la espera de un futuro que pueda tener algún sentido.

Hay que ser niño, solo así podremos aceptar la inocencia del devenir, el tiempo como algo que en cada instante se hace absoluto en sí mismo, los instantes en que el mundo termina y retorna, nace, como un juego inocente, y la aceptación de un cuerpo despedazado, la superación del nihilismo gracias a una nueva especie: el superhombre, que anuncia la resurrección de los cuerpos, de su propio cuerpo como algo glorioso.

Es en el eterno retorno que todo el pensamiento Nietzscheano queda justificado, toda religión ha quedado enterrada con la proclamación de la muerte de dios, lo que deriva en la aniquilación de toda moral, pues cada instante que deviene toma un sentido y un valor, no hay consecuencias posteriores, pues todo lo justifica el devenir, el cambio, la repetición, el pasado, pues el eterno retorno lo justifica todo, y a su vez alcanza su fin en todo momento, no como lo único que puede llegar a ofrecer, sino porque ese instante se ha hecho perfecto. Todo aquello que se aproxima anula lo anterior, toda vida inicia una y otra vez, hay una eterna renovación del hombre nuevo que ha tenido que dejar de ser camello y león, que se ha aproximado al superhombre gracias a que su espíritu se ha hecho niño.

3.2 El superhombre

²² Recordemos a la serpiente como fiel acompañante de Zaratustra, aquel animal que se enrosca en su cuello, y que es la más inteligente bajo el sol. Pero no solo es la serpiente del conocimiento, sino que también representa el eterno retorno de lo mismo, y por ello, se enrosca en el bastón de Zaratustra que se asemeja de esa forma al de Esculapio (médico de cuerpo y alma), que deja detrás la interpretación de la serpiente como un animal que es venenoso y engendra el mal.

Zaratustra después de varios años refugiado en la montaña en soledad con sus animales decide que es momento de salir y anunciar la venida del superhombre no como sucesor del hombre, sino de dios. Este ser es aquel que ha sobrevivido a la muerte de dios, no obstante, antes de anunciar la venida de este superhombre, es necesario primero decirle a la humanidad que Dios ha muerto, y, por tanto, que todo lo que antes se había tomado como verdad gracias a los cristianos debe ser olvidado, es momento de exponer una nueva filosofía y también una nueva interpretación de la vida.

Zaratustra descendió solo de la montaña sin encontrarse con nadie. Pero cuando llegó a los bosques, de pronto apareció ante él un anciano que había abandonado su santa cabaña para buscar raíces en el bosque. Y el anciano habló así a Zaratustra: «Recuerdo a este caminante. Hace algunos años pasó por aquí. Se llamaba Zaratustra, pero se ha transformado. Aquella vez llevabas tus cenizas a la montaña, ¿quieres hoy llevar tu fuego a los valles? ¿No temes la pena que recae en el incendiario? Sí, reconozco a Zaratustra. Pura es su mirada, y en su boca no se oculta ninguna aversión. ¿A caso no camina como un bailarín? Zaratustra se ha transformado, en un niño se ha convertido Zaratustra, es un despierto, ¿qué buscas, pues, entre los dormidos? Vivías en la soledad como en el mar, y el mar te llevaba. ¡Ay!, ¿quieres descender a tierra? ¡Ay!, ¿quieres volver a arrastrar tu cuerpo?» (Nietzsche, 2010, pág. 17)

Con la muerte de dios se abren caminos a otras verdades, no verdades absolutas ni dogmas, sino un camino que nos guie de la mano a la práctica de la hermenéutica como posibilidad de cambiar e interpretar el mundo. Esa nueva sociedad de hombres ya no girará en torno a una verdad absoluta, sino más bien a una sospecha de la verdad²³, de lo que puede ser edificado y también

²³ Los maestros de la sospecha es un término que engloba a tres autores fundamentales en la historia de la filosofía y en la filosofía misma. Marx, Nietzsche y Freud son un tipo de pensadores que rompieron con la continuidad del pensamiento, y dieron sustento a ideas tan arraigadas a los hombres como es Dios, la libertad y el hombre en sí mismo, lo cual ocasiona una revolución en el pensamiento y en el orden de las cosas. A partir de ellos, nada vuelve a ser pensado de la misma forma, la verdad que hasta entonces se creía inamovible es ahora una sospecha, de ahí que se tenga que confrontar, comparar, y a repensar el pensamiento occidental. Hay desde entonces una sospecha teológica y una nueva concepción de Dios: este ser es simplemente un constructo social. Sin embargo, es Nietzsche quien es denominado el padre de la modernidad, aunque en ese tiempo no se tenía un significado de modernidad, no obstante, su pensamiento repercute por completo en el siglo XX.

Estos autores son conocidos como maestros de la sospecha en la medida en que alteran la visión del hombre, es decir, no aceptan la definición de hombre que se había dado en manos de

destruido, pero sobre todo abre un camino maravilloso de ese otro lado oculto que nos muestra las mil posibilidades de ser de la verdad, es por tanto, una nueva filosofía que le permite al hombre situarse como aquel sujeto de estudio, y también a lo temporal, es decir, la filosofía deja de ser objetiva en tanto se aleja de quienes la han hecho, y se acerca más a lo subjetivo en tanto se estudia al hombre como ser temporal, a la par que es un ser que deviene, que repite sus errores, que a partir del sí crea y ejerce su voluntad de voluntad, pues el superhombre es aquel que todo lo quiere y que no está dispuesto a renunciar a sus anhelos por un deber que se le impone.

¡Ante Dios! - ¡Pero ahora este Dios ha muerto! Vosotros, hombres superiores, ese Dios era vuestro mayor peligro. Desde que yace en el sepulcro, habéis vuelto a resucitar. Ahora viene el gran mediodía, solo ahora el hombre superior será. ¡soberano! ¿Habéis comprendido estas palabras, oh, hermanos míos? Os habéis asustado: ¿sienten vértigo vuestros corazones? ¿Se os abren aquí las fauces del abismo? ¿Os aúlla aquí el perro infernal? ¡Muy bien! ¡Adelante! ¡Hombres superiores! Tan solo ahora gira la montaña del destino humano. Dios ha muerto: ahora queremos, -que viva el superhombre. (Nietzsche, 2010, pág. 335-336)

Entonces, al no existir verdades absolutas trascendentes, el conocimiento deja de ser hecho para ser una interpretación del mundo, ese mundo que tenemos que desglosar, nos llevará, necesariamente, a desarrollar nuestra vida, lo cual es lo más admirable de la filosofía nietzscheana, no se busca el sentido y la verdad de la vida, se deja de lado la pregunta angustiosa “qué caso, qué sentido tiene esto y aquello en una vida miserable”, y se parte ahora de crear, reinventar y hacer florecer todas las no-verdades, es decir, no se pretende ponerle fin a las cosas o a la vida, se pretende que la no-verdad explote, y florezca para demostrar las posibilidades del ser que las hace ser para destruirla, de ahí que el pensamiento de Nietzsche sea denominado trágico.

Así mismo, el hombre piensa que todo ha finalizado, pero ese fin no es más que la declaración de un nuevo camino que abre paso a un inicio magnífico, y aunque el reino de los cielos

Descartes, Kant y Hegel (critican al sujeto como un ser que se autodestruye), y en su lugar lo defienden y lo postulan como un ser que es rebasado por ciertas fuerzas que no lo constituyen. Así pues, el hombre deja de ser el forjador de la historia, y se convierte en el resultado de una dialéctica de la materia (Marx), un ser reprimido por su cultura (Freud), y la posibilidad de superarse y convertirse en el superhombre (Nietzsche). *Cfr.* Torralba Francesc, los maestros de la sospecha. Marx, Nietzsche, Freud. Fragmentada, Barcelona, 2013, pp. 7-17.

aun estando destruido quiere tener todas las posibilidades para reconstruirse en nosotros, es también el tiempo en que el hombre sabe que Dios ha muerto y es esa muerte que le permite ponerse una meta, es necesario que plante aquella flor de las nuevas verdades, que brote de la tierra fértil una nueva vida. Lamentablemente, el hombre aún no comprende lo que significa la muerte de Dios, muy a menudo se sienta a ver con ojos de tristeza su muerte, olvidando que ese Dios le quito lo que él era (puro sentir, puro instinto, puro sentimiento) y eso nos ha llevado a matarlo. No debemos sentir pena o culpa alguna, pues su muerte quita del hombre todo pecado y todo sufrimiento impuesto, si bien es inevitable su dolor, tiene que elegir entre aceptar el crimen o seguir culpándose.

Por ello, el superhombre es una afirmación de que el hombre en sí mismo debe ser superado y divinizado, pero no debemos aún amarlo, pues todavía es un paso y no un fin, no obstante, lo que se debe amar es que así como es un paso, es también su propio hundimiento, y esa es la importancia de la vida, que se tiene una meta, y aunque la vida es puro perecer, nacer, felicidad y también sufrimiento, podemos arropar todo el mal y lo peor, para poder sobresalir gracias a que se tiene la idea de que a medida que se sufre y resplandece hay un progreso, es decir, muerto dios el hombre se afronta con la vida tal y como es, y descubre que ésta es pura insatisfacción y descontento en la medida en que se muestra como un poder hacer, no una voluntad ciega que nos encamina sin saber, más bien, la vida es tragedia en tanto se vive para perecer, lo que lleva al hombre a construirse a sabiendas de que seremos destruidos.

Los más preocupados preguntan hoy: «¿Cómo se podrá conservar el hombre?». Más Zarathustra es el único y el primero que pregunta: «¿cómo se *supera* al hombre». Amo al superhombre, para mí *él* es lo primero y lo único, -y no el hombre: no el más allegado, ni el más pobre, ni el que más sufre, ni el mejor. - ¡Oh, hermanos míos!, lo que puedo amar en el hombre es que es un tránsito y un ocaso. Y también en vosotros hay mucho que me hace amar y tener esperanza. Que hayáis despreciado, hombres superiores, eso es lo que me da esperanzas. Los grandes despreciadores son los grandes veneradores. (Nietzsche, 2010, pág. 336)

Afirmar la venida del superhombre es olvidar por completo ese tiempo en que Dios fue tomado como creador de ideas, como aquel que nos doto de conocimiento, como el ser del que estamos hechos a imagen y semejanza, y como ser divino que ocasionó que durante mucho tiempo los hombres buscaran una verdad más allá de esta vida en la que se encuentran todas las respuestas.

Se inventa a Dios como una forma de subyugar la existencia del hombre, lo cual lo hace perderse a sí mismo entre sus propios conceptos ideales, ¿por qué ha ocurrido esta desgracia? Porque el hombre ha olvidado lo que es, ha dejado de lado su ser por haberse enfocado en la búsqueda de la “cosa en sí”, por haber aborrecido a su cuerpo, porque se ha confiado de que existe una verdad última para cada cosa, y se ha vengado de sí mismo gracias a la mala conciencia, por eso y muchas cosas más es que el hombre se ha extraviado, se ha perdido para siempre.

Pero no todo se ha perdido. Es necesario tener en cuenta que somos seres pensantes y que conforme nos aventuramos en el mundo y la vida vamos conociendo las cosas como son, y en ese instante en que se muestran las cosas es cuando hacemos una interpretación, de ahí que Nietzsche proponga una filosofía del artista, quien mientras vive crea, siente, se apasiona, y pone en las cosas su ser. El superhombre es quien acepta su condición de creador e intérprete de la verdad que la encuentra a partir de sí mismo y no en un mundo del más allá, sin embargo, cabe aclarar que Nietzsche no se opone a la razón en sí misma, sino que no está de acuerdo en que la razón propiamente se someta a los intereses de una moral cristiana que desprecia la vida, por lo tanto, el superhombre no se opone a la razón, más bien al uso de la razón para crear realidades externas.

Por ello, es necesario aceptar el eterno retorno, recibir al aquí y al ahora como ejemplo fiel del carácter trágico de la vida; es hoy que estamos frente al hombre nuevo que ha superado al hombre moderno, nos tenemos que hacer responsables de nosotros mismos y crear diferentes mundos posibles, solo el amor por el destino puede expresar la grandeza del hombre, no se quiere que nada sea distinto, ni en el pasado ni en el futuro, ni por toda la eternidad, se debe soportar todo lo necesario, y no buscar disimular el sufrimiento, sino amarlo. El hombre mira todo lo que le sucede en su vida, contempla de cerca el sufrimiento y la pérdida, y no busca nombrar eso que le ocurre como negativo, sino como positivo. El destino aquí no debe ser entendido como algo a lo que el hombre está obligado a que le suceda, sino más bien como algo que se construye, es decir, el azar como papel importante o se acepta como un juego en el que a veces se triunfa y en otras ocasiones se es derrotado, o se niega viviendo como si la vida fuera una pesada carga. Se tiene que vivir el presente con todas las fuerzas de las que disponemos, pues solo de esa forma nos nutrimos y evolucionamos.

El hombre ha nacido para superar al gusano, no debe seguir humillándose por culpa del cristianismo, no debe obedecer los preceptos de una moral decadente, no necesita fundamentar su

vida con ideales platónicos y socráticos. El superhombre tiene que derrotar al hombre que ha quedado después de la muerte de dios, debe, por tanto, introducir su ser en el mundo, crear para llegar a conocer su voluntad de poder, afianzarse a lo único posible: el eterno retorno, aprovechar que dios ha perecido y hacer de sí mismo un amo y señor capaz de dar sentido a su existencia, y acontecer como lo que siempre ha sido, un artista.

Si bien el hombre ha tenido que soportar el sufrimiento desde que nace, sabe que es gracias a la miseria que ha podido conocer lo que es la felicidad, no hay momento triste que no se llene de gozo, y no hay un instante en la vida que no se desee la muerte, todo acontece como una trágica antítesis, todo muere un poco para ver nacer lo otro. La verdad se ha descubierto, no se puede desear lo que no existe, sino amar lo que es real, lo que puedo ver, lo que puedo palpar, aquí está la verdadera vida, y en ella soy capaz de crear una nueva tabula de valores, porque nacimos creadores, somos un daimon que posee un poco de Apolo y la grandeza de Dioniso, por eso somos capaces de soportar la vida y no pensar en cómo terminar con ella.

El superhombre no lo es cualquiera, sino solo aquel que es capaz de dominar la nada, es decir, el nihilismo²⁴. El hombre que es capaz de dominar la angustia y el horror, aquel que se ha superado a sí mismo, quien no teme de estar suspendido en el abismo que le produce saberse sin un dios podrá confiar en que la vida es puro acontecer, y que la verdad es aquella que solo el

²⁴ El nihilismo fue una tendencia fundamental durante la época moderna, y de la cultura europea en su totalidad. El nihilismo es un hecho que no hace más que aproximarse y presentarse en diversos fenómenos. De ahí que se distingan tres tipos, en el primer caso se habla de un nihilismo activo, y en el segundo caso de un nihilismo pasivo y, por último, el nihilismo radical. EL nihilismo activo refiere a los espíritus libres que reconocen los valores decadentes y evoluciona más allá de ellos.

El nihilismo pasivo no es más que aquel espíritu cansado, que ya no mueve, ni ataca. Y, por último, tenemos el nihilismo radical, en el cual se habla de aquellos espíritus libres que lograron no solo reconocer los valores decadentes, sino que también los destruyen, a partir de que se convencen de que el mundo al que se le ha dado un valor, en realidad no posee un objetivo, no tiene alguna finalidad, y por supuesto, no existe un ser metafísico. Sin embargo, el nihilismo no ocurre porque sí en el tiempo de manera casual e inmediata, más bien nace porque el hombre tiene como voluntad la nada, es un nihilista, se opone a los valores de la vida e instala el ideal ascético como único valor que le puede dar sentido a la vida, y que hará del sufrimiento del hombre un camino para una vida mucho mejor, pero esa vida no es más que pura falsedad. Es ni más ni menos que la muestra de una voluntad débil. *Cfr.* Christian Niemeyer (Ed.) *Diccionario de Nietzsche, conceptos, obras, influencias y lugares*, Siglo Veintiuno, España, 2012, pp. 382-383

superhombre puede crearse, solo aquellos hombres podrán creerse sus mentiras, o sus verdades, santificarlas o aborrecerlas, pues solo ellos saben que nada es absoluto y que cada verdad nace de nuevo.

Solo el hombre nuevo sabe cuánto le ha costado matar lo que creía eterno, solo él sabe lo que es tener que nacer de nuevo, convertirse en artista, conciliar lo que tiene de apolíneo con su yo dionisiaco, solo él comprende qué tan fuerte debe ser para soportar el sufrimiento, sabe que es una cuerda tendida sobre un abismo, y esa es su grandeza, ser un puente y nunca una meta. Es el superhombre quien busca el abismo, sube solitario a la montaña más alta y helada, observa la tormenta anunciada por el cielo, espera la caída del rayo, se adentra a lo desconocido, se impone al dolor y al placer, y acepta su destino no como algo dado, sino como aquello que establece su día con día, pues solo de ese modo es que se puede afirmar toda la existencia, solo de esa forma seremos afirmadores de una eternidad que produjo este único momento.

Conclusión

Todo aquel que se adentra en el pensamiento de Nietzsche cree estar arrojándose a un panteísmo sin Dios, pero de manera inmediata su filosofía se nos muestra como una forma de entender la vida, y al hombre como una realidad viviente. Lo Uno primordial (lo viviente), y la voluntad de poder (lo que subyace en el mundo) nos arrojan a lo inorgánico, nos advierten que todo lo que acontece en el mundo, todo lo que hay en él, es una muestra eficiente de que la totalidad viene inmersa en la vida.

Si bien Epicuro, Los cínicos, Séneca, Schopenhauer, Kant y Hegel, habían establecido en la sociedad una definición clara y concisa de la Voluntad, es en el pensamiento Nietzscheano que el hombre puede entender la vida como algo que se puede asimilar y que es necesario hacer para que toda fuerza pueda expandirse y nutrirse; se puede ahora sentir, querer, y pensar, y eso es lo maravilloso en la filosofía de Nietzsche, pues se afirma que toda persona viviente está constantemente sintiendo, queriendo, y deseando algo, pero también están sumergidos en el pensamiento, y no debe asustarnos, porque desde que nacemos traemos dentro de nosotros estos deseos, esta necesidad de satisfacer nuestros sueños, nuestros anhelos. Pero todo esto que parece ser tan evidente por el simple hecho de estar vivos, representa y forma parte de algo mucho más fuerte, algo profundo, algo tan original como puede llegar a ser la voluntad de poder.

De ahí que Nietzsche de manera constante abogue por la importancia del cuerpo, de sus procesos y de los instintos, pues no son más que una forma en la que el hombre puede propagarse, crearse y recrearse, puede ser; el cuerpo es lo más cercano a la Voluntad de poder, por ello, desea el esparcimiento sin límites, en el que no se le niegue ninguna clase de asimilación, en el que pueda expresar su pensamiento, sus deseos, y sus sentimientos.

Si bien el intelecto fue una forma de darle sentido a la vida y a la existencia, y que por demás forma parte del hombre, no es la única forma de conocimiento en el hombre ni en el mundo, de ser así llegaríamos a comprender el Ser de una forma tan ideal, y superficial, porque es a través de la vida que damos cuenta de lo que somos en realidad, y respondemos así lo que el Ser es y

pueda llegar a ser, pues no somos puramente idea, ante todo somos cuerpo que vive y que siente, por ello, el Ser se nos abre a partir de la vida. El cuerpo, no lo olvidemos, es la entrada directa a la voluntad de poder, en tanto nos da una explicación tan simple de lo mismo. No nos dejemos engañar una vez más, no hay un límite, no hay distancia infinita entre cuerpo, conciencia y razón, solo estamos a dos o tres palabras, todo se trata de lo múltiple, de lo simple, de ese estado en que el cuerpo se levanta de entre el mundo y la conciencia, y nos ayuda a simplificar el caos en el mundo, por eso, el hombre es primero cuerpo, es antes de la conciencia, y después del mundo.

Pero no todo es perfecto en el cuerpo, pues este falsea la voluntad de poder en tanto busca interpretarla, se falsea el mundo, y la vida se viste de error, pero es necesario que lo sea, solo de esa forma puede conservarse y expandirse. De ahí que la vida no tenga ni posea un valor determinado, y se torna como un grave error, aparece la idea de suicidio en el hombre como una forma de escapar de toda falsedad, pero ese paso que suele ser a veces el suicidio es una forma también de afirmar la voluntad de poder, porque cada cuerpo es ya una interpretación del medio que lo rodea, del medio en que habita, y en el cual camina. Sin embargo, como ya se mencionaba anteriormente, el suicidio es una negación de la vida, y Nietzsche aborrece todo aquello que va contra ella, de ahí que su filosofía sea considerada vitalista.

Si bien todo deja de tener una verdad última, no se ha dejado de creer en esta otra parte que es la voluntad de poder, un estado que puede ser monstruoso, por el simple hecho de ir contra la individualidad, pero es ese mismo estado que permite esa alianza entre Apolo y Dioniso, y es también la fiel alianza que nos permite adentrarnos en la tragedia griega. Por ello, la conciencia se encuentra muy alejada de la voluntad de poder, porque desde siempre ha hecho una aparición tardía en el mundo, de ahí que falsee todo a su paso y haga interpretaciones falsas y simples de todo en cuanto acontece.

Ese fue el motivo por el cual fuimos pereciendo como humanos, por eso se nos presentó un estado decante tanto en la filosofía como en la propia vida, fuimos decayendo en la medida en que la conciencia tiranizó nuestros instintos. Fue el mismo hombre que sepultó lo que era, le dio más peso a otros valores que no defendían la fuerza de la vida, nos involucramos en una filosofía idealista, en la creación de mundos ideales, desechamos todo apuesta por el cuerpo, y nos sometimos a la voluntad de un dios producto de la razón, fuimos parte de un rebaño, fuimos todo

menos instinto y voluntad propia. Quedamos sumergidos y alienados en el deber, y olvidamos que antes que ser alma, somos cuerpo, somos carne viviente.

Es necesario dejar de lado todo optimismo socrático, cuestionar una vez más toda moral cristiana, pensemos en la ciencia moderna, y tratemos de comprender qué es la dialéctica, pues solo de ese modo dejaremos de invertir los valores, renunciaremos a ser hombres débiles y enfermos, que permitimos toda atrocidad a nuestro cuerpo, que no dejamos que nuestros instintos fluyan ni se expandan, y que en su lugar recurrimos a la medida, a la limitación. No obstante, Nietzsche también se vale de esa medida, no promueve una filosofía en la cual todo se vale, y todo está por demás permitido, más bien, intenta mostrar la vida como arte, un arte que obedece ciertas reglas, no se trata del desprecio de la medida apolínea, sino de la cristiana.

Si bien la ilusión le permite al hombre vivir, y sostener la vida, es también una verdad peligrosa que compromete la vida en tanto la desprecie o la enaltezca, de ahí que Nietzsche busque en la tragedia una forma de destruir el concepto de vida como algo que debe justificarse, y en su lugar, la afirma con todo su dolor, con todo el sufrimiento y con toda la crueldad que puede habitar en ella. Por ello, Nietzsche demuestra la necesidad de arrojarnos en Dioniso, quien representa esa parte terrible y monstruosa del fondo primordial de la vida, y ahí reside su importancia, porque lo dionisiaco puede representarse, hacerse símbolo gracias a la tragedia, pero no es sin Apolo que puede darse, ya que es necesario pactar esa alianza primordial con Apolo como aquel que amortigua todo ese desenfreno, toda esa brutalidad y exceso que resulta ser Dioniso. Pues solo de ese modo se puede ver la vida sin necesidad de comprometerla. Es Apolo que nos permite ver ese sustrato monstruoso, ese estado insostenible, ese horror, que sin ayuda de la ilusión el hombre no podría soportar.

Pero qué sentido tiene la vida si hace uso de la ilusión apolínea, por qué es necesario observar el horror dionisiaco. Nietzsche afirma una vida verdadera, la cual proclama una naturaleza real en todas las cosas, que hará que el hombre desee fundirse con lo Uno, pero no se trata solo de Dioniso, quedarnos en ese estado es renunciar a la verdad y arrojarnos a la locura, por ello, es necesario Apolo, que, si bien nos muestra la verdad mediante la ilusión, nos protege de perdernos en el horror. Este fue el equilibrio perfecto en la Grecia antigua, hasta que Sócrates rompe con la tensión entre lo apolíneo y lo dionisiaco para dar paso a la razón que impone la necesidad de que todo sea inteligible, que todo sea bañado por la belleza y la forma, que llevan al hombre a perder

sus instintos, que lo hacen ser optimista hasta el grado de tener una fe hacia la razón, que lo llevan a perder su parte instintiva fundamental para la vida. Por eso nace la religión, gracias al ocaso del hombre es que el cristianismo invierte los valores de la vida, la fuerza pierde su comunicabilidad y su expansión, y se sumerge en el desgano de vivir, pues aquí no se puede hallar la salvación, sino en la otra vida.

Es esa negatividad que lleva al hombre a lo decadente, a menospreciar su cuerpo, a engrandecer valores decadentes, y a perderse por una vida que no existe, una vida ilusoria necesaria de alcanzar mediante la renuncia del verdadero ser. Por ello, Nietzsche anuncia de alguna forma la muerte de Dios como un medio salvador, que le permite al hombre superarse, salir adelante, ser capaz de transformarse, de cimentar una nueva vida en el que, si bien se encuentra solo, es esa soledad que lo lleva a encontrarse, fundirse con la naturaleza, hacerse uno con ella, y estar preparado para transformarse, y llegar a ser, con años de lucha y dolor, un niño, y también el superhombre.

Referencias

- Abraham, T. (1996). *El ultimo oficio de Nietzsche*. Buenos Aires, Argentina: Sudamérica.
- Alvarado, P. (2017). Consuelo, nacimiento y muerte del hombre. Retorno de lo trágico y anuncio del superhombre. *Revista Colombiana de Educación*, 72, 159-176.
- Arcella, L. (2013). Apolo y Dionisos: la música de los dioses. *Praxis filosófica*, 37, 95-125
- Audi R. (2004). *Diccionario Akal de filosofía*. Madrid, España: Akal.
- Corrales, F. O. (2001). Nietzsche: la tragedia griega y Zaratustra. (Los orígenes del Zaratustra de Nietzsche en el pensamiento griego clásico). *Sexta época*, 26, 259-268.
- Franco, C. I. (2006). Nietzsche: la experiencia dionisiaca del mundo. Un comentario. *Endoxa, series filosóficas*, (21), 413-426.
- Frey, H. (2005). Los escritos de Nietzsche como Escuela de la Sospecha. *Cuicuilco*, 12(33), 113-126.
- Nietzsche, F. (1872). *El nacimiento de la tragedia*. (2005). Madrid, España: Alianza
- Nietzsche, F. (1883). *Así habló Zaratustra*. (2010). Madrid, España: Gredos.
- Nietzsche, F. (1886). *Más allá del bien y del mal*. (2010). Madrid, España: Gredos.
- Nietzsche, F. (1887). *La genealogía de la moral*. (2008). Madrid, España: Alianza.
- Nietzsche, F. (1895). *El anticristo*. (2007). Madrid, España: Alianza.
- Giorgio, C. (1983). *Introducción a Nietzsche*. México, D. F: Folios.
- Giorgio, C. (1995). *La sabiduría griega*. Madrid, España: Trotta.
- Gómez, A. (2010). *La voluntad de poder un paradigma en Nietzsche: a propósito de los dos mundos* (Tesis inédita de licenciatura). Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín.
- Hernández, R. C. (2008). La mayéutica de Sócrates en la formación humana. *Planeación y evaluación educativa*, 15(43), 3-10.
- Jung, C. G. (1985). *Tipos psicológicos I*. Argentina, Buenos Aires: Sudamérica

Kant, I. (1996). *Fundamentación de la metafísica de las costumbres, crítica de la razón práctica, la paz perpetua*. México, D. F: Porrúa.

Lemm, V. (2010). *La filosofía animal de Nietzsche, cultura, política y animalidad del ser humano*. Santiago, Chile: Ediciones UDP.

Manjarez, C. G. (2010). Inventar lo trágico. Nietzsche. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 2(3), 18-26.

Marton, S. (2000). Nietzsche y Hegel lectores de Heráclito o a propósito de un discurso de Zaratustra: “De la superación de sí mismo”. *Ideas y valores*, 114, 35-50.

Martínez, B. P. (2011). Nietzsche y el automatismo instintivo. *Veritas. Revista de Filosofía y Teología*, 24, 93-113.

Niemeyer, Ch. (2012). *Diccionario de Nietzsche, conceptos, obras, influencias y lugares*. Madrid, España: Siglo Veintiuno.

Pacheco, J. (1990). *Friedrich Nietzsche, estudio sobre vida y trascendencia*. Barcelona, España: Herder.

Pérez, L. (2006). *Friedrich Nietzsche, la vida, el cuerpo y la enfermedad*. Toluca, México: UAEM.

Platón. (1988). *Diálogos III Fedón, Banquete, Fedro*. Madrid, España: Gredos

Platón. (2011). *Diálogos II*. Madrid, España: Gredos.

Shakespeare, W. (2014), *Hamlet*. Madrid, España: Edimat libros.

Sicerone, A. D. (2016). La tensión entre Apolo y Dioniso: praxis política de una estética de la existencia. *Saber*, 28(4), 806-812.

Torralba, F. (2013). *Los maestros de la sospecha, Marx, Nietzsche, Freud*. Barcelona, España: Fragmenta.

Trias, E. et al. (1972). *En favor de Nietzsche*. Madrid, España: Taurus.

Vergara, F. J. (2011). El “sacerdote asceta” y el sacro-dominio del valor. Nietzsche y la genealogía de la moral. *Estudios de Filosofía*, 43, 129-148.